The book cover features a highly decorative border in a light cream color against a dark blue background. The border is composed of intricate, symmetrical scrollwork, floral motifs, and acanthus-like leaves, characteristic of the Art Nouveau style. The central text is arranged vertically within this frame.

Estebanez Calderón  
(El Solitario)

Escenas Andaluzas

2ptas

RECREO DEL  
VIAJERO





ESCENAS ANDALUZAS



ESTÉBANEZ CALDERÓN

(EL SOLITARIO)

---

# ESCENAS ANDALUZAS

RECREO DEL  
VIAJERO





# ESCENAS ANDALUZAS

---

## LA RIFA ANDALUZA

---

Oid que os quiero contar  
Del niño Amor los enredos  
Y sirva mi voz de antorcha  
Que alumbra cuidados ciegos,

ROMANCERO GENERAL

En el baile del Egido  
(Nunca Menga fuera el baile),  
Perdió sus corales Menga,  
Un disanto por la tarde.

GONGORA

No juzguen mis amables lectoras que voy á entretenerlas el ocio, relatándoles el cómo y cuándo este palacio magnífico ó aquella quinta deliciosa viene á llenar de gozo, por un azar feliz de lotería, la esperanza de dos recién casados, que arriesgando á la fortuna unos pocos ducados, pueden concluir su luna de miel en una mansión encantada por los atractivos del placer primero y por las comodidades del lujo. Estas agradables peripecias son tan peregrinas, por no decir imposibles, que sería cargo de conciencia despertar sensaciones y deseos que no se pueden cumplir, y yo, dijese de mi alma, no quisiera más que moveros un antojo

para satisfacerlo á renglón seguido, reservándome empero siempre una pizca, un tantico de placer para mi justo pago.

Tampoco mi *Rifa* es de las que vemos cada noche en toda tertulia; quiero decir, que no es de aquellas en que tal bujería, ó cual lindo bordado suele echarse á la mayor de espadas con mucha zambra y algazara de señora abuela y tía, que no sé por cuál sortilegio son siempre las afortunadas en tales ferias. Esto es trivial por todo extremo, y sería daros enfado emprendiendo cuento, señoras mías, que pasa por vuestros ojos cuotidianamente. Si lo imposible no me gusta, lo muy trivial me enfada en mucho más, y así por la región media emprende hoy su vuelo el razonamiento mío, para contaros sabrosamente los puntos y señales de una *Rifa Andaluza*.

Representaos, lindas suscriptoras, en vuestra viva imaginación un paisaje tal, cual mi rústico pincel lo delinee, pues antes de pensar en la farsa bueno será prevenir escena donde ponerla en tablas. Al frente, digo, que os figuréis una ermita limpia y enteramente pintoresca, cual se encuentra á cada paso en aquel país de la poesía. Unos cuantos árboles den frescura al llano que sirve de ante-atrio, y por los troncos suban sendas y pomposas parras, que tejiéndose por el dosel de mimbre y caña que cubre todo aquel espacio, formen un sombrío bastante para amansar los rayos del sol y debilitar su luz activa y que deslumbra. Un cauce sonante de agua corra por la espalda, moviendo estruendosamente uno ó dos molinos, cuyo rumor grave y no interrumpido sirva de bajo musical al contrapunto

agudo de las golondrinas que entren y salgan rápidamente por las claraboyas de la ermita, casi tocando con sus alas negras y pecho bermejo las cabezas de los que afuera preparan la fiesta. Para ella fórmese un cerco con los escabeles y escaños de la cofradía, intercalados por distintos sitios de respeto que han de ocupar el Mayordomo, los mejores y más diestros tañedores de la vihuela y la Reina, que se aclamó la rifa pasada. A un lado, separadas de todo tacto masculino y ataviadas cuanto más posible, estén las muchachas solteras del barrio ó aldea (pues el lugar de la acción lo dejo á voluntad ajena), llenas de belleza y de donaire, con moños de colores simbólicos en el pelo y con la laya de adornos que á bien tengan, pues en tal elección dejo libre albedrío; pero no omitidme el calzado muy limpio y el talle breve y como de sortija, pues nosotros los de puertos allende, niñas de mis ojos, somos inexorables en tales menudencias. Cuatro ó seis dueñas de rostros avinagrados y de manto largo de bayeta negra antequerana, cuiden arrellanadas en el ángulo del cerco, de avizorar toda descompostura y de calmar con gestos tan endiabladamente expresivos, la fermentación de aquel género volátil que custodian. Los mancebos en pie, derechos como husos, formen corro en derredor de los escaños, y dichoso el que pueda atalayar á su Melisendra frente á frente, ó que logre flanquear la dificultad y colocarse al respaldo del asiento de la requebrada; así y con poner á la otra parte dos ó tres hombres provecos y barrigudos, eternos cabildantes de la hermandad y que autorizan el acto, tenéis ya, pintoras hechiceras, el cua-

dro casi concluído. Digo casi concluído, pues nada os he dicho ni del *Rifador* ni de la *Reina del festejo*, personajes de primera figura, cual débese sospechar. La *Reina*, como dije, es la bailadora que más gala adquirió en la pasada fiesta, ya por su gentileza y gallardía, y ya por el número mayor de danzadores que consiguió cansar, objeto poco edificante que las mujeres logran con más prontitud que quisieran. A los pies de tan linda zagala haya un azafate de flores deshojadas, donde se brindan las ofrendas de los devotos para la santa imagen, que ya son en primavera rosas y claveles y ramilletes, y en otoño este ó aquel fruto tan vistoso cuanto sazonado. El *Rifador* se deja ver subido en algún banquillo de noguerón viejo, descollando y blandiéndose como cimera del concurso, hablando mucho y accionando más y más. Es fuerza que tal papel se desempeñe por hombre de chiste y chiste, y de destreza suficiente para picar la vanidad de los unos y mover la condición menos pródiga de los otros, feriendo razonablemente los regalos que se muestran.

Yo, queridas amigas, que tengo ciega pasión por todo cuanto huele á España, principiando por las españolas, no soy voto calificado y de imparcialidad en la materia; pero en conciencia puedo afirmar, que muchas veces he olvidado agradablemente el tiempo, escuchando las razones agudas del *Rifador*, y las sales que donosamente saltaban en sus labios, forjando ya el encomio del clavelón amarillo, emblema de la necedad entre aquella gente, ó ya pintando el rico sabor del higo *nopal* ó *tuno*, fruto casi peculiar de la Andalucía. Entre tanto la danza sigue, las coplas se suceden, dejándose es-

cuchar por entre el son del crótalo de granadillo, el trino de la prima y la entonación sonora y clamorosa de los bordones en la guitarra y bandolín, que manos diestras los fuerzan á sonar al unísono y con la más agradable melodía. En este punto armónico y de algazara se hallaba el festejo cierta tarde de la bendita Cruz de Mayo, cuando ocurrió la aventura más cómica que puede inventar la más pintoresca imaginación.

Un mancebillo vivaracho y pimienta, de capote de alamar, chupetín bordado y faja rosada al cinto, no quitaba ojo de la Reina del baile, echándose á la cara el sombrerillo de alta copa. De tiempo en tiempo miraba atravesadamente á cierto caballere de calzón ajustado, corbatín muy premioso y levita bien cortada, que, sin saber por dónde, se deslizó blandamente, y sin ser sentido ni percibido, hasta llegarse al respaldo de la Reina, con quien cruzaba algunas razones, más bien disparadas y mejor respondidas que hubiera deseado nuestro majó atisbador. Ella que en aquel punto, queridas mías, gozaba de la fruición soberana que todo pecho femeni' tiene cuando ve morder cebolla y agria naranja al pobrete que bien ama, advirtiéndole así que no es bueno querer tanto, la zagala coronada digo, sin acordarse ni por cien leguas de su D. Cuyo, se enredaba más y más en la plática del D. Lindo, riendo ora, y ora dándole algunas de las flores del azafate bendito.

Tocándole su vez al paciente para encomendar al viento alguna copla, y queriendo dar un silbo preventivo que recogiese al aprisco aquella oveja descarriada, al suave compás de la rondeña le cantó la siguiente endecha :

Me estoy muriendo de sed  
Teniendo aljibe en mi casa,  
Pero alivio no lo encuentro  
Porque la sogá no alcanza.

Bien no entendiera la maligna parladora la alusión del sediento y del poco alcance que para su alivio encontraba, ó por mejor decir no queriendo escuchar tales pedigüeñerías, se desentendió con destreza suma del tal lamento, y más anudó su coloquio con el pisaverde encorbatinado, que con melindres mil, y relamiéndose como si dijéramos un lechuguino del café de Sólito, alzaba la cresta como un gallo triunfante. El doliente y celoso amante, queriendo hacer el postrimer esfuerzo para recordar sus obligaciones á la voluble bailadora, y ganar por la ternura lo que perdía por las artes del advenedizo rival, tomó el canto otra vez á su turno, y con voz si bien vacilante si bien suspirada, entonó la copla siguiente:

Yo soy la vela de cera  
Que está ardiendo en tu servicio,  
Y en pago del beneficio  
Le das un soplo á que muera.

Pero por más reclamos que dió el arrullador, la paloma se daba por sorda, y tanto tanto se mantuvo en sus trece, que el galán picado se dejó de su postura contemplativa y triste, se arregló el sombrero tirándolo atrás, sacudió el capotillo y se puso en planta de obrar alguna acción de marca y de mayúsculo estrépito. Al propio tiempo la orquesta resonaba con mayor brío, reforzada por una pandereta y dos platillos, las cantinelas se repetían y

en ellas se decían sus misteriosos secretos y sus sentidas quejas los novios y las requebradas, pues no deben olvidar mis discretas lectoras, que por todo aquel país, el tañedor, el cantante, el galán y el poeta son cuatro cosas que casi siempre se encuentran en una propia persona. El *Rifador*, en tanto, rebozaba de gozo en su cátedra por ver cuán cumplidamente fería todos los regalos que ponía en rifa. Su elocuencia iba en aumento, sus gracias hervían en su boca, haciendo llenar con moneda menuda el azafate florido.

—¡La rosa virgen! ¡la rosa virgen! decía; ¡real de plata, real de plata dan por ella!—y esto gritando, mostraba la flor más hermosa, de más aromas y de más púrpura que vergel frondoso dió en los asomos del mes de mayo.—¡La rosa virgen! ¡la rosa virgen! proseguía, ¿quién la puja, quién la puja? real de plata dan por ella. Mancebillos ta-caños, acudid y mejorad, ¿quién no querrá poner la flor en el pecho de su novia? Hacedle este regalo á vuestras rapazas, y daréisles una lección con él; ¡la rosa virgen! ¡la rosa virgen!... que ya dan cuatro reales; que se la llevan, que se la llevan; ¡ya sé yo á cuyo seno va! ¡que se la llevan! Dichosa quien tiene galán desprendido; ¡que se la llevan!... que dan medio duro, diez reales ú ochenta y cinco cuartos! ¡viva mi barrio! ¡Nadie en él guarda el dinero; de allí sólo salen los garbosos y gastadores, los desprendidos y generosos!...

Por aquí iba de su alocución, cuando levantándose el galán del sombrero alto y capotillo corto, alzó el grito y dijo:

—Señor Capaypa, veinte reales vale la rosa, y

más lo que vuesa merced me mande; pero si está ya ferida en los veinte, entréguela con su mano, que con la mía no, á la Reina Bailadora, y comencemos el sainete...

—¡Viva Juancho! ¡viva Juancho! hijo de la Nena, nieto de Sinforoso—respondió el honrado Capaypa.—¡Viva mi barrio, tesoro de los hombres buenos y generosos! ¡La buena cepa buenos renuevos cría!—Y así diciendo á voz desplegada, dió la rosa á la picaruela rapaza, que llevándola primorosamente á la nariz, la asentó con el mayor aseo en el hoyo de su pecho, volviendo los ojos al desgaire y por primera vez al amartelado amante. El *Rifador* al alargar la rosa, y tropezando sus ojos con la efigie del alfeñique caballerete, añadió—¡viva mi barrio! ¡viva Juancho! que si sabe gastar parofas con las mujeres, tampoco ignora el alzar el gallo entre los hombres, y su voz en las rifas sobresale siempre, y con ella sus reales de á ocho!

El del corbatín bajó la vista, como quien conoce el tiro no oblicuo de la saeta, y trató de volver á su plática con la zagala, la que sin duda advirtiendo en aquel punto que hubiera sido galantería de molde el que la rosa se la presentara conquistada en la rifa, el mismo que por tanto tiempo gozó de sus palabras, no emprendió el segundo coloquio sino con la tibieza que vosotras mismas, candidísimas y no malignas lectoras, usaríais en aquel trance...

—¡Al sainete, al sainete!—dijeron todos—y sonando la fiesta con más algazara, los cantores y cantoras comenzaron á salpicar sus coplas con más

pique y salsa que las entonadas de trasmano, y pasándose de uno en otro los bollos y los roscos, los dulces y las avellanas, apareció en su cátedra el compadre Capaypa embozado en su capa, con el aire más socarrón y de redomado que hallarse puede.

—¡El beso del niño, el beso del niño!—gritó el Capaypa;—¡qué frescura en la tez, qué sabor en la pulpa, qué finura al tacto! ¿Quién paga el beso, quién paga el beso?

—Diez reales envido—gritó el del capotillo,—y bese al niño rollón el caballero del levitín, el que parla con la Reina Bailadora y la olvida de sus obligaciones... de presidencia...

—¡Bravo! Que lo bese sino puja—replicó Capaypa.—¡Ah, señor caballero! acordaos de quien sois (y le dirigió la palabra), acordaos de quien sois, si es que sois alguna cosa, y volved al caño las demasías de Juancho, y que él sea quien bese á mi niño rollón. ¡Viva mi barrio, viva mi barrio!

El apostrofado conoció que toda la batería iba á disparar en su pobre bulto, y así, con su mejor gracia, trató de tener buen talante y hacer frente á los peligros, y rayar de rumbo para no desmerecer el alto concepto de la zagala.

—Dos reales y medio ofrezco y me libro de la penitencia—dijo el acometido, y se le replicó con un flux de risa general en todo el auditorio.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio!—prosiguió Capaypa.—El pico de los dos y medio, señor mío, vayan sobre los diez envidados ya, y se admitirá la postura; y de no, allá va mi niño. ¡Viva mi barrio, viva mi barrio!

—Pues bien—contestó altivamente el señorito; —allá van los doce reales y medio y quedo en salvo, que á mí nadie me enceniza la frente, y menos por...

—Dos duros, y que bese al niño—replicó el antagonista;—y luego arreglaremos cuentas, seor futraque; y lo miró de reajo.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio!—clamaba Capaypa. — ¡Cuarenta reales! Eso es humo, señor Juancho. En el señorito Don... (Don Quico se llamará, que todo nombre es bueno cuando recae en tan linda persona); en el señorito, digo, hay presencia, potencia y resistencia; quiero decir, que no ceja; ya pujará por cuatro y veremos quién á quién... pero mientras Juancho se mantenga al frente, ¡viva mi barrio, viva mi barrio!

El apurado caballero figurilla, que no esperaba la cuña de los cuarenta se requirió al garguero como para pasar tamaña píldora, llevó la mano al pelo sin tener comezoncilla, y luego inadvertidamente solfeó los dedos por sobre el bolsillo, dando con tanta pantomima mayor asidero á la burla. La Reina Bailadora, como si lo viese acometido de pronto por algn tifus pestilencial, retiró de su lado el sillón que ocupaba, y una nube de descontento pasó por su lindo entrecejo. El corrido amante midió la mengua y afrenta con que iba á marcharse, y con resolución heroica dijo:

—Cuarenta y dos reales doy y salgo libre—y así diciendo miró á la prenda como para pedirle albriacias de su espléndido valor; pero el entrecejo se obscureció más y más, y otros borbollones de risa resonaron en derredor; pero la intensidad de tanta

carcajada la venció con su voz el del capote, diciendo:

Cinco duros; cien reales doy y bese al niño rollón, y descapótele la coronilla.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio!—respondió el inexorable Capaypa.—Mi Juancho tira al hueso palomo, va derecho y no me da corcobos. A la cabeza, á la cabeza, y allí se mata al contrario. Cien reales es bote de á folio: pocos tienen aliento para él y ninguno lo aventaja. Pero, ¡silencio, silencio! Los señores tienen su sangre y su alma, y aunque con hipos, suelen cumplir de mil á mil años. Nosotros por calidad y ellos por vanidad. ¡Cien reales, cien reales! y el señorito besará á mi niño, y *ainda mais* descapotará la coronilla.

Todo fué en vano. Por más que hizo el orador Capaypa por picar la vanagloria del figurilla nada consiguió, y este, viendo que el juego crecía, que el rival no llevaba trazas de ceder y que la zagala por su mal gesto no pensaba agradecerle sus pujas y mejoras de los pobres maravedís, juzgó por conveniente el mudar plan de campaña y de la defensiva, resueltamente tomó la ofensiva por el lado más cómico que darse puede.

—Señores,—dijo,—mi condición es dulce y nada huraña; el concurso creería que yo era alguna esfinge, alguna tarasca si me opusiese por más tiempo y con tanto ahinco al beso de esa criatura, de ese niño que juzgo ha de ser blanco y rubio como las candelas; venga al punto y llevará el beso más cordial que dió madre primeriza, y pague mi contrario los cien reales.

—¡Viva mi barrio, viva mi barrio!—pregonó

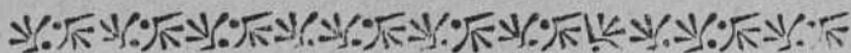
el consabido.—¡Victoria por Juancho y cúmplase la penitencia!—Esto diciendo salta del pulpitillo gallardamente, desembózase para sacar el niño, y muestra ¡oh longanísimo y robustísimo San Crisóbal! muestra, repito, la fruta, el vegetal más descompasado que nunca produjeron los hortelanos. El sentenciado caballero echó ojos á lo que él esperó besar como pastorcito muy pulido, y mirándolo le pareció ver, con las candelillas que le saltaban entonces en la vista, que era el gigante de los rábanos que se le acercaba como cañón en batería; luego se figuró ver alguna zanahoria patagónica; después creyó mirar un calabacín de á treinta y seis; pero al fin restregándose los ojos, y ya con la serenidad de la desesperación, reparó que el niño donde había de poner sus labios era un cohombro colosal, amarillo y chifón, que se guardaba para aquel doloroso trance. El penitenciado se disponía á imprimir su ósculo con la humildad debida, cuando la Reina Bailadora notó que por preeminencia de su dignidad á ella le tocaba (que á otro no) el administrar la justicia. Todos convinieron en ello, y pusieron en su falda al vegetal tremendo, y el antes triunfante y ahora rendido paladín, puesta la rodilla en tierra, dió su beso, y se disponía á irse y tomar vuelo, cuando la despiadada ejecutora le mandó que descapotara el niño. La gresca y la risa irónica ensordecía, y todos agrupaban las cabezas para contemplar más de cerca tan risible caso, cuando el burlado preguntó humildemente qué cosa era descapotar. «Nada, hermano, replicó la Reina, abra la boca y muerda de tol modo que escogiere, la coronilla de esta sabrosa fruta: bueno

es que abra la boca quien tanto cierra la bolsa». A esto asestaba el amarillento cohombro contra la tronera del triste arrodillado, quien al fin, sumiso, entreabrió los labios con el primor posible, y como dama golosa, para cumplir su encargo sin descomponer la figura. Pero la maligna Bailadora, que ya esperaba este melindre, no bien apuntó y vió en jurisdicción estraña el comienzo, cabo ó rabo de la fruta, cuando haciendo hincapié lo embazó todo entero por la boca de aquel desventurado, quien se quedó con huésped tal en ella, ni más ni menos que como uno de los figurones de berroqueña, que por ancho canuto vomitan agua en las grotescas fuentes de Aranjuez ó la Granja. Vengada la vanidad de la zagala, y satisfecho su engañado orgullo, se levantó el de la triste figura acompañado de la chifla general y de los silbidos más armoniosos y compasados que nunca oyó un teatro musical, silbidos y chiflas que aumentaron, cuando al volver la espalda le miraron lleno de harapos, *alárgalos* y *ahimelollevas* con que le habían adornado durante su última y dolorosa estación, las otras mozuelas del baile.

Cerrada la fiesta, amigas mías, se averiguó que el señor tan mal parado era un *estranjis*, y ya veis que en esto de gentileza con damas, bueno es que el nombre español quede bien sentado. Entre tanto, perdonadme de que en mi plática os llame mis *queridas*, mis *dijes*, y otros motes de este jaez, pues tan dulce confianza ni daña al respeto ni á la fina galantería. Por otra parte mis copiosos años pueden permitirme libertad tan inocente; y si en esta

ó en aquella ocasión os pudiera hablar á solas y al oído, ¡cuántas lindezas no escucharais, más entretenidas que no la *Rifa Andaluza!*





## EL BOLERO

---

Arrimó á un lado la guitarra, y ordenando á sus discípulos diesen principio á ejercitar sus habilidades, empezó la bataola. Unos se agarraron á las cuerdas, y sostenidos por ellas, se ejercitaban en hacer cabriolas: otros paseaban con gravedad el salón, y de rato en rato hacían mil mudanzas diferentes. Estas, levantando sus guardapiés hasta las rodillas, apoyadas en algún mozalbete, subían y bajaban los pies...

LA BOLEROGIA

Fila sexta, número onceno, y en cierto corral de comedias de esta corte, tiene cada prójimo por sí solo, y todo el público *in solidum* y de mancomún, un sitial holgado y cómodo, de donde poder atalayar con los ojos y escuchar con las orejas (¡atención!), desde el farsado más humilde y villanesco hasta lo más encumbrado y estupendo en lo gañido, tañente y mayado que vulgarmente llamamos canto nosotros *los dilettanti*. Todo ello lo puede haber cualquiera por un ducado y algunos cornados más, suma despreciable para estos tiempos opimos en que corre tanto de la tal moneda, no

contando en verdad aquel *aliquid amplius* que por aguinaldos y albricias dan en algunos días de crédito, violentamente gustosos tal cual caballere *calzafraque* y corbata, de los de algalia en pañuelo y nonada en la faltriquera. Den ellos lo que gusten y bien les plazca, puesto que quieren disfrutar, y gozan, con efecto, de las primeras apariciones escénicas y de las estrenas teatrales, que yo tan discreta cuanto *literariamente*, soy contento con entrar en día no feriado ni notable á la hora circuncirca en que se media ó biparte la función, y pagando con un saludo al alojador, me aprovecha más asentarme sosegadamente y ver el rabo y cabo del espectáculo, puesto que el fin de una comedia del día no es el peor plato que se puede servir al gusto. No ha muchas noches, que con estas tales circunstancias ocupé el referido sitio onces, teniendo por cenit la araña rutilante, y por nadir un ruedo de atocha valenciana, que algún aficionado hubo de colocar allí para pedañó y alfombra: bien hace de poner en cobro sus pies, pues no faltará femenil persona que cuide de su cabeza. Un can que busca abrigo en las frialdades del invierno, suele, formando rosca, aumentar el calor de la estancia, y como que un golpe lo puede irritar, sirve de saludable despertador con sus gruñidos y sus dientes caninos para las adormideras que las musas sirven hoy en los teatros. No fué el can solo mi única compañía, pues como quien dice, tabique por medio, se encontraba un vejete limpio y atildado, de ojos saltadores y lengua bien prendida que no ansiaba cosa mejor que por conversaci6n y plática. Apenas, catalejo en mano, concluí mis observa-

ciones astronómicas por aquella esfera no celeste del teatro, cuyas estrellas por mayor seña todas estaban eclipsadas, cuando mi vecino con voz suficiente y sonante me dijo: «amigo, comedia mala ó mala comedia, que todo es lo mismo, ó lo que es igual detestable y pésima representación». Yo que no gusto contradecir á nadie le respondí con un gesto afirmativo, y mi hombre prosiguió diciendo: «Las piezas malas por sí solas y las buenas por los atajos é intercalares que las dan los farsantes poetas, pronto dejarán el corral vacío, aparte que los Zabalas y Comellas no parece sino que se han vuelto semilla volante que pulula y germina á más no poder por las cimas y faldas del Parnaso español; por mí le aseguro, y me miraba de hito en hito, que á no ser por el baile no salvaría el umbral de esta casa».—¿Y qué tenemos esta noche de bueno?—le pregunté.—«¡Oh amigo!—respondió.—Vuesa merced verá cierta andaluza recién llegada que baila á las mil maravillas, y feria un bolero tan galano, que los adornos, gracias y aditamentos que lleva no se ven ha mucho tiempo. Es linda y bien cortada, y en cuanto Vuesa merced la vea sospechará como yo que en la fábrica y estructura de su persona tienen más parte el aire y el fuego que no el agua y la tierra».—Decir esto, sonar el silbato del señor Consueta (siempre hablé con respeto), subir el telón y aparecer la perla bailadora, fué todo un punto.

En verdad, en verdad, pocas mujeres vi nunca tan cumplidas, y por el prendido dificultosamente se hallaría cosa tan rica ni tan airosa. Los instrumentos comenzaron á marcar la medida con la

gracia y viveza que tienen las tonadas del mediodía, cuando mi parlador vecino, inclinándose al lado me dijo: «Todo es completo por felicidad nuestra; el acompañamiento está tomado de la tiranilla *Solitaria* y del bolero antiguo de las *campanas*; pero el revuelto está hecho con maestría, y ni *Gorito* (1) lo fraguara mejor. Yo lo vi bailar años pasados al Rondeño y á la Celinda, pero sobre todo la Almanzora...» No sé dónde hubiera ido á dar con su biografía boleresca, cuando finalizando el retonelo se lanzó la zagala al baile, y el vejete cayó en éxtasis en su asiento, dejándome en paz.

No podré más decir por parte mía, sino que desde el primer lazo y rueda que tejió y deshizo con sus brazos airosos la danzadora gentil, me sentí llevado en vilo á otro país encantado. El donaire de los movimientos contrastaba con cierto pudor que autorizaba y daba señorío al rostro, y este pudor era más picante resaltando con el fuego que derramaban dos ojos rasgados, y envueltos en un rocío lánguido y voluptuoso. Mi vista corría desde el engarce del pie pequeñuelo hasta el enlace de la rodilla, muriéndose de placer pasando y repasando por aquellos mórbidos llenos y perfiles ágiles, que á fuer de nube caprichosa de abril ocultaban y tornaban á feriar la seda de la saya y los flecos y caireles. En fin, aquella visión hermosa se mostró más admirable, más celestial, cuando tocando ya al fin, la viveza y rapidez de la música apuntaron el último esfuerzo de los trenzados, sacudidos

---

(1) Famoso tañedor y maestro de bolero en Andalucía.

y mudanzas: las luces, descomponiéndose en las riquezas del vestido, y éste agitado y más y más estremecido por la vida de la aérea bailadora, no parecía sino que escarchaba en copos de fuego el oro y la plata de las vestiduras, ó que llovía gloria de su cara y de su talle. Cayendo el telón quedé como si hubieran apagado á un tiempo todas las luces. Del casi parasismo en que me hallaba, sacóme el erudito del bolero diciendo:—«No me dirá que el encarecimiento fué superior á lo encarecido: sin embargo, en las campanelas le pidiera yo más redondez, y en los cuatropeados más vibración: ya le dije que la Almanzora y la Celinda...» Yo que nada aborrezco tanto como estas exigencias de lo mejor, que aguan el sabor y gusto de lo bueno, le atajé en su tarabilla diciéndole:—«Es indudable que el bolero es una danza árabe, y que tal como se ve tendrá sus reglas y tratado en letra de molde».—El hombre, mirándome de hito en hito, me respondió con voz doctoral y tono de suficiencia. «Ha dicho, caballero mío, un disparate, y ha hecho una mala suposición; el bolero no es morisco ni tiene tratado escrito, pues lo que se ha impreso en la materia más bien es invectiva apasionada que no tratado curioso ó doctrinal». Picado yo de su sesgo decisivo le quise arrollar con el peso de una autoridad, arma para un erudito más poderosa que la razón y el sentido común, y le dije: «amigo, lea las aventuras que corren impresas del último Abencerraje, y verá allí pintado el bolero, y filiado por de legítima raza mora». Apenas hube hablado (y nunca lo hubiera hecho), cuando mi vejete, enfurecido como una víbora herida, me replicó: «Aun-

que el caso es de poca monta, siempre prueba lo que me tengo asentado en la mollera luengo tiempo hace; conviene á saber, que no entendemos de nuestro país sino lo que quieren decirnos los extranjeros: hay disculpa para ignorar muchas cosas; mas cuando se quiere saber es preciso aprender donde mejores documentos hay, y aunque diéramos de barato que todo el ingenio y talento se hallare allende de los Pirineos, fuerza será para hablar de España que apelemos á los españoles». Tomando aliento el orador prosiguió más sosegado: «el ilustre escritor del Abencerraje no tiene obligación de saber el origen de un baile español: mas para que nosotros hablemos de nuestras costumbres y de nuestra literatura, es preciso revolver más libros que el *L'Harpe* y los viajes por España». Yo, curioso de ver algún retazo de tan extraña erudición, y dando lugar el intersticio del sainete para continuar la plática, le rogué al vejete que puesto que yo era un ignorante en danzarinas honduras, todavía era bastante curioso para querer saber de dónde pudo venir el *bolero*. El hombre, halagado con mi lisonjera deferencia, puso punto y coma á su razonamiento de reprimenda y dijo: «El bolero no es baile que se remonta en antigüedad más arriba que á los mediados del pasado siglo, y bien considerado no es más que una glosa más pausada de las seguidillas, baile que, según testimonio de Cervantes, comenzó á tañerse y danzarse en su tiempo, como se ve por la arenga de la dueña Dolorida. Esta no es sola opinión mía, puesto que ya mi buen amigo D. Preciso lo tiene asegurado y puesto de patente al público,

sacando á luz el nombre del que primero compuso en la Mancha danza tan donosa (1), que por ser toda en saltos y como en vuelo fué llamada *bolero*, título que dió gran consuelo á los etimologistas y académicos, por ser significativo, sonoro y llevar en sí mismo la ejecutoria del padre de donde viene. D. Preciso no ha hecho más que decirnos sobre su palabra el nacimiento del D. Bolero, mas yo que gusto (no embargante mi edad mayúscula) de las cosas escondidas, he probado de alzar el telón de boca de este misterio, aunque en otros me quede con dientes largos. No sólo he leído los discursos sobre el arte del danza o de Juan Esquivel Navarro (2); no sólo he leído al P. Aste-te (3), de donde por contradictoria se saca de claro en claro muchos arrequives del baile, el danzado á la española de Pablo Minguet é Irol (4), y la *Bolerología* de Rodríguez Calderón (5), sino que también he observado las costumbres populares, comparándolas con las notas de Pellicer al Quijote y á la vida de Saavedra, en donde toca de intento y con picante curiosidad algunos de estos puntos substanciales para el público sabidillo del día. El Esquivel que cita cuantos bailes se dan-

---

(1) Según D. Preciso, el inventor del bolero fué un hidalgo manchego llamado D. Sebastián Cerezo; pero otros aseguran que lo fué un calesero sevillano conocido por *Antón Boliche*.

(2) Impreso en Sevilla en 1642, por Juan Gómez Blas.

(3) Institución y guía de la juventud cristiana.

(4) Madrid, 1737.

(5) *Bolerología*, escrita por D. Juan Jacinto Rodríguez Calderón, impresa en Filadelfia por Zacarías Poulson, 1807.

zaban en su tiempo, apuntando hasta los maestros que más se aventajaban y discípulos más sueltos y diestros que sobresalían, nada habla del Bolero, siendo así que hace mención de la Chacona, Rastro, Tárraga, Jácara y Zarabanda, bailes muy alegres con que se solazaban aquellas generaciones hispanas. Pellicer se engaña lastimosamente cuando afirma en una de sus notas, que no queda memoria de tales danzas, pues cuáles han tomado otros nombres, y tales, como los grandes territorios que se disuelven, han entrado descompuestos en los pasos y mudanzas de otros bailes. Por ejemplo, en el bolero se encuentra el paso de la *Chacona* y el paso del *Bureo*, que siendo distintos bailes, el autor del bolero tomó de entrambos para el suyo lo que mejor encontró. La Jacarandina y la Zarabanda (verdadera danza morisca), famosas ambas por su desenfado, son hoy el Ole y la Tirana, y aun la tonada de la Zarabanda se tañe y canta pura y primitivamente en muchas partes de España, que de tiempo en cuando la resucitan agradablemente los trovadores de esquina, que por no ver el tanto que quieren, se suelen llamar ciegos. Entre mis trebejos y papelorios viejos conservo la música y solfa de todos ó la mayor parte de estos bailes, cosa bien curiosa por cierto, y á fe á fe que oyendo aquellos compases y comparándolos con los bailes del día, y ajustándoles los pasos y mudanzas que pudieran convenirles, con algo del primor y mucho de sagacidad, fácilmente se podrían restaurar muchas de aquellas danzas y bailes á su pristino estado, graciosa desenvoltura y picante desasosiego».

Muy bien, le dije á mi catedrático danzarín, pero

siempre resultará que esas danzas que cita, serían de baja alcurnia y no de las que tendrían entrada en los estrados y saraos de la gente principal y noble. —«Otro disparate — me repuso mi inflexible orador;—otro disparate, y cable con más pulso en materia que nó entiende. Es cierto que no todas estas danzas gozaban de la propia autoridad, pues en parte donde tuviese lugar la airosa Gallarda, el grave Rey D. Alonso, y el Bran de Inglaterra, no pudieran danzarse las mudanzas de la Chacona y Zarabanda que á veces las sacaba de quicio, dándoles demasiado picante y significación la malicia femenil; pero aún con esto eran tenidos por bailes de escuela y cuenta, y no por de botarga y cascabel. Ningún maestro de fama como los Almendas y los Quintanas, que lo fueron de los tres Filipos, ni otros sus discípulos ensayaron ni enseñaron estas danzas de por la calle que llamaban de *taraira*: hubieran creído rebajar y vilipendiar un arte, que con autoridades y ejemplos lo hacían casi celestial».

Pero volvamos al bolero, pues no soy sabueso que por gazapo fortuito que me salte en la carrera, deje ir la liebre que de primero levanté, y con ardor perseguí. Es el caso que ya fuese el inventor del tal baile *Cerezo* ó *Antón*, aquél en la Mancha ó éste en Sevilla, ello es cierto que la danza se propagó con gran rapidez, empeñándose en enriquecerla con sus invenciones y mudanzas los mejores ingenios danzarines que por aquel tiempo poblaban los tablados de los teatros y las casas de regocijo de Triana, Valencia, Murcia, Cádiz y Madrid. Antón Boliche en verdad no fué gran inventor en pasos y mudanzas, contentándose con aco-

modar al compás y medida del *bolero* lo que encontró de gracioso y notable en el antiguo fandango, en los polos, tirana y demás bailes de su tiempo, pero á poco los discípulos corrigieron el descuido del maestro. En Cádiz el ayudante de ingenieros D. Lázaro Chinchilla inventó é introdujo la mudanza de las *Glisas*, ofreciendo á la vista un tejido de pies de efecto deslumbrador y pasmoso. Un practicante ó mano de medicina de Burgos sacó el *mata-la-araña*, suerte muy picante singularmente en el pie y entre los pies de alguna pecadora á quien no obligue el ayuno. *Juanillo el ventero*, el de Chiclana, puso en feria el *Laberinto*, trezado de piernas de prodigioso efecto: también á esta suerte la llamaron la *Macarena*. El *Pasuré* ya cruzado y ya sin cruzar tuvo patente de invención en *Perete* el de Ceuta que ganó gran fama por su habilidad. El *Taconeo*, el *Avance y Retirada*, el *paso marcial*, las *puntas*, la *vuelta de pecho*, la *vuelta perdida*, los *trenzados* y otras cien diferencias que fuera prolijo relatar, son muestras de otros cien varones ilustres que consagraron sus estudios al mayor encumbramiento de esta ciencia, ¡tan modestos que ninguno quiso dar su nombre á la estampa, tan llenos de entusiasmo y tan sedientos de gloria que casi todos espiraron ó patirrotos en los teatros ó en las camas de algún hospital, adonde los llevó su amor al estudio y sus esfuerzos en los saltos, cabriolas, volatas y vueltas de pecho! Esteban Morales, inventor de esta última suerte, fué el primer mártir de la invención, habiendo autores que afirman que esta sola mudanza tiene llevada más gente á los cementerios que las pulmonías en Madrid

y en Andalucía los tabardillos pintados. A remediar tanto mal, salió el buen ingenio y rara habilidad del murciano Requejo, que después de haber asombrado á su patria y los reinos de Valencia y Aragón con su agilidad y destreza, con sus giros, saltos y vueltas apareció en Madrid ser nuevo legislador del bolero. Efectivamente, compadecido este buen legislador de la madre que lloraba á un hijo desgraciado por saltarín en la flor de los años, del padre que veía eclipsarse los ojos y la existencia de una hija por trenzar demasiado ó girar con mucha violencia, quiso poner coto á tanto mal y para ello se propuso despojar al bolero de todo lo pernicioso y antisalubre. Así, pues, comenzó por descartar del baile lo demasíadamente violento y estrepitoso; ajustó los movimientos y á compases más lentos y pausados y capodó las figuras, pasos y suertes de todo lo exuberante y rústicamente dificultoso, rematando con dejar al *bolero* armado caballero en toda regla, obteniendo lugar y plaza de baile de cuenta y escuela por el universo mundo, así en los estrados particulares, como en los salones de la corte. Y el bolero no contento ya de extenderse por dentro de los límites españoles, saltó las fronteras, conquistó territorios y fué á causar la maravilla y la felicidad de las capitales más remotas de la Europa. Pero el buen Requejo, como todos los innovadores, tropezó con grandes obstáculos y hubo de vencer gravísimas dificultades. Los partidarios del bolero disparado y rabioso se declararon aún más rabiosamente por enemigos y contrarios suyos, y no contentos todavía y como para asegurarse la victoria llamaron en ayuda de la pro-

pia causa otros bailes y danzas de toda la redondez de la Andalucía alta y baja para conseguir por el número lo que consideraban dudoso por la calidad. Entonces fué cuando aparecieron en Madrid el *Zorongo*, el *Fandangullo de Cádiz*, el *Charandé*, el *Cachirulo* y otras cien combinaciones del movimiento perpetuo, con el fuego elemental y lo más llamativo y picante del amor. La Mariana Márquez apareciendo en el coliseo del Príncipe y haciendo delirar de placer con los juguetes y remolinos de su *Zorongo*, á los hombres de aquel tiempo, puso en verdad, en gran conflicto y en peligroso trance al *bolero*; pero éste triunfó de todo y como torrente que detenido en su carrera adquiere mayor violencia para proseguir en sus conquistas é invasiones; así, él se derramó por todas partes, aseguró su imperio, y si no dió al traste del todo al todo con los demás bailes sus rivales, fué el que quedó como Rey é imperante sobre los teatros hasta nuestros días.

Mucho ayudaron á este triunfo con sus gracias, giros y vueltas, y con su belleza y donaire, las incomparables Antonia Prado y la Caramba, envidias del mismo aire, émulas de Terpsícore, extremos de la hermosura y soñrojos hasta de las mismas sílfides y mariposas. Estas dos hermosas bailadoras las admiré yo y las celebré con delirio allá cuando los verdores de mis años, aumentando el inmenso séquito de sus cautivos adoradores. ¡Ah, querido amigo mío! (añadió el viejo fijándome los ojos con los suyos) era imposible mirar á la *Caramba* sin afición, más difícil todavía no seguirla y requerirla blandamente de amores, y ya en este

punto era lo excusado el pensar el pobre enamorado en separarse, desenredarse, huir y desasirse, pues de tal capricho á cual caricia, de este favor á otro desdén, de ciertos desengaños á inciertas esperanzas, de aquel sobrecejo á estotra sonrisa, y de una burla ó desenfado á cien hieles y amarguras, iba el pobre ánima del cautivo caballero de precipicio en precipicio, de abismo en abismo, hasta dar en la cárcel y prisiones que nunca podría ni dejar ni romper. Su continente era señoril y de majestad, su talle voluptuoso por lo malignamente flexible, y sus ojos lucían sabrosamente traviosos bajos unos arcos de ceja apicarados y flechadores, y una nariz caprichosamente tornátil y la boca siempre placentera, si entre búcaros si entre claveles y azahares, formaba del todo el gesto más gustoso y tentador que ojos humanos pudieron ver, admirar y desear. Pero estos que le parecerán, amigo mío (prosiguió mi hombre mirándome atentamente), encarecimientos prolijos, no serán sino desmayados reflejos á su buen juicio, si los compara con los encantos y perfecciones que os revelará este retrato. Diciendo esto y enjugándose con el mismo guante al pasar la mano por la jurisdicción de la cara cierta lágrima involuntaria que á su despecho se le desprendió, sacó del bolsillo interior de su levitón una caja que encerraba el retrato de más diestro pincel y de más linda mujer que idearse puede. Si aquel era el retrato de la Caramba, y á tales rasgos era razón añadir la vida y la intención que presta siempre á la fisonomía la inteligencia femenil y el regocijo de la vida del teatro, es indudable que la Caramba fué una mujer celestial.

Bien lo demostraba así la profunda impresión que de su hemosura conservaba la memoria de mi buen interlocutor.

Llegando á este punto volvió á plegarse el telón y comenzó el sainete graciosísimo, como de D. Ramón de la Cruz, pero que no por eso pudo quitarme de la frente las ideas que me sugerían las singularidades del *quidam* que pudiera tomar burla, si hubiese doctores en la danza, bien que entonces sabría muchos menos, y traslado al plan de estudios. Finalizada la representación, volvió á enlazar la conversación suya con no poco contento mío y me dijo: «Entre todas las bailadoras que ha producido España, ninguna como Brianda, que por su gentileza y danzado tuvo amores en la corte, siendo objeto de los versos y galanterías de los principales caballeros y poetas de su tiempo: oiga, me dijo, el romancete que sigue, que es documento para los inteligentes.

### A BRIANDA

Mientras entrega á España  
Una mano aleve,  
A la vil codicia  
De malos franceses,  
Y otro Roncesvalles  
Y un Bernardo viene,  
Báilame, Brianda,  
Trisca y tus pies mueve».

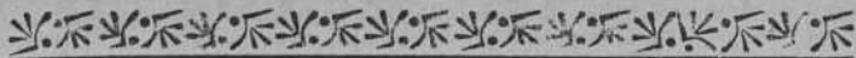
. . . . .

Aquí llegaba mi caro vejete, bebiendo yo, que no escuchando sus palabras, cuando llegando á la puerta del teatro un aluvión de gente que se atro-

pellaba por salir, lo envolvió y me lo separó arrastrándolo por no sé dónde, y sin poderlo yo seguir por más conato que puse en ello. Desesperado de encontrarle y no conociéndole sino por aquel acaso, no pensé sino en retirarme á mi guarida donde por no perder la memoria de este coloquio, lo apunté para diversión mía y cartilla de los que gusten aprender el Bolero.







## LOS FILOSOFOS EN EL FIGON

---

.....  
Probemos lo del pichel  
¡Alto licor celestial!  
No es el aloquillo tal  
Ni tiene que ver con él.  
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! ¡qué color!  
Todo con tanta fineza.

BALTASAR DE ALCAZAR

Nada enfada tanto el ánimo como oír incesantemente unos labios ni fáciles ni elocuentes y una tarabilla necia de algún filosofastro pedantón, que se extasía hablando de materias tan triviales que cualquiera alcanza, ó tan áridas que secan y hastían la imaginación y fantasía del pobre que cogen en banda. Iba yo á duras penas sosteniéndome en mis piernas antiguas y descarnadas y pensando de tal manera, cuando al tender la vista, tropezaron mis ojos con la mayúscula persona del Br. Górgoles, aquel parlador eterno, cuyo prurito es hacer entender que tiene en su mano la piedra filosofal

de la felicidad humana, cuando su título por tamaña empresa está sólo en ,relatar de coro dos ó cuatro libros que ya nadie lee, por el hastío que derraman. Venía pues á embestir conmigo y mi paciencia, remolcándose calle arriba de la Paja, cuando por librarme cogí los pies en volandas para escapar. Temiendo no conseguir mi intento y hallando á poco trecho un figón ó taberna de traza limpia y bien acondicionada, acordé zambullirme en ella, por dejar pasar aquel, para mí, más que tremendo chubasco.

No bien puse el pie en ella, cuando consideré lo pronto que sería descubierto por mi perseguidor, si en casa tan concurrida me ponía á los ojos de tanto curioso, y sin más ni más según mi paso por un entarimado que desde el zaguán arrancaba y al final me condujo á una escalerilla excusada que daba á un aposento bajo de techo y á teja vana, que después vi era sobrado de un zaquizamí húmedo por todo extremo : sentéme en un banquillo cojo colocado al frente de una mesilla si bien saltadora, si bien danzante, regada por medio siglo con el mosto de mil libaciones no muy limpias, y dando un golpe fuerte sobre ella, se me presentó el montañés, quien de su mejor modo me preguntó que con qué me serviría, relatándome la larga le-  
tanía de vinos que guardaba en su bien abastecida bodega. No echará de menos en ella, señor caballero, desde el claro Montilla hasta el tinto de Valdepeñas, con toda la gran parentela de ellos, hasta el quinto grado que se crían en nuestra España, limpios y sin mezcla de agua, brebaje ni otra mala raza con que mis cofrades suelen inficionar y adul-

terar tragos tan celestiales. «Al Montilla me atengo, repliqué, y que venga con acompañamiento de algún sabroso llamativo». «Sí habrá:» (contestó mi hombre) y á poco me trajo un vaso y la botella con unas aceitunillas enjutas, gordas y sin mácula que á legua se pregonaban como de Sevilla, realzándose todo más y más teniendo al lado el pan blanquísimo de bollo ó de tahona. Dije al montañés que siendo aquel retrete tan reducido me excusase de toda compañía, le di las señas de la persona de quien me guardaba, y él retirándose, yo me quedé saboreándome á la par con el suceso agradable de mi escapada y con los bocados que delante tenía.

No bien habrían dado dos instantes de tan deliciosa tarea, cuando oí hablar dos personas tan cerca de mí que parecían estar en el mismo aposento. Volví los ojos por todos lados y por entre las tablas que formaban uno de los tabiques de él, vi dos hombres sentados frente á frente, ante de otra mesa ni más ni menos como la mía, derribadas las capas por las espaldas en las sillas, calados los sombreros con aire picaril, una baraja en la mano como de haber echado un jarro al truco, y el del fruto de la victoria puesto ante los ojos de los dos combatientes que se lo iban á partir y trasegar lo más amigablemente del mundo.

—Con truco y flor me has ganado el envite, Pistacho — dijo el uno; — y quiero verme ahogado en agua pura, si te juego de hoy más á otra cosa que al rentoy aunque me des punto y medio.

—Ni al rentoy, filey, brisca, truco, secanza, ni otro de los carteados, respondió el otro, ni al sacanete, baceta ni otro de los de golpe y azar puedes

medirte conmigo, y en esto ríndeme el mismo respeto que yo á ti en lo del cuchillo y cuarteo.

—Afuera las alabanzas y vaya Pistacho este tercer trago á los buenos ratos que pasamos juntos todos los jueves, que en ellos no me cambiaría por el Preste-Juan; tal es el gusto que disfruto en ellos. ¿Y no sabes Rechina que en este bajo mundo está toda la gloria en un buen amigo y dos botellas?

—¿Y las mujeres no entran en tu reino? porque en verdad te digo, que donde faltan ellas, todo para mí es por de más, y si no se hallan en tercio con nosotros en tales sesiones, te aseguro que mi alma está con ellas como mis sentidos en este vino y sus adherentes.

—Ellas te darán el pago, pobrete—dijo Rechina;—que el vino es placer más barato y duradero, ni deja en pos de sí los torcimientos y amarguras que ellas, y á fe á fe que media columnaria no contentara á la más humilde de ellas y es moneda bastante para pasarse un hombre de forma toda la tarde hombreándose con todos los príncipes de la tierra, pues te hago saber Pistacho (aquí el orador se acomodó en la silla, enderezó el sombrero y pasó la mano por la garganta para desembarazar el habla) que mientras estoy si son flores ó no son flores, todo lo veo de color de rosa, y del turco se me da un ardite y del Tamerlán una blanca. No haya miedo que el cristiano que se encuentre en tal beatificación piense poner lengua en Papa, ni mano en Rey, ni se entrometa en murmuración ni suciedad semejante: pues si hay un tantico de cantares, no digo nada, porque de ahí á los cielos.

—; Y qué *verdura* es el apio ya que verdad no diga!—replicó el otro;—contigo me entierren que esa razón me ha vuelto ceniza; venga otro viaje, apuremos el jarro y el montañés haga crujir la piqueta por mi cuenta.

—Rematado me vea—dijo Rechina—si me gusta el vino bebido como de contrabando, cada uno en su casa haciéndose alcantarilla de mosto que no bebedor racional, sin pleitear sobre la calidad del vino, pecados que tenga y remedios que se le pueden aplicar, que este es ramo muy de enseñanza y divertido y si esto se acompaña con la música de vasos que suenan, mosto que cae, candiotas que *crujen*, jarros que gorjean y mozos que gritan, no hay más que pedir.

—Siempre—contestó Pistacho—te vas al hueso y dejas la pulpa; quiero decir que más te saben esas salsas que refieres que no los sorbos copiosos y seguidos. Bien alcanzo la razón que haya para preferir el de antaño al de ogaño, pero andarse con esos *tiquismiquis* tuyos, lo condeno altamente como cosa que huele á gula y sensualidad. Dénme á mí el pielgo de un odre bien relleno, callen todos los relojes y no pare el chorro y saldré más ganancioso que no tú, amén de la conciencia más limpia: que si yo te acompaño en tales estaciones, separo *in pectore* todas las superfluidades de que tú sacas tanta delectación, y tu alma tu palma.

—Sigue tu camino—dijo aquél,—que yo bien me encuentro por el mío: remojarse en vino como esponja, cual tu dices, es cosa amigo, de hombre y paladar poco delicado, y para ti mal vinagre ó buen Jerez todo será igual, y quiero morirme si

puede hallarse mayor pecado en buen bebedor, pues contigo será en balde aquello del *pan con ojos*, *el queso sin ojos* y *el vino que salte á los ojos*.

—¿Con sutilezas te vienes y refrancicos propones? (habló Pistacho). Pues hágame la gracia el sabiondo de decirme cuáles son los tres enemigos del hombre, que si tal aciertas, te tendré por hombre consumado en el gremio.

Aquí los dos filósofos se quedaron mirando, aquél á éste, como quien piensa, y el otro al uno sonriéndose vanaglorioso del enigma can que había enredado á su compadre.

—Confíesome vencido — dijo Rechina, — pues como no sean los arcabuces, las mujeres y los tabardetes pintados, no sé qué otros enemigos pueda tener el hombre.

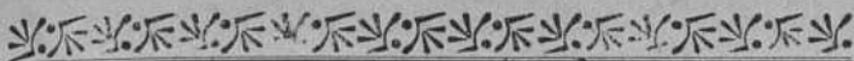
—¡Oh menguado! — replicó Pistacho, — ¡qué pobrete te criaste de entendederas! Los enemigos que digo son los que arrancan las cepas, los que venden las uvas y los que las dan y convierten en pasa. Todas pisadas, que nadando en mostillo nadie siente penas: y es contrario al hombre quien le mengua consuelo tal, mermando un solo sorbo del jugo de los lagares. ¿Digo bien, seor Rechina? ¿Hablo al aire ó no discuro como el Br. Górgoles que cada palabra la afirmaba con tres silogismos y cuatro autoridades?

Al decir esto el elocuente orador, escuché ruido por la escalera, vuelvo el rostro y miro; ¡perdón de mis pecados! Miro al mismo tremendo Górgoles bailándole sus ojos de alegría por haber atrapado á su víctima. A pesar del montañés entró y escudriñó la casa, pues no encontrándome en las

calles cercanas concluyó y con razón que me había agazapado en alguna madriguera. Entró, digo, se me lanzó como un sacre y me hizo presa por el brazo como alano, pues las orejas me las reservó para taladrármelas á preguntas, argumentos y reconvenções por mi asistencia y querencia en casas de aquel jaez. Me sacó á lo del Rey con más inculpaciones y reprimendas: llevóme hablándome, gritando, argumentando en forma, por inducción, *a priori*, por exabrupto, por peroración... ¡qué tormento! En fin, apartóme mi implacable enemigo de aquel mi centro de recreación y gusto, pero al menos aprendí y supe en dónde cada jueves podría sacar mi ánimo de sus melancólicas meditaciones, oyendo los diálogos de dos filósofos, que si enseñan poco como todos, divierten como ningunos.







EL ASOMBRO DE LOS ANDALUCES,  
O MANOLITO GAZQUEZ, EL SEVILLANO

---

...Con tus mentiras á nadie agravias  
y á todos entretienes: estas no son  
mentiras, sino ingeniosidades: no  
son mentiras vulgares, digo, sino fá-  
bulas poéticas.

ESTAFETA DEL DIOS MOMO, POR SA-  
LAS BARBADILLO.

Así españoles como extranjeros, saben el remo-  
quete con que son señalados los andaluces. Todos  
al oírles relatar tal historia ó cual noticia llaman  
en auxilio de sus respectivas creederas la suma  
total de las reglas de la crítica para fijar en algo  
ó acercarse á la verdad: todos escuchádoles citar  
guarismos y vomitar cantidades, cercenan, rebajan,  
sustraen, amputan y restan, y no contentos aún,  
sacan la raíz cúbica del residuo, y todavía admi-  
tiendo tal cantidad por buena, creen hacer mucho  
favor al bizarro y boyante contador y denominador  
andaluz. Fuera agraviar á cuatro grandes provin-

cias que valen otros tantos imperios, suponerles en su calidad y condición algo tan rahez y de baja ley que pueda trocarse con el embuste y confundirse con la gratuita mentira. Esto siempre revelara algún defecto en el carácter, cierta falta en el corazón, siendo así que en contraste con todas las demás de España, no hay ninguna que sobre la Andalucía presente mayor número de héroes, de hombres valientes, y todos saben que la cualidad más contraria al valor es la mentira. Por consecuencia es necesario buscar en otra parte el origen de esta afición, de esta propensión irresistible á contar, á relatar siempre con encarecimiento y ponderación, á demostrar los hechos montados en zancos, y á presentar las cantidades por océanos insondables de guarismos. Tal cualidad tiene su asiento y trono en lo más principal y pintiparado del alma, en la fantasía, en la imaginación. Lo que se ve en aumentativo no puede explicarse por microscopio, lo que se multiplica en el pensamiento no puede *unicarse* por los labios, si se permite la expresión, ni lo que se pinta en el ánimo con todos los colores del iris, puede ni debe retratarse por la palabra, y en la narración con las tintas mortecinas de la aguada. Ahora bien: si un andaluz siente, concibe, ve, imagina y piensa de cierta manera, ¿cómo no ha de hablar, y explicarse por el propio estilo? Si tal no fuese, fuerza sería desconocer el admirable acuerdo que existe entre las facultades de nuestra alma, el recíproco enlace con que se atan unos á otros los sentidos y todos se ligan á la mente, contradecir los estudios de todos los filósofos desde Aristóteles acá, y destruir en fin la verdad de la Psicología; de la ciencia del pensamiento.

Ya esta cualidad de la imaginación andaluza y su ostentosa manifestación por la palabra, la conoció el famoso orador romano hablando de los poetas de Córdoba, y la indicó en una de sus más brillantes oraciones (1). La mezcla con los árabes de fantasía arrebatada, pintoresca é imaginativa, dió más vuelo á tal facultad, y su permanencia de siete siglos en aquellas provincias las aclimató para siempre el ver por telescopio y el expresarse por pleonismo. Si fué en Córdoba cabeza de la Bética y patria de grandes oradores y poetas, en donde Cicerón notó esta cualidad andaluza, si hubiera vivido diez y ocho siglos después ó en nuestros días, la notara, fijara y ampliara por todas aquellas grandes provincias, poniéndole empero su trono y asiento principal en la capital artística de España, en la reina del Guadalquivir, en el imperio un tiempo de dos mundos, en la patria del señor Monipodio, en la mágica y sin igual Sevilla. Los sevillanos, pues, son los reyes de la inventiva, del múltiplo, del aumentativo y del pleonismo, y de entre los sevillanos el héroe y el emperador era Manolito Gázquez.

Manolito Gázquez á vivir hoy, debiera ser considerado como un artista. El daba al estaño y al latón tal forma y apariencia que con la ayuda del zumo de la oliva y de un mechón de lienzo viejo, difundía la claridad y las luces por do quiera; en una palabra, era belonero, pero al propio tiempo era cazador; en los rosarios tocaba el fagot ó *pim-*

---

(1) «Ut enim Cordubæ natis pœtis pinguis quidam sonantibus, atque peregrinum aures suas dederit.»

*poddo*, como él decía; en los toros era un oráculo. Por lo demás, no había habilidad en que no descolase, aventura extraordinaria por la que no hubiera pasado, ni ocasión estupenda en que no se hubiese encontrado. Y no se crea que esta inclinación á hacerse el héroe de sus historias era por vanidad, ni que encarecía por gala ni afectación, ni menos que se alejaba de la verdad por afición á la mentira. Nada de eso: su imaginación le ofrecía por verdadero cuanto decía; los ojos de su alma veían los objetos cual los refería, y su fantasía lo ponía en el mismo lugar y grado del héroe cuya historia relataba. Júntese á todo esto la facultad preciosa de darle á sus aventuras final picante, caída adecuada, todo sin estudio, sin afectación; y por añadidura, traza singular de persona y cierta pronunciación peregrina y extraña aun para los mismos sevillanos, y se concebirá justa y cabal idea de los fundamentos que tiene la gloria duradera de Manolito Gázquez, cuyos cronistas quisiéramos ser si el espacio no nos faltara y nos ayudara el talento. Manolito Gázquez, además del «socunamiento» ó eliminación de las finales de todas las palabras y de la transformación continua de las *eses* en *setas* y al contrario, pronunciaba de tal manera las sílabas en que se encuentra la *de* ó la *erre*, que sustituía estas letras por cierto sonido semejante á la «d.» Esta indicación es la única que conservaremos en sus palabras, al referir algunos de sus dichos y sentencias. La vida la dividía dulce y tranquilamente entre su taller, sus amigos y su esposa Doña Teresa, y de noche entre el descanso y su asistencia al rosario tocando el fagot.

Dos tardes entre semana las empleaba concurriendo en cierto paraje enfrente de Triana, á oír leer la Gaceta, sentado sobre su capa en los maderos que en aquella ominosa época en que teníamos marina bajaban desde Segura por el Guadalquivir, y que servían en la orilla para cómodo asiento de la gente desocupada. Por aquel tiempo sólo llegaban á Sevilla cinco ejemplares de la Gaceta, único papel que se publicaba en España; cosa que prueba la infelicísima infelicidad de aquella época, en que recibíamos de América cien millones de duros al año. El que presidía el auditorio en donde concurría Manolito, cobraba un ochavo de los que acudían á oírse leer la Gaceta. Allí nuestro héroe oyó por primera vez el nombre de *Austerlitz*, cuya palabra jamás le pudo caber en la boca. El concurso para formar idea minuciosamente de la topografía del terreno, hizo extender el mapa de Europa que solía acompañar en aquel tiempo á la Guía de Forasteros. (Todo el mundo sabe que el tal mapa tendría sus tres pulgadas de bojeo.) Manolito, enardecido ya con la relación de tan sangrienta jornada, seguía cuidadosamente con los ojos la punta del alfiler que á tientas iba señalando en aquel mapa gorgojo el punto donde pudo haber sido la batalla. D. Manolito, al ver que el alfiler se fijaba, exclama ya entusiasmado: «Señoddes, aquí es, aquí es; vean ustedes al señod genedal que toca á ataque, y aquí están las vivandeddas que venden tajadillas á los soldados; y al decir esto, ponía su dedo rehecho y gordifloncillo sobre el reducido papel que casi lo tapaba, y de este modo calculadas las distancias, ponía esta parte de la escena á 500

leguas del campo de batalla. En tal gabinete de lectura y en tal tertulia oyó nuestro héroe en su capítulo correspondiente de la Gaceta hablar varias veces de la Sublime Puerta. La idea que concibiera Manolito Gázquez de lo que era el poder otomano, lo probará la anécdota siguiente. Cierta día trabajaba en su taller sendos clavos de ancha cabeza y de traza singular que herreros y carpinteros llaman de bolayque. Eran lucientes y grandísimos. Uno de sus visitantes al verlos, exclamó: ¡qué clavos tan hermosos, grandes y bizarros!» «Catodce cajones llenos de ellos hay ya en el río, replicó D. Manolito; ¿y no han de ser hedmosos si van á van á sedvid para la Puedta Otomana?» Este hecho lo hemos oído contar al mismo interrogante que lo fué el señor López Cepero, hoy senador del reino, y que alcanzó y frecuentó mucho el trato de nuestro héroe.

Manolito tenía gran vanidad en su habilidad de fagotista. Nadie á juicio suyo le prestaba á tal instrumento el empuje y sonoridad que él. «En ciedta ocasión, dijo, quise pasmad á Roma y al Padre Santo. Para ello entré en la iglesia de San Pedro un día del Santo Patrón el primed Apóstol. Allí estaba el Papa y los caddenales, y ciento cincuenta y cinco obispos, y toda la cristiandad. Tocaban veinte ódganos y muchos instrumentos, y más de mil pitos y flautas y entonaban el *Pange lingua* dos mil y cincuenta voces. Llega D. Manolito con su casaca (iba yo de codto) y me pongo detrás de una coludna que hay á la entrada por Oriente, así confodme se entra á mano derecha, y cuando más bullicio había, meto un pimpoddazo

y toda aquella algazara calló y la iglesia hizo *bum, bum* á este lado y al otro como para caedse. A poco siguió la función creyendo el consistorio que el teddemoto había pasado, y entonces meto otro pimpoddazo de mis mayúsculos y la gente se asusta, y el Papa dijo al punto: ó el templo se viene abajo, ó Manolito Gázquez está en Roma tocando el pimpoddo. Salieron á buscarme, pedo yo tenía que hacer y me vine á Sevilla pada id al dosadio.»

Si algún paseante al pasar en aquellos días calurosos de estío por la puerta de Manolito se sentía aquejado por la sed y le pedía una poca de agua, gritaba al punto: «Doña Tedesa (su esposa), bajad la jadda de odo con agua fresca, y si no está á mano venga la de plata ó la de cristal, y si ninguna se encuentra traed la talla de baddo, que este cabaliedo disimuladá por esta vez, si se le sidve con buena voluntad.»

En cierto día que para una noticia que era preciso hacer saber en Cádiz, se hablaba del modo de transmitirla con mayor celeridad desde Sevilla, dijo D. Manolito: «¿ Y por qué no va por agua la noticia? » Pero siempre, le replicaron, serían necesarios tres ó cuatro días: «dos hodas, repuso Gázquez, yendo nadando como yo fuí cuando la guedda con el inglés á llevad ciedta odden del general. Yo me eché al agua al anoched en la Todde del Odo; meto el brazo, saco el brazo, estoy en Tablada; meto el brazo, saco el brazo, heme en S. Lucad de Baddameda; meto el brazo, saco el brazo al frente de Rota, y de allí como una lanzadeda á Cádiz: al éntrad por la puedta del mar tira-

ban el cañonazo y tocaban la detreta... ¡digo, señodes, si me descuido!» Aludiendo á que en tal hora se cierran en Cádiz las puertas como plaza de guerra, y hubiérase quedado fuera.

En el danzar, cuando sus verdes años, y creyendo sus propios informes, había sido don Manolito una Terpsícore del género masculino, un portento de ligereza y agilidad. «Una noche, decía, estaba yo en la tectulia de la condesa de... (siempre entre gente de calidad) y allí habían bailado ciedtos italianos bastante bien. D. Manolito no quiso bailad aquella noche, pedo las señodas me dogadon tanto que al fin salí haciendo mi devedencia y mi paseo. Comienzan á tocad y yo á figudad y á tenzad; ellos tocando y yo tenzando y dando con la cabeza en el techo, todos midando y yo tenza que tenza; las señodas, Manolito bájese usted, y Manolito tenza que tenza... cuando concluí por gusto saqué el deloj... quince minutos estuve en el aire.»

En los toros valía doble el andamio donde tomaba asiento Manolito Gázquez. Siempre tenía la palabra. No había suerte que él no comentase, ni lance que no sujetase á su crítica, aunque todo lo presidiese el famoso Pepe Hillo, que era muy su amigo. «Quítese de allá el señod Pepe, no sabe V. el mozquito que tiene delante. Oiga V. los consejos del maestro de los todos...» Una tarde salió nuestro héroe muy disgustado de la corrida. «Ya no hay hombres en Sevilla, decía. Hasta el señod Pepe se ha convedtido en monja: á no ser por don Manolito ¿qué hubieda sido de la cuadrilla? El todo, añadía, había baddido ya la plaza, los de á

caballo dodando, los peones en las vayas y el señod Pepe enfrontidado por el todo y lo iba á ensadtad cuando D. Manolito se echó á la plaza y la fieda se dispadó á mí y deja al señod Pepe y addemete... Y ¿qué sucedió? le preguntaban los del asustado auditorio; «y addemete y yo le meto la mano por la boca y de pronto le vuelvo como una calceta poniéndole la cabeza donde tenía el dabo, y el todo salió más dispadado que antes y fué á dad ciego en el budladedo de enfrente y se estrelló y las mulitas vinieron por él.»

D. Manolito, como de generación algo trasañeja y muy lejos de los adelantos del siglo actual, era español castizo y antifrancés por todo extremo, y eso que no alcanzó en vida los desahogos de Murat en el Dos de Mayo, ni el saqueo de Córdoba, ni las lindezas de gabachos y afrancesados de 1808. Por lo mismo y tal antipatía, nada era de extrañar que á tiempo ó á deshora se estremeciese, despeluznara y conturbase al oír por las esquinas y cantones del barrio el pito del castrador ó silbar por los zaguanes y antipatios la piedra aguzadera que á fuerza de rueda y agua mordía el acero de los cuchillos y tijeras, todo por obra y manufactura de los labios, patas y manos de algún auvernés ó picardo. Al pasar tales estantiguas por jurisdicción de la casa de D. Manolito, según y conforme más ó menos avinagrado se hallaba de condición, así era el recibimiento que les hacía. Si el cielo de su frente, á dicha, se mostraba despejado y sereno, en cuanto escuchaba el chiflo ó entendía el pregón del amolador, partía la telera de pan y escanciaba en el vaso media azumbre de vino, y

saliendo al umbral de la puerta, calle de Gallegos (1), comenzaba á decir: «Venga acá capullo y no me albudote la vecindad. Tome este trago y este taco y váyase luego á otra parte con sus heddamientas, dejándonos con nuestra entedeza y menestedes. En esta tienda los hieddos se dan filo unos hieddos contra otros hieddos y no con piedra aspedón, y nos vamos á la sepultuda como vinimos al mundo.» Cuando el clamoreo de mala y aviesa catadura cogía al buen andaluz de mal temple no había inventiva en su magín, ni especie ó palabra picante en el diccionario que desde su puerta ó ventana no se las disparase á grito hendido sobre el deshonesto francés si era capador, ó sobre el francés pordiosero si era de los de la piedra de asperón. Tal vez acertó á estar en su tienda cierta persona grave, que al ver el alboroto de Manolito, que en pocas ocasiones se descomponía, le manifestó grande extrañeza por sus voces y exclamaciones. Nuestro héroe al oirlo, replicó: «Chodizo (esta era la interjección más formidable que solía permitirse), chodizo, volvió á repetir, ¿no ve usted que si los gabachos dan en venid con las pieddas y los chiflos concluirán por amolad á los españoles y por dejadnos útiles sólo para eunucos del gran tudco ó del empedador de Mañduecos?» Por lo que después ha sucedido y en la actualidad estamos alcanzando, verán nuestros lectores que D. Manolito, además de otros muchos, poseía también el don de la profecía.

---

(1) La pequeña casa en que vivió con otras varias, se han convertido en un gran almacén ó despacho de la loza que se fabrica en Cartuja.

Fuera prolija tarea referir los destellos poéticos de maravillosa magia, de encarecimiento inmenso con que Manolito Gázquez inmortalizó su nombre en la poética, en la mágica y ponderativa Sevilla. Pondremos fin con el siguiente rasgo. Cierta día nuestro héroe asistió con gran parte de la nobleza y juventud sevillana, que siempre lo admitía en su círculo, á un palenque de armas, en donde así se hacía alarde de la destreza del sutil florete, como del irresistible poder de la espada negra. Después que dos contendientes admiraron al concurso por sus primores, su gallardía, sus tretas, sus estocadas, sus quites, y que retirándose del asalto dejaban á todos los aficionados con impresión profunda de agradable sorpresa, uno de los más notables por su habilidad en las armas, le preguntó á nuestro héroe: «¿Y V., Manolito, no juega la espada?» «Ese ha sido mi fuerde, replicó; yo soy discípulo de los discípulos de Caddanza y Pacheco. ¿Se acuerdan ustedes de las famosas lluvias del año 76? Sí nos acordamos. Pues en una de aquellas noches de diluvio, prosiguió, estaba yo en la tedtulia de la señoda madquesa de... Todas las señodas se habían ya detirado en sus coches, y sólo quedaba la condesita de... y su hedmana, que no podían idse podque su caddoza no había podido llegad con el agua. Aquellas señodas se afligían y quedían idse, ¿y qué hace Manolito? saca la espada y dice: señodas, agaddense ustedes, y Manolito con la espada á la lluvia: taz, taz, taz, tedcia, cuadta, prima, siempre con el quite y el deparo, llegamos á palacio: ni una gota de agua había podido tocad á las señodas, y dejábamos detrás ahogándose á la Gidalda.»

Manolito Gázquez, cuya juventud, por su lozanía, conservó hasta lo último de su vida, murió cerca ya de los 80 años al entrar el famoso de 1808.

¿Qué hubiera dicho este rey de los andaluces si viviendo algunos meses más, alcanzara el trágico Dos de Mayo, la inmortal jornada de Bailén? ¿Qué no hubiera visto aquella poderosa imaginación en las poderosas maravillas que entonces improvisó, el verdadero entusiasmo, el no mentido patriotismo español! Manolito Gázquez presenciando la lucha por la independencia, y los principios de nuestras disensiones civiles, hubiera sido para los hechos de la primera un cristal de crecidísimo aumento, como para los segundos un prisma que los descompusiera y presentara en términos de arrancar algunas agradables risas, en cambio de las muchas lágrimas y sangre que nos han costado. Si nuestro héroe hubiera llegado como milagro de longevidad hasta la guerra, cuya primera jornada acaba de concluir (estamos en 1841), entonces es indudable que le viéramos ó escribiendo algún boletín de noticias en un periódico, ó bien al lado de algunos generales redactando partes de encuentros, asaltos y batallas. ¡Tanta feria hubiera tomado su peregrina facultad de aumentar lo poco, y de ver lo que no había!





## DON OPANDO O UNAS ELECCIONES

---

En las elecciones, el Gobierno que promete, seduce; el que da, corrompe; si amenaza, es tirano; si atropella, esclaviza: qu'en tal hace, no merece el poder; el pueblo que lo sufre, no merece ser libre.

CIERTO PUBLICISTA

Don Opando era hombre viudo de un ojo, menudísimo de pelo, profluente de narices, fertilísimo de orejas, muy arrojado de juanetes, hendidísimo de jeta y desgarradísimo por extremo del agujero oral que se mostraba todavía más dilatado de confines por la sonrisa inefable con que siempre lo bañaba y embellecía. Las mejillas por lo mismo que eran flácidas y sumamente fruncidas y rizadas daban á la fisonomía mil cambiantes y fases diferentes que echaban noramala al hombre de las tres caras, aunque en competencia quisiese jugar con punto y medio de ventaja, además de revelar elo-

cuentemente que en aquella cavidad bien pudieran acomodarse y vivir sin conocerse ni tratarse dos buenos quesos manchegos, ó dos buenas intendencias, según y conforme fuese el maná ó pitanza que fuera conveniente engullir. En sus piernas, si se salva la protuberancia descarnada de las rótulas ó choquezuelas nada se miraba de imperfecto á no ser por cierta deformidad hija de cierto caso fatal y fortuito que era de achacar á su señora madre. Fué el caso que cuando infante, era D. Opando el más lindo é inequívoco cachorro que hubiesen abortado de los infiernos, y mamá que quería poner coto á los desahogos pueriles de su niño de quebrar cacharos, esquilmar las ollas y absorber las vinajeras del hogar, me lo aseguraba con un hiscal de diez hilos atándolo por el tobillo ó engarce del pie para sujetarlo y trabarlo ni más ni menos que como á un cimbel gracioso y revolante. Cierta día, pues, tuvo por antojo el cachorro agraciado el asaltar con alfileres los ojos del chico de la vecina que allí travesaba, y conociendo la buena madre que aun todavía no era tiempo de tales hazañas, tiró del hijo que se esforzaba por lograr su intento, él revolviéndose y ella por detenerlo; ella por refrenarlo y él por desasirse, resultó al fin cierto desengarce del pie izquierdo, que retorciéndolo para adentro y no acudiendo ni con tiempo, ni con habilidad, quedó con la donosa figura, que con perdón sea dicho, llamamos zopo. Estos desmanes de la fortuna por lo tuerto, horrible y zopo, lo desquitó al punto la naturaleza despertando en aquel curiosísimo redrojo los destellos más peregrinos de ingenio y sagacidad. No es nuestro propósito tejer la crónica ni

formar verídica relación de los albores inocentes de aquel talento, ni seguirlo por las muchachadas endiabladas de su adolescencia, ni detenernos en relatar las andanzas y entuertos de su juventud y virilidad, pues para ello fuera preciso un infolio que atrás dejara cuanto se ha escrito de avieso y picaril desde Lazarillo de Tormes y Roberto del Diablo hasta el Barón de Illescas ó Periquillo el de la Mojigata. Baste, pues, el decir que nuestro amigo D. Opano era hombre diestrísimo en papeles mamotretos, que sabía en los testamentos y últimas voluntades corregir cuanto pudiera oponerse á las reglas de justicia ó conveniencia que él mismo forjaba y componía; que en los enredos de lugar manifestaba tal fertilidad de medios, tal sagacidad en las combinaciones y tal rapidez en la ejecución, que era como el emperador de estos altos hechos y hazañas, y que en fin, muy curtido y abatanado en los quehaceres escribaniles y en la trapisonda de los asuntos de ayuntamiento y concejo, y en el laberinto de los propios, pósitos, contribuciones y gabelas, era encontradamente para el bando, partido ó familia que lo tuviesen por contrario, ó por patrono, ó la misma Providencia ó el mismísimo Lucifer encarnado. Por lo demás, don Opano era hombre muy agradable en su conversación y trato, y aun dejándose llevar por cierto sentimiento benévolo y expansivo rayaba á veces hasta ser lisonjero é insinuante. Para ello se valía del aliciente goloso de sendas pastillas y caramelos que atesoraba en sus multiplicadas faltriqueras que lo guarnecían, de donde á pares los sonsacaba, principiando siempre por dejar uno en el

recipiente de la negra caldera de su boca, y donando el otro afectuosamente al interlocutor con quien tropezaba, ya fuese el interpelado ó interpelante. Como no hay acción por santífica y loable que sea que no sufra alguna calificación desventajosa de parte de los murmuradores y mal intencionados, esta costumbre de garbo y de obsequio practicada por nuestro D. Opando, la mordían inflexible y despiadadamente, pues se propasaban á decir sus malquerientes que cada caramelo que regalaba habia ya pasado por su boca sufriendo una succión lenta y amorosa perdiendo así la mitad de su espesor y calibre, de donde extraído pulcramente después y envuelto en su propia y pristina túnica de papel volvía al arsenal de los bolsillos para servir de agasajo á los conocidos, amigos, comandres y parroquianos de toda laya y de todo género. Esto se ve á tiro de ballesta que era pura envidia y ojeriza, pues chuchería que hubiese peregrinado por las cavernosidades mandibulares de maese Opando, habríase impregnado de tal husmo ó salitre, antimonio y azufre, que hubiera revelado su sospechosa procedencia aunque la degustación la hiciese el paladar más obtuso y de mejores comederas. Mas después de todo, fuerza será convenir que aun siendo probable y fundada la opinión sentada, siempre sería muy de celebrar y enunciar la traza feliz de nuestro D. Opando que sabía unir y aunar á la prudente economía y propio recreo, el obsequio y agasajo á los prójimos y extraños. ¡Oh, qué placer el ver trasladarse un caramelo ó pastilla desde los bolsillos de D. Opando á los labios de algún amigo, familiar ó pretendiente! ¡Quién tu-

viera aquí en Madrid algún cucurucho de ellos para repartirlos á las manos siempre abiertas que se ven en el palacio de Oriente, plaza de Isabel II y en las antesalas de los ministerios!

Mas dejando estas observaciones y moralidades inútiles por lo mismo de ser tan patéticas y sentimentales, volvamos á la venerable persona de nuestro digno D. Opando. Hallábase, pues, en su cuarto estudio, sentado en un ancho y cómodo sitial de vaqueta asegurada con clavos de cabeza gorda, acompañado en torno de altos rimeros de Gacetas y otros periódicos, trashedando las amarillas hojas de un proceso criminal ó expediente gubernativo, (no podemos fijar su esencia) y de cuando en cuando pasaba el medio de su vista (recordemos que era graciosamente tuerto) con cierto aire de ufanía y satisfacción por los escaparates de su estancia todos estivados de papelotes, periódicos, legajos y paquetes de cartas, como diciendo en su conciencia: *He aquí mi reino, he aquí mi ejército y mis arsenales.* Ya iba nuestro respetable amigo después de alguna ligera pausa á la sabrosa tarea, dando al paso al propio tiempo con cierto gentil movimiento de cabeza al humo del cigarro que acababa de beberse con un mayúsculo sorbo, cuando se le entraron de antuición por su zaguán y se le presentaron ante sus ojos cuatro de sus más continuos y familiares. Estos juntaron la puerta tras sí y se fueron sentando por los otros sillones que guarnecían el cuarto, sin hablar palabra, y D. Opando, sin alterarse ni en una mínima con aquella visita misteriosa y aparición repentina, se contentó con registrar curialmente la hoja que repasaba, y comen-

zó á mirar y remirar los cuatro aparecidos, adorando siempre el gesto con aquella sonrisa inefable que hemos apuntado. La señal de grande atención para D. Opando era ponerse en su ojo vivo y sano, no anteojos, ni lente ó cosa por el estilo, sino un microscopio útil y cómodo de su invención y concepto. Era, pues, el invento, que con el dedo anular de la mano derecha cogía y apretaba la yema ó la cabeza del index, de manera que doblándose éste flexiblemente abría cierto intersticio ó formaba cierta aspillera entre dedo y dedo, adonde aplicaba y fijaba atentamente la pupila insólita y huérfana, contemplando así á su sabor toda fisonomía que quería estudiar y todo objeto que quería filiar competentemente. D. Opando paseó su mermada vista y al través de tal aparato, por las personas de sus cuatro visitantes, y pronunciando más su sonrisa y dando á su efigie una fruición casi celestial, exclamó lleno de bondad y de contento: ¡Buenas noches, D. Raimundo; para servirle D. Tadeo; tomen asiento Sr. D. Paco y Sr. D. Bruno! Después añadió: Señores, los hombres de negocios no andamos á caza de gangas, ni solemos perder el tiempo; ya conozco que hay algo de importante y antes hoy que mañana, y más bien ahora que luego, y andar que andemos, paso largo y al avío. Algo de tiempo duró el silencio que esta lluvia de palabras y retahila de sentencias impuso á aquellos buenos hidalgos de aldea; pero al fin D. Raimundo, que por su traza y corte manifestaba semejar el prolocutor de aquella noble comisión, tomó la palabra y dijo: Sr. D. Opando, el asunto que aquí nos guía aunque magno é importante cual ningun

no, es al tiempo mismo el más sencillo. El correo que acaba de cruzar por aquí á la capital ha dejado á la mano un papel volante, por el cual consta que las Cortes se han disuelto y que están convocadas para el 20 de febrero, debiendo procederse á las elecciones el 8 del actual. Este partido ha tenido desgracia en todos sus delegados hasta el día. Nuestro primer diputado en las de 1814, que no respiraba bajo estos techos y caseríos sino libertad é independencia, se transfiguró persa á las primeras de cambio: el de 1820, que no respiraba aquí más que prudencia, nos trajo á los 100,000 hijos de San Luis, rey de Francia: el de 1834, que no quería sino la finalización de la guerra civil, fué revolucionario en las calles en 1835 y juntero en 1836: y el que enviamos para la obra de 1837, nos falsea ahora de manera que casi nos hace temer que quiera deshacer lo hecho y volver á las ollas de Egipto con otros aditamentos y rastras que nos pongan como nuevos, volviendo á los tiempos de Godoy, á las garras y zarpas de ese otro rey que dicen hay en Francia y que dicen que es, y yo digo que no es, Napoleón. Nosotros nos decimos escarmentados por lo mismo que nos confesamos burlados, Buscamos *in illo tempore* la santidad del estado, y fuimos engañados: quisimos hallar la ciencia, y encontramos la vanidad y fuimos vendidos: creímos dar con el juicio y la razón, y dimos con el sofisma y la extravagancia: presumimos encontrar la firmeza en los principios, y casi tocamos la traición con las manos; y, en una palabra, nos esforzándonos por hallar la probidad y el desinterés, no vemos más que el cinismo de la corrupción.

Ahora bien, amigo D. Opando; para el descubrimiento y triunfo del diputado que queremos y debemos elegir, ya que fuimos tan desgraciados en nuestros ensayos anteriores, queremos traerle á Vmd. con nosotros. Es cierto que en las pasadas combinaciones electorales siempre nos hemos desentendido de su persona, pues aquel pecadillo del sabor á afrancesado, sus relaciones con Lozano Torres, sus excentricidades en 1823, que parecieran estudiadas atendiendo al apoyo que después mereció de los calomardistas, el apego que tiene á todo poder que persigue, despoja, destierra é invade todo lo que es sagrado y justo, y, en fin, otras vulgaridades que por ahí han corrido á cargo de su reputación y fama, nos retrajeron de contar con Vmd. en nuestros pensamientos y planes. Mas ya que tuvimos tan mala mano para echadura de diputados y procuradores, queremos oírle y contar con Vmd., pues peor no ha de salir, y tentando este medio y saliendo huero el huevo, nos tumbamos en el surco, nos damos por muertos, y que nos pongan este epitafio:

Electores vergonzantes  
yacen en este ataúd:  
buscaron ora cual antes  
honor y gloria y virtud  
Y de THU fueron á NANTES.

Calló D. Raimundo, y D. Opando, que con el lente artificial de sus dedos había avizorado y fijado muchas veces al orador y su comparsa, desbaratándolo de pronto y pasando la mano á sostener su

mejilla, y asentándose mejor en su sillón como para buscar la vertical más á su sabor y placer, comenzó así á hablar con voz agradable, pues en este órgano era muy afortunado nuestro amigo:

«Si yo fuera, dijo, abad mitrado, os llamara mis ovejas, si general, os dijera mis *conmilitones*, si morueco semental del Ministerio de la Gobernación, mis administrados; pero como mi humildad sólo aproveche para advertiros de las malas artes de los poderosos y hombres de mundo, que son unos verdaderos milanos; para que os recatéis de ellos y os desconfiéis, quiero llamaros palomos míos, que es cosa que no os sonará mal y á mí me da gran consuelo, pues ya sabéis que no tengo hiel y toda mi contextura es de blandurilla de camuesas. Esto supuesto, quedo enterado de que tenemos elecciones y de que en ellas queréis contarme con vosotros, faltando ahora el que nos entendamos y acordemos de tan buena manera que acogotemos á los partidarios del gobierno, sacando en triunfo por diputado á un varón cumplido, cual conviene á nuestros intereses y á nuestras ideas.»

Mientras esto decía D. Opando, avizoraba de nuevo al través de la aspillera, la fisonomía de sus visitantes, pues aunque siempre los tuvo por gente hidalga y leal é incapaz de trapacería y doblez, con todo siempre caminaba en tales negocios con la sonda en la mano, y no hacía mal. Pero viendo aquellas caras angelicales, con el sello de la sinceridad y la inocencia, se tranquilizó del todo, y dijo allá para sus adentros, «nada de extraño sería que hubieran puesto sus ojos en mí para este bateo», y para convencerse de la probabilidad de su pensa-

miento, les dijo: ¿y sabemos ya, palomos míos, á quién hemos de proponer y por quién hemos de trabajar? Sí tal, respondió D. Paco: si á D. Opando le parece, todos queremos que nuestros sufragios recaigan en D. Veremundo. Estamos cansados de decidirnos en tales cuestiones por el más sabio, el más ilustrado, el más ardiente, el más buscavidas y hombre de corte, pues lo que hemos hecho ha sido ensalzar á un necio ó vocinglero ó pedante más, apoyar el egoísmo y la vanidad ó proporcionar que algún industrial se haya llenado de cintas el pecho ó de dinero sus bolsillos. Estamos, pues, hastiados de semejantes sabandijas, y por la presente elegiremos á hombre tal como don Veremundo, que siendo acomodado no quiere ser poderoso, que si no tiene gran brillantez en su talento, le asiste gran discreción en sus juicios, que en cuantas cuestiones interviene pone el dedo en la dificultad y que se distingue en todo así en lo chico como en lo grande, en lo alto y en lo bajo por ese amor á la justicia que nos admira individual y colectivamente. En un orden regular la sola propuesta de hombre como D. Veremundo, sería una aclamación unánime; pero como esto se hila ahora de distinta manera y vienen de la corte esas presentaciones para obispados no, sino para diputados, es necesario madrugar y atarse bien el dedo, y por eso queremos contar con la alianza del Sr. D. Opando: y diciendo esto, D. Paco hizo una reverencia con la cabeza desde su silla y guardó silencio. D. Opando conoció que, aunque burlado en sus esperanzas parlamentarias, todavía podría sacar grandes creces en su valimiento y no poco

provecho en su persona; tragó la píldora con grande serenidad y respondió: A fe á fe mis palomos, que me habéis robado el pensamiento. Aquí mismo me ocupaba de su persona, admirando su noble desprendimiento, pues en estos títulos que á la sazón examino, y palmeaba su mamotreto, se ve bien claro que si D. Veremundo quisiese usar de sus derechos de patrono podría disponer de los emolumentos casi totales del hospital y él los deja descuidadamente para los pobres, afectando tal indiferencia acaso por no provocar demostración alguna de agradecimiento. Aclamemos, pues, todos nosotros á D. Veremundo y hagamos de manera que lo aclame todo el distrito». Al llegar aquí don Opando, desbarató su lente prestidigitador y comenzando á buscar papeles en aquel mar de ellos que le anegaba, sacó algunas apuntaciones que ordenadamente guardaba bajo cierta carpeta cruzada con barduque, y prosiguió: «Aquí tenéis, palomos míos, el negociado electoral con todas sus entradas y salidas, usos y servidumbres, buenos accidentes y mataduras. Este distrito compondrá 1578 votos. D. Antonio Cañizares el mayorazgo, tío de D. Paco, dispone de 300 electores piantes (los llamo así porque este es gremio muy pedigüeño en el pueblo de Cubáscula); el cuñado de D. Raimundo, D. Cosme, juega al boliche con sus 200 tiburones de Zambrostenes, y los apellido así porque es necesario matarle á cada uno un carnero y molerle un medio cahiz para que vote en razón: en el partido de los Molinos, que habrá sus 90 votos, toda la dificultad en asegurar estos electores aguachirles, está en que D. Alfonso, el suegro de

D. Bruno, deje correr en los meses mayores las aguas que no necesite para sus riegos, aguas que como todos sabemos tienen con los bienes de los propios sus dares y tomares. D. Bernabé de Zúñiga, memorable abuelo de D. Tadeo, en su nueva población de Hispuda, nos puede agregar 150 votos muy redondos de aquellos labriegos de las nuevas roturaciones, y los llamo redondos por lo sin malicia que son y la candidez casi de Idilio con que cumplen lo que ofrecen. Ahora bien, si estos 740 votantes que en limpio sacamos, se añaden con los 30 ó 40 de los colonos, y parientes continos del mismo D. Veremundo, y los 15 ó 20 que cada cual de mis cuatro oyentes pueden procurar, tenemos, en aritmética más clara que la de Vallejo, no sólo empatada sino vencida la elección. La batalla en este punto, llego yo con mi pequeño refuerzo de mis 60 electores que aunque de vida algo airada, votan como unos pontífices aprovechando sus sufragios como misas de Pascua al favorecido, sin que por eso se vea en la obligación de darles otras mercedes en pago que algunas recomendaciones á los jueces de primera instancia, á las audiencias ú otras autoridades de S. M. Estas, muchas veces los toman entre ojos porque ellos quieren tomar barato el tabaco ó la sal ó niñerías del propio jaez, que yo á veces las deshago y desvanesco con mucho agradecimiento de estos infelices perseguidos que me sirven en tales ocasiones».

Los cuatro visitantes se miraron con cierto contento y como dándose el parabién de haberse acordado unánimemente de tal hombre que tan claro les sacaba el negocio á plaza y que con semejante

exactitud presentaba los datos y dejaba ver las vicisitudes de la elección. D. Opano, no reparando ó fingiendo no reparar en la admiración de su auditorio, prosiguió: «Si tal es nuestro ejército y auxiliares, veamos cuáles sean nuestros contrarios y los medios con que han de combatirnos. Es necesario suponer que el gobierno ha de oponerse á la elección de D. Veremundo por dos razones. La primera porque ello es gusto y voluntad del pueblo y al pueblo lo que se le pide es que haga como que tiene gusto y voluntad y que no la tenga. La segunda razón es que si nosotros queremos sacar por diputado á D. Veremundo ¿por qué al ministro no ha de antojársele preconizar por tal diputado á su hijo, á su pariente, á su postillón ó á alguno de sus cuñados en los diversos ramos y direcciones que abraza este sagrado y profano parentesco? Sentado que el gobierno se nos ha de oponer porque su misión es de llevar siempre la contraria, hagamos alarde de sus medios y pasemos revista á sus votos.

En primer lugar nos han de ser contrarios en sus votos los alcaides, sotas, llaveros, vigilantes y requisadores de las cárceles del distrito, que por este relente que corre obligando á tomar el abrigo de cuatro paredes por tiempo indefinido á muchos huéspedes propensos á romadizos y constipaciones les cobran por favor un razonable hospedaje, y esto decuplando gajes y propinas les multiplica también por diez el efecto y cariño á la situación. Estos pueden calcularse en 25 votos; cosa corta por ahora, aunque pronto aumentarán su número, puesto que se piensa, pues es preciso, abrir al público

otras doce cárceles más en cuanto llegue la próxima temporada de baños. En derredor de ellos es necesario agrupar los 15 ó 20 pegujaleros de centeno, escandia y mijo del partido, que no hallando donde trillar su mala simiente porque torcerían nuestros atrajes y graneros si les permitiésemos cosechar con nosotros, esperan en éxtasis soberano esas eras que se prometen de día en día y que efectivamente parece que se están viendo con cada grano de trigo como una almendra ó coco de Indias, y después todo se desvanece por las malas picardías de los descontentadizos. Como los treinta ó cuarenta boticarios y albéitares que cuidan de nuestros torozones y arestines han dado en la flor de adornarse con otras cintas, que el cial y los parches que antes acostumbraban, y nosotros no podemos darles tales bujerías, paréceme discreto el contarlos á casi todos por del bando contrario. Por lo demás, la fuerza de los adversarios en nuestra villa y distrito de *Cubáscula* la hemos de hallar en los roturadores y aparceros. Ello es que quieren que se les reparta en suertes las dos dehesas, y esto es cosa fácil para los mandarines, y lo mejor del caso es que á nosotros nos convendría semejante medida, pues á poco del repartimiento los tenedores venderían como cosa de triste utilidad, y por consiguiente por poca plata, sus respectivas pertenencias, y nosotros (es decir, la gente acomodada), por tal camino éramos los legítimos herederos de las dehesas y de los propios. Pero á pesar de tal aliciente hagámosles la guerra, den al traste con sus intentos, saquemos triunfante á D. Veremundo, que lo que no sea por testamento será por manda ó codicilo.

pues de todos modos ya haremos de manera que esas tierras, bien sea por un expediente muy mado y curtidito si mandan los unos, ó bien por medidas estrepitosas y de mano airada si mandan los otros, nos hayan de tocar y pertenecer, aunque se muera de frío el universo mundo no hallando en el invierno siquiera un ceporro ó astilla de leña para la chimenea. Ya veis, palomos, prosiguió diciendo D. Opando, que contadas y bien desmenuzadas las fuerzas enemigas son en mucho inferiores á las vuestras, cosa que os debe servir de confortativo en vuestro propósito». Sí tal, dijo D. Raimundo levantándose de su asiento. Vamos, pues, volviéndose al basigote de sus compañeros; vamos, pues, á la tarea: vete tú, D. Paco, á tomarle prendas de empeño al tío D. Antonio Cañizares para contar con sus 300 votos. D. Bruno se hará cargo de inclinar el ánimo de su suegro para arreglo tal que nos dé los votos de los aceñeros y molineros. D. Tadeo nos asegura del apoyo de la clientela de su abuelo, y desde luego que se me carguen en cuenta los 200 votos de los tiburones de Zambrortes, como dice con algo de chiste D. Opando, pues yo daré buen recaudo de ellos, aunque para el caso haya de reducir en afrecho para darles bodigo, y mamancia hasta los tapiales de mis case-ríos de Morayma. ¿Estamos en camino? añadió D. Raimundo tornándose á D. Opando. «En camino estamos», respondió éste, y dándose todos sendas y apremiadas enclavijadas de manos, aquel se quedó en su aposento y los otros, abriendo su puerta, pronto dejaron atrás también la de la calle yendo cada cual á sus menesteres. D. Opando vol-

vió á su sillón, sentóse, y para desentumirse de la postura que hasta allí tuvo y guardó, pasó ágilmente la diestra pierna sobre la izquierda, recostándola en ella amorosamente, y para consolar sin duda al triste ojo que le quedaba de su viudez haciéndole ver otros amargos males, lo afincaba y paseaba perseverantemente sobre el pie imperfecto y zopo á quien movía y estremecía ayudado por sus manos de una parte á otra, como por darle esperanzas de que en algún tiempo entraría en funciones y en juego en todo arreglo y pulcritud. Quien presume de alto fisiólogo ó que pretenda ser zahorí de los ajenos pensamientos por estas muestras fugaces y exterioridades de la persona, podrá decir lo que guste de las ideas que pasaban entonces por el magín de D. Opando, que en cuanto á nosotros diremos sólo que tales pensamientos se reducían á este razonamiento: «El juego es el interés; en él tercio; muchas y buenas cartas he de ver; gran zopenco sería si no supiera apropiarme la polla ó traviesa». Así imaginando, llaman con callados golpes de mano sumisa á la puerta del aposento y suena una voz, si tímida, si medrosa, que pregunta: ¿se puede entrar, D. Opando? «Adentro, Paraninfo de los cielos, dijo éste, que se preciaba de muy galán en la frase y de mucho de *filis* en sus flores. Adentro, adentro, digo». Y efectivamente, si la entrante no era Paraninfo de los cielos, era á no dudarlo, el más lindo Paraninfo del amor. Era, pues, un clavel de chica de 17 años, de cintura de sortija, del talle más airosamente femenino que pudiera pintar pincel, de rostro hechicero, con ojos de endrina y predicando muchas cosas malas con

las miradas más pícaras del mundo, y con un tesoro de pelo negro como la noche, y tan copioso que no acertaba á cobijarlo la mantilla de tafetán y randa catalana, que cubría la cabeza cayendo sueltamente y con gracia por el un lado y otro de dos ponciles palpitantes que revelaban el anhelante pecho. Al verla D. Opando, figurando antes el con-sabido lente, exclamó: «Beatriz hermosa, piñón delicioso de la gloria, ¿quién te trae por esta celda triste á tales horas? Si tu padre, mi amigo Cañizares, me quería tener á su servicio, cualquier mensaje, cualquier criado suyo hubiera bastado para llevarme allá, aunque fuese la noche diez veces más tenebrosa que la presente. ¿Pero qué se ofrece?» La Beatriz, sin cuidarse de tales palabras, volvió á la puerta, la aseguró y tornó á acercarse á don Opando; quien, tomando la actitud más interesante que pudo estudiar, la dijo: «Entra, sí, por entre las sillas y la mesa y sentémonos así muy cerca para hablar en mayor puridad y secreto». «No tal, dijo la muchacha; bueno es que entre dos interlocutores corra siempre el aire, y por lo mismo, haciendo de esta mesa torno de monjas, hablaré desde este sitio á distancia respetuosa»; y diciendo y haciendo arrastró una silla y se sentó con tal desenfado, que diera envidia á la Villana de Vallecas. «Amigo don Opando, prosiguió ella, es el caso, como dijo el otro, que se trata de un casorio, y un casorio con su poquito de pimienta. Casimiro, á quien Vmd. conoce, me quiere por la posta y yo le repago por el vapor. En fuerza de que yo he de ser rica y él aunque pobre es de sangre azul y enlazado aunque lejanamente con mi familia, ayer fueron los suyos

á mi casa para pedirme á mi padre, pero este, que piensa que las mujeres han de ser como las hortali-  
zas que para dar sucesión han de ser subidas y  
talluditas, me negó con un NO de regia estirpe, y  
yo quiero apelar de este fallo, y si por dinero ha de  
ser llegaré hasta las mil y quinientas. Por lo mismo,  
conociendo esas manos que asisten en Vmd. para  
gobernar estas descomposturas que suelen provocar  
otras descalabraduras y fracasos doncelliles, vengo  
á implorar su habilidad y gobierno, para que me  
saquen por la iglesia ó por la milicia, en fin lo más  
pronto posible, y que la semana entrante me miren,  
me tengan, me consideren y yo me sienta como la  
esposa legítima con todas las ceremonias del ritual  
romano de D. Casimiro de Alvarado Foch de Car-  
dona». Indudablemente algo debería haber de he-  
chicero y de notable en el gesto y acciones de aquel  
diablillo de forma apetitosa, cuando D. Opando vol-  
vió á inaugurar su observatorio de dedos y anteojos,  
recreándose en confundir en su imaginación la  
voz, la gesticulación, la figura y el talante todo de  
aquel deliciosísimo arrapiezo. Al fin hubo de arran-  
carse de tal éxtasis, y tomando un pliego de papel  
del sello cuarto mayor se puso *in continenti* á ras-  
gugar curialmente, y en tanto de la operación, ha-  
blaba así á la Beatricilla: «Y no digo yo que esto  
vaya á vapor, como tú dices, pero lo que es efecti-  
vamente y con apremio y costas de la cobranza es  
cosa que corre por mi cuenta, y te aseguro que an-  
tes que oigas misa dos veces has de tener al D. Ca-  
simiro por tuyo, con libre, franca y general admi-  
nistración sobre su persona y alodial dominio, y  
para ello firma este memorial que llamamos de di-

sensu». Y esto relatando le volvió el papel con mucho aquel del miramiento, aunque al traspasarle la pluma para la rúbrica aleó y prolongó algún tanto el anular y el meñique para llegar y tocar como efectivamente llegaron y tocaron á los dedos flexibles y á la mano mimosa de algodon de Beatriz, quien sonriéndose algún tanto al ver el estremecimiento de extraña catadura que había probado D. Opando con tal sensación, y tomando la pluma firmó y rubricó el papel con más gallardía y soltura que la que pudiera prometer una educanda de pueblo como aquel de tercera ó cuarta gerarquía. Devolviendo, pues, la pluma con cierto recato picaril, esto es, alargándola por el penacho para evitar repeticiones del tal rozamiento y sonriéndose siempre, respondió al levantarse del asiento: «Quedad con Dios, D. Opando; cumplidme esa maldicioncilla de antes de las dos misas, que ya sabe no soy miserable, pues no quiero morir más rica que el tanto con que nací, y además por adehala contad cada año por Pascua con unos cuellos y vuelos bordados por estas manitas (y se las mostraba como un dije revolviéndolas como ramillete de flores) y también con una rica guirindola de encajes. Cuando acordó D. Opando responderla, ya la linda parladora había desaparecido, pues antes se deslizaba como el viento que medía por el pavimento con sus pasos. Buen rato te me llevas contigo, picaruela, dijo nuestro hombre, pero á bien que me dejas en posesión de un papel tal que vale uno de los tres estuches. Esperemos, esperemos pues, que ya predije que buenos naipes habrían de pasar por mis manos. Aun no había pasado este pensamiento por

su frente, cuando abriéndose la puerta con discreción y tiento, se dejó aparecer cierta cabeza tachonada con dos ojos como carbunclos y patiabierta la cara con cierta boca brocal la más espaciosa del mundo, por donde se dejaban ver unos dientes blancos como el gipso, ni más ni menos en su traza y corte que como navajas de jabalí. «¿Estamos solos?» berreó aquella estupenda boca. «Solos estamos, dijo D. Opano; entrad D. Tenebrarios y asegurad con fallebas la puerta, que no son nuestras incubaciones ni para vistas ni para escuchadas». D. Tenebrarios aseguró la falleba, y al atravesar en cuerpo gentil el aposento, pues no traía capa, dejó ver debajo de su enorme brazo, un mamotreto de autos, aun todavía más enorme, de letra antigua procesal. «Ya pareció lo perdido, amigo don Opano, dijo sentándose aquel táumaturgo; ya pareció lo perdido, y á pagarme albricias por mi buena nueva ya habría de multarse Vuesamerced con buena cantidad de reales. Aquí tiene de cuerpo presente esperando misa de *requiem* ó *Te Deum laudamus*, según méritos decidan, nada menos que los títulos de propiedad de las aguas de la ribera que están hoy en posesión del cuñado de D. Tadeo. La villa es indudable que tiene derecho sobre ellas, como aquí reza (y sacudía Tenebrarios sendas palmadas sobre los autos), y esta es cosa que pone en nuestro poder y buen albedrío á nuestro buen hombre, con todos sus garrotillos de sangre azul y de orgullo». Ni el sacre se abalanza sobre la garza con más intención y rapidez que D. Opano sobre aquel monte de papelorios. Lo repasó, leyó mucho al vuelo, impuso registros, señaló varios fo-

lios, y luego exclamó: «¡Copo colmado, amigo Tenebrarios, pesca grande de atunes, y hagámonos cargo que hemos cogido cautivo á nuestro hombre y que el rescate no lo han de fijar piadosos Mercenarios ni Trinitarios, sino los Arraeces Opano y Tenebrarios! De esto hablaremos luego, pues me pica la curiosidad de saber en qué placeres se ha matado tan buena pesca: pero ahora contentémonos con saber que dentro de muy poco entramos en elecciones para Diputados. Los bastidores, escotillones y bambalinas de nuestra tramoya electoral supongo que no habrán sufrido alteración ni detrimento después de nuestro último ensayo, que bien cercano está todavía». «Todo está intacto, replicó Tenebrarios, y en el mejor uso posible y aun con aumento y creces, puesto que ha entrado en la secretaría del pueblo de Unguste nuestro favorecido Caquillas en lugar de aquel D. Hermencio, medroso y atado como ninguno». «Bien sabéis lo que digo, hermano Tenebrarios, repuso D. Opano: digo, pues, que con los medios que se me vienen á la mano como zorzales encandilados y ayudado del buen celo, voluntad y destreza de los secretarios Pijotas, Cuchiche, Caquillas y el Reborondo, casi se pudiera lisonjear cualquier hombre razonablemente ágil de sacarme Diputado por este distrito». «¿Pues en qué está la detención? replicó Tenebrarios. ¡Adelante con calzones de ante que para el caso seré un tigre!» A proseguir en sus exclamaciones de afecto iba nuestro amigo de los dos carbunclos, cuando sonaron otros golpes en la puerta. «Tenebrarios, hijo, le interrumpió D. Opano; deslízate por esa puertecilla excusada

al aposento inmediato y ahí espera, que el corazón me da que esta noche es de buen lance y alguna buena pieza se me entra en jurisdicción, y ya pluma ó ya pelo ha de quedar en mi poder». El Tenebrarios se envainó por la puerta del rincón, y don Opando llegándose á la de enfrente describió la falleba, y se encontró no á topa penoles, sino á topa narices, con el cuñado de D. Raimundo. «¡ Señor don Cosme, le dijo, cuánto tiempo que no se dignaba honrar este albergue!» Don Cosme se sentó y D. Opando ocupó su acostumbrado sillón, desde donde comenzó á atalayar á su huésped por su método peregrino, que ya nos es conocido. Luego añadió: «Y como estamos solos, Sr. D. Cosme, ábrame su pecho de par en par, pues creo haberle merecido su confianza en ocasiones de empeño. Estamos completamente solos», y en esto á todo rigor no mentía, no, D. Opando, pues Tenebrarios formaba una sola y misma persona con él, ó por mejor decir, érase que se era su espíritu familiar, ó la propia emanación suya. «El asunto que aquí me trae, dijo D. Cosme, no por serme de alto empeño deja de ser sencillísimo. Es el caso que para ensanchar la mía quiero adquirir ese caserón viejo de la calle Real que es del vínculo de los Coallas: al poseedor, que es ese tal D. Claudio, redondo como pata de buey y testarudo como vizcaíno, le he propuesto las capitulaciones y ofertas más ventajosas para que enajene en mi favor la casa, pero él dice nones y me hace la higa, y yo más me aferro en mi propósito. Todo su fundamento está en decirme que en ese solar nació y se crió cierto hastial de su familia que dividía un moro de un mandoble, y que

en la de Pavía asistió á la presa del rey de Francia, y héteme aquí que por tales extravagancias me he de quedar en blanco y viendo en pie esos torreones sombríos del tal edificio, que habiendo presenciado la entrada del moro Muza acaso, presumen asistir al fin del mundo; y para castigar la arrogancia, así de la montaña de piedras como del Sr. D. Claudio, su amo y poseedor, es para lo que me mira en este sitio con entrañas de Galalón y con intenciones de macho mohino, pues á mí pocas que no sufro ancas, y por mi gusto envido el resto, que tengo hígados de pleonasma y las agallas de un balleinato». «Lo sé, lo sé, repuso D. Opando, y estoy de acuerdo con cuanto me ha relatado, salvo empero en lo de la eternidad del edificio, que para mí tengo que las cuantas grietas que verse dejan en el lienzo del medio día pueden dar motivo á creer que en algún tiempo ha de falsear y dar de cabeza con la tal máquina. Y tal idea y este temor por lo que pueden serle de provecho á Vmd., queridísimo D. Cosme, me dan tal guerra que ya me parece presenciar hundimiento tal, que mate á doscientas criaturas y deje en ruinas á medio pueblo.

Este hombre tiene imaginación tan viva, dijo para su coletto D. Cosme, oyendo á D. Opando, que ve visiones y casi delira diciendo tal, cuando la Catedral de Sevilla es un castillo de naipes si se compara con la casa almenada de los Coallas. D. Opando, habiéndole apuntado el lente al monologante, leyó los pensamientos que entre sí revolvió, y queriendo tomar altura en ellos por lo tocante á elecciones, ya que el resultado era tan fijo y cierto por el otro derrotero, viró de bordo y le

dijo: «¿ Ha oído algo de elecciones?» «¿ Y cómo si he oído? respondió el otro. Están encima y han de ir por la posta. Ahora mismo me lo acaba de decir mi cuñado Raimundo y por cierto que ya me tiene embargado esos centenares de votos con que cuento, y no estoy pesaroso de ello, porque han de recaer en nuestro D. Veremundo que buena falta hace en la corte para dejar bien puesto el buen nombre de este distrito. El y sus amigos van de muñidores ya desde esta noche para el caso. ¿ Concibe Vmd. eso, amigo D. Opando, que tres cristianos como tres elefantes tomen á pecho y tan á veras esas niñerías, y haciéndose procuradores ajenos se despepiten por sacar al buen caballero D. Veremundo para diputado en vez de entretenerse si son loteros en sacar un buen terno, y si son propietarios en sacarles las enjodias á sus colonos? Cada cual tiene sus gustos, cada uno tiene su son, y lo que á tal le horripila, á cual le parece bien. Ellos allá, y yo conmigo y todos con su locura. Yo entre tanto les ofrecí mis votos y dellos, si pueden, saquen sustancia, que en cuanto á mí no sé en qué guiso ó salsa poder acomodarlos». D. Opando, que ya veía toda la luz que necesitaba, replicó con tono tan didáctico cuanto afectuoso: «En verdad, en verdad, que no podrán aplicarse los votos con más acierto que en D. Veremundo, más no por eso deja de ser cierto que el desprenderse así de doscientos votos sin entero conocimiento de causa, es cosa que huele al dilapidador que bota doscientos doblones por la ventana porque no sabe lo que valen. Pero en fin, cada cual tiene sus gustos, y lo que á tal horripila á cual le parece bien. Ellos allá, y yo conmigo y

todos con su locura». Para el de los votos cada palabra de D. Opando le hacía abrir los ojos como quien ve objetos nuevos y antes no conocidos. Al fin rompió el silencio y replicó á D. Opando: «Aunque es cierto que ha habido ofrecimiento de parte mía, no creo que cuatro palabras dichas al viento en una noche obscura, en el esquinazo de la iglesia y delante sólo de cuatro ó cinco personas que acaso no escuchaban lo que yo decía, sea alguna escritura guarentigia que traiga aparejada ejecución. ¿ Si da Vmd. barro y luego sale oro no hay derecho á la nulidad? ¡ Cuántas veces no se recoje de mano del mendigo la tarja de dos cuartos que se le dió equivocándola con el cobre viejo del cepo de ánimas! Pero que Patillas me lleve si puedo adivinar qué empleo podrán tener aquellos votos, aunque de todos modos desde ahora hasta que haya lugar, y después de ríguroso examen, revoco mi donación y la doy por nula, apoderándome desde luego y reinstalándome de nuevo en la posesión y señorío de los doscientos votos». «Y no hará mal, dijo con cierto tono de indiferencia don Opando; nada extraño fuera que esos votos tuvieran parentesco muy estrecho con la casa almenada de los Coallas que Vmd. considera firme como la Catedral de Sevilla, y que yo miro ruinosa y deleznable como choza de pastores». «Alto allá, repuso D. Cosme con viveza levantándose de la silla; alto y allá, D. Opando, y oiga mis razones que serán cortas pero gordas como cerezas garrafales. Hágame con ese monte de piedras, póngale yo la salivilla en la oreja al testarudo poseedor, y cuente Vmd. con los doscientos votos y con otros tantos escudos

si necesario fuese, y veyá D. Raimundo á cazar nidos de golondrinas. He dicho lo bastante, pues ya se me conoce, y como yo conozco á D. Opan-do me voy sin más hablar». Se dirigió, pues, hacia la puerta, pero de pronto giró sobre el calcañal izquierdo como hombre que alcanzó la táctica prusiana, y dijo muy al oído á D. Opan-do cual si hubiese auditorio de quien quisiera recatarse. «No es necesario prevenirle á Vmd. que los votos vendrán blancos como la paloma, para aplicarlos, apegarlos y emparcharlos á última hora al cristiano más emérito en quien paremos mientes». D. Opan-do le agarró la mano y se la estrechó afectuosamente como hombre á quien se le había excusado la esplicación de un negocio embarazoso, y luego añadió: «Id con la Virgen, D. Cosme, que este solo rasgo manifestándome sus altos dotes me lo hace presentar como el ínclito diputado de este distrito, si aquí hubiera sindéresis y se profesara admiración para las altas cualidades». Desapareció por la puerta el de los doscientos (y no de azotes), cuando al revolverse D. Opan-do columbró á D. Tenebrarios por el tragaluz del zaquizamí donde en conserva se había mantenido, asomando su cabeza tachonada con sus dos carbunclos rutilantes de gozo y feriendo dilatadamente sus dientes blanquísimos y apiñados como si su boca fuese una granada reventona y rasgada de granos de marfil. «Comprendo el juego, maestro D. Opan-do (que así era el pre-nombre de respeto con que siempre le interpelaba), comprendo el juego y antes de acostarme ya habré puesto en urdimbre algunos hilos convenientes para la tela que necesitamos. Me llamo á la parte,

entre tanto, por aquello, no de los doscientos votos, sino de los doscientos escudos. Mi Benjamín, respondió D. Opano, (pues tal era el remoquete de cariño con que en sus pláticas confidenciales mimaba á Tenebrarios), mi Benjamín, ya sabes que soy bien desprendido con mis discípulos y aficionados, y singularmente contigo que eres mi verdadero Electo. Iba á proseguir nuestro orador en el uso de la palabra, cuando desapoderadamente entró por la calle machacando el empedrado un golpe de hasta seis ú ocho caballos que hicieron alto en la misma puerta de D. Opano. Este no pudo dominar cierto movimiento de curiosidad y marchó con la rémora de su zopez á la ventana, pero reprimiéndose como si á su voluntad la tuviese enfrenada con cerrillo, bocado, barbado y doble rienda, se detuvo y dijo á Tenebrarios. Mira, mi Benjamín, si es alguien en mi busca y mayormente si vienen á entretenerse conmigo sobre elecciones, excusa el irte y mantente á la distancia que quieras, pues así me evitarás dobles explicaciones de dogmas y triples planes de ejecución. Al decir esto D. Opano se abrió la puerta, y sorbiéndose Tenebrarios por su puertecilla como caracol ó galápago que se esconde, se presentó en la sala todo manchado de lodo con su bombacho de vivos encarnados, sus botas vaquerizas, su calañés, su manta y su carabina, un guarda de campo ó escopetero. Nuestro guarda con esa compostura hasta graciosa que tiene esta y otra laya de gente en España, llevándose la mano al sombrero con ademán respetuoso, dijo así: si tengo el gusto de hablarle al Sr. D. Opano, debo decirle que en el zaguán espera

el Sr. D. Policarpo nuestro venerado jefe que quiere hablarle y con cierta reserva. D. Opando diciendo sorda y guturalmente *que entre, que entre*, abrió las puertas de par en par, y empuñó su velón de Lucena para alumbrar al misterioso peregrino, pero como por su cualidad de zopo engendraba muy tarde todos sus movimientos, cuando acordó ya tenía delante de sí al señor jefe, el invictísimo D. Policarpo. D. Policarpo era hombre formado por ochavas, pues tal era su rotundez. Aquellas carnazas sujetas y estancadas después por la tiránica tirantez del paño de su *paletó* abotonado, daba tales curvas y facetas á su talle y persona, que desdichado del estatuario que hubiera querido coger aquel dorso para figurar no un Apolo, sino un Baco ó Sileno. Por lo demás mostraba su cara escueta y lampiña, los ojos pequeños y hueros y el abdomen que adornaba su *coram vobis* subiendo en roscas salomónicas para arriba, se modificaba al llegar al cuello con el nombre y la figura de barba, barbilla, papo, papada y papadilla. Nuestro D. Policarpo era una alhaja gubernativa y muy merecedor de obtener lugar de privilegio en cualquier Museo de Administración siempre que se buscara lo raro y peregrino de las cualidades. Habiendo aprendido á leer y escribir á la edad de veinticinco años, había llevado tal madurez y atención al estudio, que cuando concluyó la tarea, su carácter de letra era gallardo y limpio y su ortografía correcta y segura. Esto le valió una plaza en la secretaría, en donde logró grande encomio por la rara cualidad que poseía de escribir y no leer, de leer y no enterarse, de enterarse y olvidarlo todo á

la media hora, como si una esponja hubiese pasado húmeda por el encerado de su memoria ó imaginativa. Su encumbramiento al pontificado de provincia lo debió á cierta aventura, que aunque relatada parece fría, á haberla presenciado era cosa de voluptuoso y exquisitísimo regocijo. Fué, pues, el caso, que el ministro, queriendo mirarse como en un espejo en las calidades negativas de nuestro reciente conocimiento, lo tenía cerca de sí y en su propio gabinete para llevarle la correspondencia reservada y la confidencial de sus pecadillos y fragilidades. Cierta día en aquel gabinete reservado se introdujo una tercera persona de pícara condición y suelto de manos, y por quítame allá esas pajas asentó al ministro tres bofetones en aquel carrillo, tres bofetadas en esotra mejilla, le besó la frente con un taburete y le tocó la marcha real en las espaldas con el son y compás de uno de esos bastones que tienen el puño con un jayán ó sátiro de cabeza metálica y muy gorda. Bien reflexionó el ministro después de serenado el chubasco, que tal escena pasada por la vista de D. Policarpo era cosa tan olvidada á las dos horas, cuanto olvidados están los colores de la vestimenta de Doña Urraca, mas no embargante esto, atendiendo á la mortificación que él mismo sufría viendo un testigo perenne de su desmán, pensó darle carta de pago, que así le hubiera sido dable el dar pasaporte para el extranjero á sus propias espaldas. Fué despachado, pues, Don Policarpo y vino á fabricar la felicidad de la provincia cuya historia electoral vamos redactando. Ya había sus catorce meses que trabajaba en tan santa obra, y por consiguiente que debió en tanto tiempo

conocer, tratar, contratar, cruzarse y frisa-se con nuestro amigo D. Opando, elemento é ingrediente indispensable en todos los escarceos de la provincia. Pero según la cualidad de D. Policarpo, apenas se acordaba de la persona y talle de su interlocutor, y por lo mismo aferrándolo por la mano le llevó hacia los cuatro mecheros de su velón para reconocerle, pero en cuanto le notó el renqueo y subeybaja de la zopez (lo tuerto era cosa equivocable) sin más filiación y ya seguro con tal signo y marchio que identificaba la mercancía, le soltó la mano y lo enlazó con sus brazos y comenzó á fundirlo y desquebrajarlo con tantas caricias. «Aquí me me tiene, mi querido D. Opando, en persona: de arriba me piden socorro en las próximas elecciones, y yo se lo pido á mi amigo, seguro que no me abandonará en esta borrasca salvándome del naufragio como *Alejo ó la Casita en los bosques* salvó á *Miseno*.» (Su memoria infiel le hacía dar al recomendable jefe estos agraciados traspieses en la erudición que poseía.) Pues amigo D. Opando, prosiguió don Policarpo, el gobierno necesita diputados dóciles y bonachones que ayuden á comer en el banquete nacional de la política, sí señor; pero que no se entrometan al ajuste de cuentas del cocinero, y que no vayan á sisar bofetones por aquí á los ciudadanos, á cercenar palos por allá, á oponerse á los viajes recreativos que se les manda emprender, á hablar mal de objetos caros á los naturales como lo son la Francia y Luis Felipe, y otras impertinencias semejantes. Por lo mismo aquí es preciso oponerse á la candidatura de un tal *D. Bermudo* que me ha de volver calvo á fuerza de nombrármelo y celebrár-

melo... Será D. Veremundo, dijo corrigiendo don Opando al dialogante, será D. Veremundo, y por cierto que el magnánimo ministro recuerda todavía los zosquines y capuces que de su mano y dialéctica gustó y probó en la universidad. Pero lo que es cierto es que D. Veremundo no está hecho de la masa que ahora se necesita, señor don Opando, replicó el jefe; es incorregible en esto de la terquedad, y desde luego me atrevo á pronosticar que enviaremos mal regalo con su diputación al respetable señor ministro. ¿Pero entre tanto quién será nuestro elegido, nuestro neófito, nuestro cliente y candidato? dijo aquel. Ahí vengo yo á parar, repuso don Policarpo. Yo tengo un sobrino de pocos años así como el Sabinianito ó el joven Salvaje, despabilado y de un talento que se remonta. No le digo más sino que es abogado é ideólogo: humanitario ó humanista (yo no reparo en los nombres, pero ello es cosa por el estilo); sabe algo de estadística, pues á mi lado forjaba mensualmente los estados y nóminas y esto sin haber asistido á la universidad y á las aulas, y todo por su *lumine naturali* y con el favor de cuatro catedráticos sabios furiosamente, como que lo son por gracia del último plan de Estudios. Este fenómeno, esta precocidad y esta tempranura la quiero yo llevar á las Cortes para estupefacer y asombrar al mundo entero, pues aparte que esto lo pone en el camino del ministerio, le hará con su pico de oro enamorar á una chica con medio millón de pesos, mirándose en poco tiempo á la cabeza del país, *argento et sapientia*. «Cosa no fácil, dijo don Opando.» Pero no imposible, repuso don Policarpo. Pues mano á la obra, repitieron los dos en coro

y comenzaron á hablar en voz sumisa y baja. A los pocos instantes levantó el tono don Policarpo y siguiendo el hilo de lo principiado dijo así: Para todo estamos facultados. Es una cucaña el fregado de las elecciones, pues además de que con ellas se tapan y retapan más de cuatro pecadillos atrasados, se despacha un hombre á su gusto y se desahoga de la bilis acumulada de antiguo contra los pueblos, partidos y personas. Y cada latigazo que se aplica vale cien ducados. El gobierno es demasiado sabio para no entenderlo así, y la bula que al efecto nos ha circulado no deja la menor duda sobre el caso. Oiga entre tanto su contenido y tome ánimo, señor don Opano, para empresas mayores. Dice así:

«Señor Jefe: las Cortes se han disuelto y las Cortes van á reunirse: *la flor de la maravilla, cákala muerta, cákala viva*. Al varón que como V. S. se llama don Policarpo, excusado es por su penetrabilidad y penetración el que se le prevenga que van á celebrarse elecciones: *intelligenti pauca*. Aunque el gobierno benévolo y paternal como es, excusa por ahora en las elecciones acudir á los venenos y fusilamientos, no puede sin embargo dejar de recordarle que la cuestión pendiente es de vida ó muerte, singularmente para los que, como V. S., gozan de chupandina cuarenta mil reales vellón. Por lo mismo *virguea ferrea y apretabis tibus cobis*. Para el mejor resultado se atenderá á las prevenciones siguientes, aumentando V. S. de su propio peculio y chirumen cuanto le parezca adecuado al caso.

En primer lugar hará que figuren no tanto en las listas, cuanto en las votaciones favorables, los nombres de todos los que por escuchar las prédicas y

seducciones de los progresistas y de la oposición se han marchado del mundo sin tener la satisfacción de prolongar y alargar la vida bajo nuestro pontificado, que es cuanta dicha puede derramar la divina Providencia. Esta inocente operación además de atraernos los votos de mucha gente discreta y callada, afirma y ratifica la piadosa creencia que queremos arraigar por ahora, de que los difuntos vuelven al mundo á frecuentar y visitar los sitios á que solían asistir habitualmente cuando eran vivíparos.

Item: también y en la propia forma figurarán en las votaciones los nombres de cuantos se hallen ausentes y peregrinando. Los escoceses y otros pueblos del Norte disfrutan del don de la doble vista y no hay razón por lo mismo para quitar á los españoles la facultad que vamos introduciendo ya en la máquina gubernativa, de *bilocarse* ó de estar á un tiempo en dos lugares diversos.

Item: las nobles matronas viudas que por su talento y gallardía puedan vestir el sayo varonil pueden y deben llegar á la urna en representaciones de sus estimables esposos, cuidando empero que las calzas no ajusten mucho y que sean sobradas de tiro para guardar misterio circuncirca, no mortificar blancas carnes y en mira siempre de la decencia femenil. Estos actos las acostumarán á considerarse como amazonas y apresurarán la completa emancipación del sexo, en lo cual por ahora estamos de acuerdo.

Item: si algunos chicos y mancebillos quieren acudir á votar que vengan y sean bien recibidos, y para excusar escándalo que se les pongan zancos ó cosa por el estilo.

Item : se resucitarán y se pondrán al día todos los expedientes que duermen en intendencias, secretarías y diversos ramos y juzgados por atrasos, por contribuciones, censos de población, millones, cuatropea, patihendido, pósitos, propios, montes y plantíos, reemplazo de Ultramar, remontándose hasta los galeones de Felipe II, pues con semejante buscapié cualquier funcionario administrativo además de hacerse muy estimable á ejemplo de esta superioridad, andará en romances y pondrá blando como guante de gamuza á cualquier díscolo que quiera tener libre albedrío en el enjuague de las elecciones. Libertad para servir á Dios, mas en cuanto á votar á gusto del gobierno que es un padre de menores de todos sus súbditos.

Item : si para las operaciones electorales fueran convenientes las luces y manufacturas de algún encausado ó encarcelado, sobreséase ó désele larga al punto. El divino san Antonio siempre está orando por los que sufren persecuciones de justicia, y bueno es darles oídos de cuando en cuando. Por otra parte estos desgraciados si se les emplea en trabajos tan útiles, adquirirán el hábito de la laboriosidad y noble emulación lo que les llevará á la carrera administrativa con admiración general.

Item : tiene V. S. breve en forma según toda nuestra gracia y poder temporal que poseemos y de la que queremos usar *ipso facto*, para que desde luego haga caminos, recete puentes, derribe montañas, alce catedrales, rehaga doncellas, sane tullidos y resucite difuntos, para que á la vista de tales prodigios los pecadores se arrepientan, los pertinaces se amansen y los protervos se rindan trayéndo-

nos sus votos. Si son incrédulos y nos hacen la higa, vuélvales á ofrecer más caminos y más canales, y dígales por ahora que es caso de conciencia creer en imposibles, y luego á su debido tiempo les responderá á sus reconvenciones *ad impossibilia nemo tenetur*, y se convencerán al cabo pues les hablaremos en latín.

Item: para confirmar estas lindezas desde luego puede V. S. comenzar á derramar cintas y moños de todo color y de todas dimensiones, para lo cual si es preciso por haber carestía podrá echar mano de los retazos de listones que emplearon los muchachos en sus corderos en la pasada Pascua de Flores y de las divisas que hayan sobrado en las corridas de toros, y si no alcanzan que haya paciencia interinamente. Ha habido tal despacho y venta de esta mercancía en los últimos meses en esta corte, que por ahora es imposible auxiliar á V. S. con remesa alguna,

Ultimamente, si el caso apura y las distancias se estrechan, será preciso, como en la medicina, acudir á los remedios heroicos. Ya conocerá que hablamos de los pasaportes. Esta quinina para la terciana revolucionaria es específico maravilloso y por desgracia sólo conocido poco ha, mas puesto afortunadamente al uso cotidiano por la actual administración que ha dejado á la Europa con la boca abierta por semejante ensayo. El que el gobierno dé el itinerario y que los pacientes paguen el viaje es cosa que V. S. no ejercitará nunca bastantemente, aunque siempre podrá advertirles al entregarles el pasaporte que caminen modestamente sin boato ni dispendio, por si el viaje fuese largo, ó se repitiese

á menudo. Estas peregrinaciones endulzan mucho las costumbres y los hombres más tenaces concluyen por hacerse flexibles y amables. El que suscribe que ha visitado desde el Africa á Londres en diferentes épocas y por diversos motivos, se encuentra mandando ahora en esta corte, por diferente razón, y mañana por otra causa se hallará dispuesto á seguir mandando en esta misma corte. En fin, inculque en sus administrados aquel luminoso principio á que todos nos consagramos: *convenientia personæ suprema lex esto* y habrá hecho un gran beneficio á cada individuo, ganará las elecciones y habrá seguido el espíritu de nuestra gobernación beatífica. Tal, tal y enero de mil ochocientos y tantos».

Al concluir su lectura don Policarpo, miró á don Opando y le halló embriagado en el éxtasis más delicioso del mundo. Al fin se recuperó de alguna manera y exclamó: «bravo, don Policarpo; eso es un cuerpo de doctrina, un código cabal de circunstancias, y un registro general de teclado de buena gobernación. No envidio la idea ni la redacción, pues donde hay yeguas potros nacen, pero sí envidio y envidiaré siempre el lugar de alto paraíso desde donde tales cosas pueden mandarse y llevarse á ejecución á mansalva. Ah, señor don Policarpo, muchos vacíos noto en ese documento, que sin embargo admiro por otra parte prosternándome ante él, pero ya llenaremos tales omisiones y hallaremos alta ocasión de aplicar nuestras inspiraciones propias. Pero viniendo ahora á la realización de nuestro negocio, le diré que profesando yo desde que le oí á Vmd. sus elogios, el más tierno cariño acom-

pañado del más profundo respeto y admiración á ese nuevo Sabinianito ó joven salvaje su sobrino, y contándome ya como su representante y apoderado, todavía es necesario tener algunas facultades y algo del desembarazo para substituir otra persona en su lugar si estos cafres y patagones de nuestros labriegos se empeñan en no reconocer inmediatamente la necesidad de valerse de sus raros conocimientos.»

Pues bien, contestó don Policarpo, en el caso extremo faculto para que se vote á otra persona contraria al don Veremundo. «Pierda cuidado, señor jefe, dijo don Opando, que la persona que en duro trance ha de substituir al nuevo Sabinianito es un don Veremundo vuelto al revés, tan contrario y tan antípoda suyo ha de ser. Mas entre tanto bueno será que vayamos dando un filo á las herramientas necesarias para esta primorosa obra de embutidos y orfebrería gubernamental. En primer lugar (y le presentó el memorial de la Beatriz) firme ese decreto mandando sacar á esa muchacha que está violentada por sus padres, y ahí más abajo (señalándole con el dedo la parte inferior del margen) eche otra firma con esta agua cristalina, que si al caso conviene se convertirá simpáticamente en tinta más negra que mis pecados (y era grande este encarecimiento) desapareciendo entonces el otro decreto, pues en tales casos es necesario combatir con espada y broquel, hiriendo y reparando según el caso lo requiera. Además de que los hombres de gobierno como nosotros jamás debemos quedar encerrados en caponera ciega y siempre hemos de procurar salida y escapatoria. El título de escamoteador es el grado *treinta y tres* de la noble cofradía de los gobernantes»

tes de ogaño y con ellos me entierren. Ahora, prosiguió don Opando, firmará el señor don Policarpo ese otro autillo para dismantelar y echar por tierra cierto caserón viejo y sombrío, más bien manida de duendes y trasgos que habitación cómoda de esta edad altamente civilizada. También se tomará la molestia el señor jefe de autorizar este expediente (y efectivamente se lo presentó bajo la mano) para que los propios entren en posesión de ciertas aguas de su pertenencia que están mal habidas y peor tenidas por cierto ricote del pueblo muy nuestro contrario al propósito santo y muy gubernamental que tenemos. Con estas firmas, señor don Policarpo (este ya había rubricado los papelotes), tenemos ya enfrenada y con barbuquejo esta bestia feroz de las elecciones; y con esto y con remitirme, cuando adrede venga y la elección vaya á tener lugar, al Peludo, á Pelambres, al Espantoso y á Olofernes, individuos de la partida de capa de que el señor jefe dispone, para que adredemente y en el caso dado me encarcelen á los indóciles, despolvoreen las espaldas á la gente recalitrante y de retrónica y hagan cuatro burletas del propio jaez y del mismo cuño al que no sea de nuestro gremio, saldrá este juego como una seda cual si tuviéramos cinco estuches. Porque Vmd., señor don Policarpo, participará conmigo la opinión de que en época electoral cada votante debe convertirse en un árbol con raíces muy profundas que no le dejen moverse ni agitarse de allá para acá, llevando y trayendo, pasando y repasando como lanzadera, haciendo la contra al sabio gobierno que no quiere más que su bien y que si les rapa y rae y rebaña su dinero, es para que no tengan ni malos vicios ni malos entretenimientos.

Don Policarpo que al rasguitar su última firma había sepultado sus dos manos en los bolsillos del paletó, y que fincó y puso todos sus cinco sentidos con extremada fruición para beber que no para oír, las estupendas frases de su interlocutor, tomó la palabra y le dijo: amigo don Opano; ahí le dejo el arsenal provisto de todo cuanto necesita para la tarea; si más hace falta vengan indicaciones y vendrá todo colmado. Yo sigo mi ruta al distrito inmediato para seguir allí la santa empresa por el propio son y compás, y silencio y manos á la obra. A poco tiempo se volvió á escuchar el escarceo de los caballos que se fué desvaneciendo á lo largo de las calles solitarias de la villa, entre el ladrido de algún perro sobresaltado y el abrir y cerrar de las ventanas movidas por algún curioso que quería inquirir la causa y motivo de aquel estruendo y batir de las herraduras.

Don Opano libre ya de su huésped volvió á bañar el rostro con su risa inefable y para regocijarse con su propia imagen no pudo resistir al deseo de asomarse á su espejo y de contemplarse á sí mismo, formando donosamente para ello su lente prestidigitador, llamando al propio tiempo al amigo agazapado en el zaquizamí. Este acudió con sus anafes de ojos hechos ascuas de alegría y manifestando su alba dentadura, que como ya se ha apuntado era prenda maravillosa. Tenebrarios, le dijo don Opano; ya has oído (pues sin duda habrás escuchado) el coloquio que conmigo ha tenido el señor don Policarpo: si al buen entendedor media palabra basta, tú con media debes tener sobrante: ya conoces el juego y puesto que las buenas cartas y los mates son

nuestros, procederás en consecuencia para ayudarme al codillo, advirtiéndome que este ha de ser doble, puesto que es necesario encapuzar de frente á los de don Veremundo y de rechazo á este manjar blanco de don Policarpo y su sobrino don Sabiniano. Vete pues á tu madriguera, déjame tomar descanso y mañana seguiremos planteando este problema entretenido y para nosotros de indudable utilidad.

Ya nuestros lectores con cabal conocimiento de los intereses que se departían, deseos encontrados que á estas y otras personas animaban, y teniendo también ante los ojos los elementos que se cruzaban y el móvil ó pensamiento que cada figura de esta comedia abrigaba ó tenía, podrán formar idea cierta de las idas y venidas, salidas y entradas, conciliábulos, entrevistas y capitulaciones que habría, sin contar los recados, postas, veredas, epístolas y billetes que intervendrían con todas las promesas, dádivas, amenazas, buenas y malas razones, que pueden sugerir desde el despecho y la cólera hasta la habilidad y astucia más refinada. Entre tanto bastará decir que don Opando llevaba con tal sagacidad el secreto de sus negociaciones, que la víspera del día electoral todavía reunidos en uno los cuatro hidalgos padrinos y favorecedores de la elección de don Veremundo, hablaban así con confianza apostólica congregados en el sitio acostumbrado de su tertulia: «señores, dijo don Paco; todo está á punto y mañana á estas horas nuestro candidato se verá triunfante: por mi parte, dijo don Cosme, como he trabajado con tal celo y diligencia me caben las mismas esperanzas; en cuanto á mí, replicó don Tadeo, como mi encargo era más fácil no tuve que esfor-

zarme mucho para asegurar nuestro intento : lo mismo dijera yo, añadió don Raimundo, si cierto incidente que me asaltó poco antes de entrar aquí no me hubiera infundido alguna sospecha, anublando un tanto mis fundadas esperanzas. Ello es que al salir poco ha de casa de mi cuñado Cañizares, la sobrina Beatriz me salió al encuentro y llevándome aparte, me relató menudamente cómo don Opando, que en estos días había visitado muy en secreto á su padre don Antonio, acababa últimamente de salir del gabinete finalizando otra entrevista, en la cual según su leal saber y entender (de la Beatriz), su padre había empeñado su palabra en retirar todos sus votos del favor de nuestro candidato don Veremundo trasladándolos á otra tercera é incógnita persona.» Mucho efecto hicieron en verdad estas pocas razones en el ánimo de aquel cónclave, pero como siempre sucede en las noticias inesperadas y adversas, se comenzó no por salir á averiguar la verdad del caso, sino por entretenerse á discutir las probabilidades y grados de certeza que pudiera tener aquella nueva. En tales incertidumbres, dudas y recelos dejaremos á nuestros buenos hidalgos, pasando á encontrarnos con don Opando que disciplinaba y adiestraba á sus caudillos y capitanes. «Tú, le decía á Tenebrarios, dirigirás, pues serás de la mesa, el método de la insaculación. Tales papeletas irán dobladas dos veces, para que en todo evento adverso (pues siempre el buen capitán debe pensar en remediar la derrota) pueda alegarse por nosotros que iban embebidas y plegadas dos en una, y poder pedir la nulidad de la elección. Cuales irán abiertas y sin doblar para que pueda decirse

que la votación no ha sido secreta, y así tengamos asidero para reclamar de nulidad. En fin ello es preciso que pueda haber cuestión, pues si ganamos, todo será pecado venial y si perdemos ya apelaremos para tribunal y jueces que nos sepan dar la razón. En cuanto á los ausentes y difuntos que han de volver al mundo y regresar al pueblo para este acto sagrado de la votación, es decir, la votación nuestra, ya está todo previsto y todo se ajustará á lo que sea conveniente y razonable. Por lo demás la Beatricilla no se casará y tenemos los votos de su padre; las dehesas se repartirán y los roturadores votarán con nosotros. Don Cosme poseerá el caserón de los Coallas cediéndonos sus influencias, y don Alfonso se quedará con las aguas que disfruta mientras nosotros disfrutaremos de sus electores, y de tal modo ya tenemos averiguada la verdadera voluntad de este distrito, que aunque pese á mi modestia el decírtelo, es que sea su diputado tu amigo y favorecedor don Opando.» Y esto diciendo formaba su lente ya conocido y avizoraba á don Tenebrarios, que casi se miraba trémulo de contento y alegría. Ya conoces **mi**, prosiguió don Opando, que la exigencia de don Policarpo por su Sabiniano era impertinente y por demás burlesca. Por lo mismo debes al instante ponerle unas cuantas líneas anunciándole que aun cuando todavía trabajo por sostener al portento de su sobrino, es de temer mucho que se *ahogue*, pero que siempre puede tener por segura la derrota de don Veremundo y que el triunfo será de un ministerial de á folio, seguro como un poste y redondo como el brocal de un pozo. Para que la sensibilidad de don Policarpo no

se alarme con el ahogamiento de su sobrino, le dirás que en esta tierra entendemos *ahogarse* electoralmente, al que le fallan los votos prometidos chapuzárdole la cabeza debajo las olas del olvido. Entre tanto adiós y hasta mañana que nos veremos triunfantes y gananciosos, sin cuidarte mucho de aquel refrán histórico de *artero artero mas non buen caballero*, pues oros son triunfos y el ganar es manjar de príncipes».

Eran las ocho de la mañana de otro día y todo el pueblo y sus adelaños bullían de yentes y vinientes para el caso de la elección. En el nombramiento de la mesa no hubo lance que contable fuese si no es que este lo merezca. Don Opano que tenía hipos de presidente y su mucho de esperanzas, concibió sospechas de que habían de serle adversos quince ó veinte electores á quien hasta allí no pudo embebercer y atraillar. Era gente curiosa que andaba mirando y remirando el edificio, que era cierto antiguo convento de Monacales de mucha curiosidad y mayor magnificencia. Don Opano, fertilísimo en trazas y casi chistoso en la ejecución de ellas, les envió al punto un liviano ó guía que los fué llevando de estancia en estancia y de aposento en aposento hasta el antiguo refectorio. Mientras que los visitantes contemplaban la riqueza de los artesones y el primor de los relieves, este ó aquel cofrade menos artístico y más glotón ó sensual, echó de ver sobre una mesa un cajón de buenos habanos y dos ó tres frascos ó redomas de no mal vino. La salutación y genuflexiones de estos á aquellos golosos objetos llamó la atención de los demás, y todos de rebato cayeron sobre tan rico hallazgo. En medio

en medio estaban del regalado festejo cuando se oyó un estampido sonoro y limpio como el que da la puerta firme, nueva y robusta cuando se cierra sobre una pared maestra con honores de muralla. Aunque la algazara casi ahogó aquel resonante estruendo, todavía alguno más receloso ó menos glotón acudió á reconocer las avenidas por donde habían entrado. Reconocer la insaculación en que estaban como bolos de lotería, dar la alarma y concitar la propia vocería de una legión de condenados fué todo uno. Era por demás que gritasen pues estaban muy lejos de la nave concurrida del edificio; pero don Opando, varón que gustaba ver siempre la obra de sus manos, no tardó en dejarse ver por una de las fuertes verjas que daban luz y ventilación á la estancia. ¿Qué aflige á estos mis palomos (era frase muy á su uso) dijo con voz si melosa si burlesca, para así gritar y lamentarse? Es, respondió la caterva, que nos han encerrado traidoramente para maltratarnos y ultrajarnos y no dejarnos votar. ¿Pero no tenéis ahí, repuso don Opando en el propio tono lastimero, algo de tabaco que convertir en humo y mucho de vino que os transforme en hombres beatíficamente dichosos? Nosotros, replicaron los grillos encerrados, no queremos tabaco ni vino aunque sea aquel de Lataki y este de Chipre; lo que queremos es la *libertad, la libertad*. Pues de eso es de lo que se trata cariños míos, y para ello no hay más que esperar á que vayan y busquen al sacristán descuidado que se ha llevado la llave, y sacristán que no puede tardar mucho pues sólo ha ido á cuatro leguas del pueblo. Entre tanto entreteneos, á divertirse, fumad y bebed. Don

Opando les echó su lente, se sonrió con la manse-  
dumbre del raposo y yéndose á buscar la mesa, le  
dirigieron los encarcelados las maldiciones más  
cordiales del mundo.

Mientras que don Opando tomaba posesión de  
la presidencia, en las cercanías del pueblo y encru-  
cijadas de los caminos, Pelambres, el Espantoso,  
Puñantona, Higadillas y Agallejas hacían de las  
suyas con un ardor y celo dignos de imitación, y  
acreedores al más tierno agradecimiento del gobier-  
no. No valía menos de cien ducados cada palo de  
los que repartían á los electores de la oposición que  
de los caseríos y aldeas inmediatas venían al pueblo  
á tomar parte en la elección. A este lo daban por  
preso puesto que no llevaba pasaporte por vivir á  
doscientos pasos de la población; á aquel lo mul-  
taban porque su pasaporte lo llevaba sucio y roto,  
y á todos les espolvoreaban las espaldas además de  
rociarlos con graciosas invectivas y desvergüenzas  
muy chistosas. Acaso lograron salvar el cuerpo dos  
ó tres electores que dejando atrás la tormenta y mi-  
rando cómo huían por aquí y por allá los compañe-  
ros salteados como si fuesen banda de atolondrados  
estorninos, se reunieron en el camino poco antes de  
llegar al pueblo. Compadre Chano, dijo el uno al  
otro caminando de conserva: en verdad sea dicho  
que diversión como esta de las elecciones, si uno lo-  
gra esquivar el bulto, no lo ha imaginado nadie.  
Ni con las tarascas y diablillos del Corpus, ni con  
los pasos de Semana Santa, me procuro tanto recreo  
como en estas funciones públicas que el gobierno  
nos procura. Es mucho menear de manos el que  
han aprendido para esto de los palos Agallejas y el

Espantoso. Son palos que pueden llamarse con ecos: le dispara á tal el latigazo y al tiempo de retirar y enarbolar de nuevo el ástil ha sacudido otros dos palos á los circunstantes sin perder así actitud ni movimiento. Pues á mí, contestó el otro, más me admiran los palos disparados por Higadillas y Puñantona. ¡Qué acierto en el golpe! ¡qué cobijar la espalda por todo el rosario del espinazo! ¡y qué modo de amanojar tres ó cuatro golpes en un solo *taran tan tan!* Esos si que pueden llamarse palos de estribillo ó de estrambote, que cuando parece que han concluído queda todavía el rabo por desollar. En cuanto á mí aseguro que me son de gran diversión estas alegrías de los palos. Pues hé ahí, replicó el compadre Chano, lo que me prueba á mí la mudanza de los tiempos. Mi padre, á quien tú conociste bien, allá en tiempo de los franceses, porque le dieron un palo ó un bofetón se metió en el monte y ya sabes lo que allí ejecutó de desgarros, hasta que dejando enterrados por estas cañadas muchos de ellos aventó á los demás del país; y ahora nosotros nos vamos aquí entreteniendo y solazando con el recuento de palos que hemos visto dar, como nuestros compañeros se irán riendo de los que nosotros hemos probado y alcanzado. ¡Cosa como ella! En fin, yo creo que los palos ó la *bastonada* como llaman allá en Tánger ó Tetuán, debe ser cosa de esto que anda y para lo que se congregan las Cortes, pues dan palos los capitanes generales, los gobernadores y los intendentes, y los de policía y toda la gente así; ello no debe ser cosa mala y antes debe tomarse por la perfección y adelanto, pues en tiempo que todavía nosotros alcanzamos nada de

eso había: pero tiempos se mudan y usos vienen y para mí tengo que esto debe ser lo mejor. Lo mismo diría yo, replicó el compañero, si no fuera porque esta comezoncilla que siento algo desagradable en las espaldas no me hiciera reflexionar muy atentamente sobre la fuerza muscular del brazo del Espantoso y la consistencia específica del medio olivo con que me brumó el bulto. Así iban entreteniéndose estos dos pacientes españoles sobre materias asaz recreativas, cuando llegaron á la mesa electoral. Don Opando estaba allí como el pez en el agua; disponía, mandaba, urdía trazas, indicaba los escamoteos, sugería las supercherías chistosas y causara envidia su diestro manejo en los chirimbolos electorales si no arrebatasen de admiración al propio tiempo el buen servicio de don Tenebrarios, Berruga, el Reborondo y otros oficiales de tan lindos endos. Se presentó, pues, un elector, y don Raimundo y don Paco que estaban avizorando la mesa, convencidos ya de la cruel decepción y burla de don Opando, preguntaron al votante que cómo se llamaba y dónde vivía. Yo me llamo, respondió el interrogado, José Méndez y vivo en la calle Baja: no puede ser eso, respondió don Raimundo pues ese sujeto hace un año que murió. Ha oído Vmd. mal, dijo don Opando con tono de autoridad tomando la palabra; pues este hombre honrado ha dicho llamarse José Meléndez y aquí hay personas que lo abonen: por la Virgen de Flores, señor don Opando, que mire lo que dice, pues ese José Meléndez ha ido á hacer compras á Portugal y no vendrá todavía en seis meses: he dicho, volvió á decir don Opando, que este buen hombre es José Meléndez,

y no hay duda: en ello, pues aquí están los honrados Caquillas, Cuchichi, Pijotas y otros varones ilustres y de conocimiento en el distrito que pondrán la verdad en su punto. No hay dudar en ello, señor don Opando, replicaron á un tiempo los nobles interpelados. ¿Y cómo si es verdad? añadió el votante, cuando mi padre era Sebastián Menéndez el rosariero é iré subiendo de grado en grado hasta mi vigésimo abolorio: que vote, que vote, dijeron los más; que no vote, que es una filfa dijeron los menos. Se armó en consecuencia gran tropel y bullicio, pero don Opando hizo conocer que para aquel caso debía regir el sistema de las mayorías y el votante votó en efecto. Algunos murmuradores decían que aquel hombre honrado había ya emitido cuatro votos diversos con nombres y disfraces también distintos. Don Opando hizo observar que aquello no podía ser según todas las leyes de la crítica, y que cuando más aquel buen hombre podía sólo ser tachado de muy aficionado al sistema representativo y que tenía el prurito disculpable de hacer uso de su derecho electoral. Fué necesario dejar esta cuestión pues en el atrio de la estancia se dejaba notar una algazara estupenda. Era el caso que dos buenos labriegos á oscuras en esto de leer ni escribir se habían presentado á votar, y la chusma y granuja apostada para el caso por el previsor don Opando los asediaban y estrechaban, ya para escribirles las papeletas, ya para sonsacarles de los bolsillos las que traían escritas envainando otras en su lugar. No nos hostiguen ni incomoden, señores, decían aquellos dos santos varones: bien sabemos dónde nos aprieta el zapato y mejor por dónde nos

hemos de atar el dedo. No necesitamos los buenos oficios de persona viviente: vamos á votar á don Veremundo y traemos sus papeletas de *descantadura* á hornio que por todas las coyunturas del cuerpo las venimos manando y brotando. Sin más decir se presentaron ante la mesa presidencial en donde los recibió don Opando con su inefable sonrisa, atisbándolos con su mágico lente. Eran dos jayanes de á seis pies muy cumplidos, de tez curtida, de cada pelo como un erizo y de manós y brazos para ahogar á un oso. Venían vestidos como de di-santo, pero como las camisas eran de estopa almidonada y los jubones y medios sayos de paño burdo y nuevo de Grazalema, los brazos casi no los podían juntar al cuerpo presentándose casi como Sancho entre las dos tablas. Cada cual de los dos rústicos declinó su nombre y metió mano á la faltriquera y sacó su papeleta dándolas á leer. El lector leyó á *don Opando, caballero particular*. No es eso, dijeron los votantes; y metiendo mano á otro bolsillo sacaron diversa papeleta y la dieron á pregonar, saliendo siempre el tema de *don Opando, caballero particular*. Es cosa rara esta dijeron los votantes mirándose uno á otro; y registrando otros dos ó tres bolsillos, sacaron otras tantas papeletas que leídas dieron la misma relación. Pues no es eso, voto á los pelos del diablo, dijeron en coro aquellos dos firmes defensores de don Veremundo; pero á bien que en esta no habrá equivocación, y diciendo y haciendo metieron la mano en el seno hacia el costado izquierdo, y buscando allí y sacando, como sacaron efectivamente una papeleta, la dieron á leer, diciendo: esta á no dudarle dirá don Veremundo;

pero el impasible leyente dijo como antes *don Opando, caballero particular*. Ambos votantes se quedaron estáticos mirándose uno á otro, y al fin el que de ellos parecía tener más arranque y despejo dijo al compañero: compadre: esto está de Dios: que nos perdone por ahora don Veremundo, y quede votado don Opando y bueno está lo bueno; y dando media vuelta se salieron conversando sobre la transformación prodigiosa de sus papeletas. Ellos saliendo, veos que entra cierta mujer con grande algazara que venía diciendo: señores, hanme dicho que se ha presentado aquí á votar mi difunto marido José Méndez que indudablemente se dejó enterrar por no acudir á sus obligaciones, y en cuanto se ha sonado esta baraunda de elecciones ha venido aquí á dar su voto: pues lo que yo vengo buscando, gritó con voz enfermiza cierto hombre haraposo y viejo que allí se mostraba con traza de Simón Leví, es á José Meléndez que ha venido á votar hoy mismo, cuando en su casa me decían que estaba en ferias en Portugal, y lo primero que debe hacer un deudor cuidadoso en cuanto regresa á su pueblo es venir á tomar la orden y consigna de su acreedor: ¡picaronazo! clamaba la mujer, ¡dejarse morir para descansar, y dejar el descanso para venir á votar! Puede figurarse el pío lector el rebullicio y algazara que tales lances y encuentros provocarían en la asamblea. Si aquel gritaba, este berreaba, y si muchos aplaudían ó murmuraban, todos concitaban un estruendo infernal. Honrado prestamista, buena matrona, dijo don Opando con voz solemne y reposada: este es un acto de elevada esfera y en él no pueden introducirse reclamaciones del mezquino

interés que manifiestan vuestras razones; id vos, señora, y preguntad al sepulturero si vuestro marido sale ó no de la tumba; y vos, señor acreedor, ved en la oficina de pasaportes si ha regresado vuestro deudor, pudiéndoos decir sólo que el elector interesado ha dado su voto legítimamente con beneficio de la causa pública.

Tales trances y embelecos habían movido en el concurso tal mareta sorda y mar de fondo, que no era necesario ser muy gran piloto para anunciar una gran borrasca. Tenebrarios levantóse, pues, de su asiento é hízole notar á don Opando el siniestro cariz que presentaba aquel horizonte y cuán de temerera el que desencadenase sus huracanes y olas la ira popular mal comprimida. Don Opando que estaba en todo, sin dar grande importancia á las indicaciones de su Benjamín, se contentó en continente reposado con dirigirse con la voz hacia un escabel que allí se parecía, en donde se mostraban cuatro ó cinco personajes de cara alegre como unas pascuas todos ataviados con chaqueta y chupetín, de traza al parecer muy mansuefacta y doméstica, pero todos de brazos muy robustos y de manos atroces y descomunales. Don Opando, pues, les dijo así dirigiéndoles la palabra: «Porrudo, Manotas, Torniquete, Estrujantes, levantaos y dar una vuelta por la estancia llamando al orden con buen modo á los inquietos y revoltosos que no tienen gran respeto á esta santa ceremonia.» Ni sabuesos á quienes dan señal de partida, ellos sintiendo la husma de pelo ó pluma se derraman más codiciosamente por aquí ó por allá, que aquellos ínclitos varones por los ángulos y rincones de aquel local. No se oía por todas

partes, en voz melíflua aunque en tono algo lamentable, sino estas cortas é inocentes razones. *Orden, señores, orden; señores, la ley, la ley, señores.* En verdad que no eran para extrañarse tales palabras en aquel recinto y nadie se hubiera cuidado de ellas á no ser porque á cada voz de *orden* se dejaba escuchar un hipido doloroso y detrás de la palabra *ley* algún quejido ronco y ahogado. Era el caso que Cucules y Estrujantes, cada cual de sus cortesés razones, las acompañaban con tal carambola de moquetes, dándolos á oler en los morros de los circunstantes, que además de hacerles ver las estrellas en medio del día, les desahogaban la cabeza con la evacuación sanguínea que les proporcionaban. Torniquetes y el Porrudo por otro lado propinaban con igual método, semejante medicina en los ventrículos de los que encontraban al paso dejándolos estáticos y sin saber si estaban en el cielo ó en la tierra. En aquel trance se miraba el asandereado don Veremundo, protagonista de los buenos y por consiguiente holocausto y parte paciente de esta historia en medio de sus derrotadas huestes amonestándolas que tuviesen resignación, que para dentro de tres ó cuatro años se pondría remedio á todo con otras elecciones, que es consuelo muy estomacal en los gobiernos representativos. En tal punto de su peroración se encontraba don Veremundo, cuando llegó Manotas y con gesto agraciado, pero con puño ensoberbecido é inflexible, le dijo y le dió, por palabra, *al orden, señor don Veremundo,* y por obra, un metido tan iracundo de puño por un vacío que lo dejó libre y sano para siempre de una obstrucción tenaz y añeja que le afligía los hipocondrios.

Don Opando no pudo menos de sonreirse, desde su alto asiento, así de la gallardía de Manotas como de la entonación de cara que puso don Veremundo cuando sintió entrarle por los hijares los enroscados y velludos dedos de Manotas. La sala electoral quedó, pues, como una balsa de aceite. Entre tanto un muchacho muy limpio y atildado, verdadera efigie del amor, si el amor se pintase sin alas, atravesó la turba y poniéndose á la oreja de don Opando en voz sumisa le comenzó á hablar así: Serpentón del infierno, padre de la mentira, engendrador de las fullerías y padre natural de todo lo malo, mira aquí á Beatricilla disfrazada ahora en muchacho para clavarte un alfiler de á blanca y que tomará todas las formas de la metamorfosis de Ovidio y de las mil y una noches para afligirte, perseguirte y mortificarte: hème aquí averiguadas ya todas tus fullerías y enredos. Mi padre te ha dado sus votos en cambio de la traición que me has hecho; pero si tú sabes burlarte de los hombres, una mujer linda no sólo te burlará sino que te hará probar más hieles que el Redentor en la cruz: en tanto vaya este ósculo de cariño y de paz; y al decir esto le escondió boniticamente por el anca un alfilerazo de pulgada y media. Don Opando que hasta allí había escuchado á la muchacha con la misma fruición que el cazador oye los quejidos de la garza que diestramente hirió, al sentir insacularse por sus carnes el punzante alambre, prorrumpió en un berrido gigante, acudiendo con la mano ya casi formado el lente prestidigitador, á remediar y buscar consuelo en el lugar herido. La Beatriz se desvaneció como el humo, estos se reían del accidente, aquellos lo celebraban y entre

todos volvieron á concitar la zambra más estrepitosa del mundo. Don Opando que con la mano fija en el lugar vulnerado, con los carrillos inflados y haciendo la contorsión de un culebrón herido, había quedado en admirable silencio, prorrumpió al fin diciendo: *pero al fin saqué la mayoría y seré diputado.*

Andados quince días de esto, don Opando navegaba tardamente por la calle más principal de la corte cuando al trascantón de una esquina se encontró tiernamente asida del brazo de don Casimiro nada menos que á la sílfide Beatriz. Al punto esta le salió al encuentro y con el despejo que ya le conocemos le dijo: «Señor don Opando, caballero particular, véame ya enlazada con mis amores *in facie ecclesiae* y según las ceremonias del ritual romano sin necesidad de guías y rodrigones. Nuestro primer cuidado ha sido siempre seguirle á Vmd. la pista para relatar á quien tenga oídos y entendederas su rara habilidad para trapacerías y enredos y la tribuna y los periódicos... Calla, calla, pico de oro, replicó don Opando, hagamos las amistades y sé antes mi coligada que mi contraria. Esas lindezas que tú me echas en cara son justamente las esperanzas de mi futuro renombre y engrandecimiento. Seré tu amigo y el protector de este muchacho, tu cara mitad... Guerra, guerra, exclamó alejándose la Beatriz arrastrando del brazo á su marido y don Opando se alejó también riéndose, volviéndose sin embargo á mirar con su lente el talle delicioso de la muchacha.

No descuidó esta un punto en contar á todo el mundo, en relatar por los periódicos y en particular

á la comisión de actas la curiosa y peregrina historia de aquellas elecciones. Efectivamente la Beatriz logró que por algunos días no se hablase de otra cosa en la corte que de las graciosas y edificantes aventuras que hemos bosquejado á la ligera, y tios y troyanos y moros y paladines esperaban con ansia el instante de la discusión de aquellas actas. Como no hay plazo que no se cumpla, cumpliósese este al fin, pero don Opando, que aunque zopo no era manco, había maniobrado tan hábilmente que la comisión vencida de sus razonamientos y fundamentos nada de extraño encontró en aquellas actas. Cuando en el día señalado llegó el turno de discusión en este negocio una voz atiplada repetía:

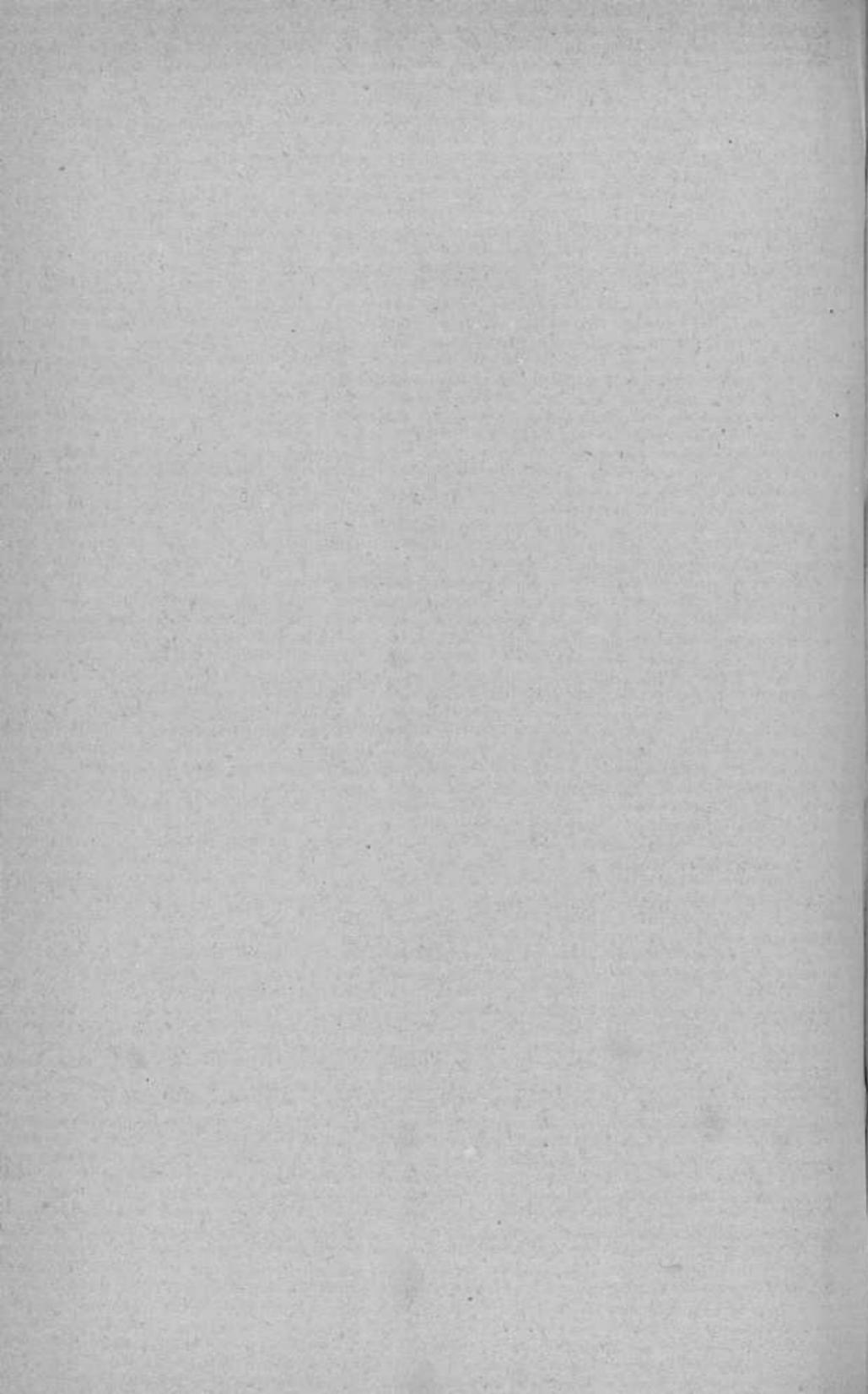
¿Se aprueban las actas del distrito de Cubáscula?... quedan aprobadas.

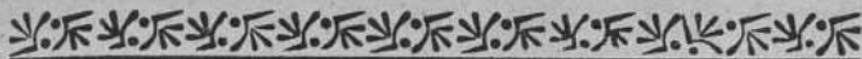
¿Se admite por diputado al señor don Opando caballero particular, contra cuya aptitud legal nada resulta?... queda admitido.

Apenas el prolocutor pronunciaba la última sílaba cuando una voz que nos es muy conocida, desde la tribuna femenil exclamó:

¿Don Opando diputado? ¡Dios los cría y ellos se juntan!

Unas cuantas risas acogieron estruendosamente tan extraña exclamación y á renglón seguido tomó la palabra don Opando para combatir la admisión de un diputado de la oposición, á algunos de cuyos votantes, según justificación hecha, se les imputaba el grave cargo de usar tabaco de contrabando: también en esta cuestión salió triunfante don Opando, comenzando á ganar gran prez en la liza parlamentaria.





## EL ROQUE Y EL BRONQUIS

---

Y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes, á obscuras, tocándoles los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, á cuyo són no se oían los unos á los otros, acabando la culebra con el día y con desaparecer los apaleados.

EL DIABLO COJUELO.—TRANCO V.

Vuesasmercedes no saben lo que es un *Roque*, porque ignoran qué cosa es un *Bronquis*; y no se pescan lo que es un *Bronquis* y un *Roque*, porque no han viajado por Andalucía, y si por allá han andado, no han visitado ciertos pueblos, y si los han visitado, no han asistido á ciertas y ciertas festividades, escenas, bureos, bailes, triscas y saraos de candil. Hoy me propongo llevaros, benévolos lectores, aunque sea sólo en fantasía, á uno de estos entretenimientos recreativos; que así pudiera yo con igual facilidad á tales escenas positivamente, realmente, corporalmente llevar y transportar, ofrecer

y presentar los lomos y espaldas de algunos amigos (seis fueron y seis quedaron) que yo me sé; y cuidado que no hablo en política. Mas porque nuestra fantasía no tenga que viajar, hender los aires y el espacio y fatigarse por cosa de nonada y fruslería, me parece mejor, aquí mismo y galanamente relatando, ponerlos delante de los ojos cuadro tal, que bien os represente lo que saber queréis y yo mostraros quiero; cuadro en cuyos grupos ocupo yo lugar de privilegio, formando pareja con cierto inglés, mi camarada en la aventura, osado como pocos y curioso como ninguno.

En un galán verano de los de mucho trigo y de copiosísimas esperanzas para otoño, *yo me estaba en Giromena* (1) no, sino en Carratraca, baños famosos de la Andalucía y en la provincia de Málaga. Tal pueblo, dejándose ver sobre un peñasco árido, verdadero calvario de aquellas cercanías, rodeado de precipicios por todas partes, es sin embargo, merced á sus aguas salutíferas y maravillosas, el centro animado de la gente holgadamente rica y elegante de los cuatro reinos, si lo tomamos en la temporada de junio á septiembre de cada alegre año. Allí los serranos y rondeños, los mayorazgos y el señorío de los pueblos de la campiña; allí de Sevilla, de su tierra baja, de Cádiz, Tarifa, y los Puertos, de Málaga, Granada, Córdoba y demás partes de la Andalucía alta, vienen en certamen de boato y ostentación, menos á tomar ellos remedio para sus pasados deslices y ellas á buscar confortativo á sus parasismos y debilidades en los nervios,

---

(1) Romance famoso del cancionero de romances.

que á hacer gala de riqueza todos, en busca de placer y recreación muchos, y no pocos y pocas á feriar su hermosura, juventud y gentileza. Fuera este punto muy de molde para estudio de nuestro pincel, y el aspecto y la animación y los rasgos característicos que en aquellos baños se observan, bien merecieran con privilegio un bosquejo caprichoso de pluma aun más elegante, lozana y diestra que la mía, si la obligación que me impone el título y rúbrica con que se encabeza este artículo, no me recordara á voz en grito que estamos hablando, no de Carratraca y sus baños; sino de lo que sea un *Roque* y lo que es un *bronquis*. Y no es sólo de los pueblos, ciudades y comarcas arriba apuntadas, de donde se ven visitantes viajeros y curiosos en aquel famoso lugar, sino que de las partes más lejanas de España cuidan los médicos de enviar allí anualmente remesas de menesterosos de salud, que nunca dejan de obedecer humildemente el mandato de tal peregrinaje, mayormente si hay envuelta en la receta alguna cita misteriosa, tanto más gustosa cuanto que el apelar á tal medio siempre indica y señala grandes dificultades vencidas; sin contar para nada el sainete y sabroso picante de gozarse allí, á despecho del sobrecejo y enfado de los maridos más rústicos é intolerantes y de los tutores más desconfiados y celosos, de la libertad más agradable y segura, sin mirarse sujeta como otros fueros y garantías al buen capricho de un ministro ó mandarín.

Ello es, que además de tanto viajante y peregrino español castizo, se dejan ver por allí no pocos gringos y extranjeros que encontrándose por ventura en

Cádiz, Málaga ó Gibraltar, y oyendo hablar de los nombrados baños, quieren visitándolos aprovechar la buena ocasión de conocer mejor el país, amén de adornar su álbum con algún pintarrajo tomado al través, y pintado con brocha, y de enriquecer sus apuntes y recuerdos de viaje con algún mentirón estupendo, que después se revela en lindo periódico ó *keepsek* de impresión de París y Londres, haciendo arquear los ojos de aquellos buenos leyentes, y provocándonos á nosotros á risa estrepitosa de regocijo, si no ya de mofa y desprecio. Uno de estos viajeros, nacido en Kent, educado en Eyton, estudiante en Oxford, y muy curtido y versado en los salones elegantes de Londres, vino en cierta mes de agosto á aposentarse en la fonda del señor Reyes, que en aquellos salutíferos baños representa, y aun creemos que todavía sostiene, el propio carácter y papel que el antiguo *Genyes* y el moderno *Lhardy* en Madrid; pero con tal amplitud de persona, con traza tan mayúsculamente patriarcal, que él solo por su propia efigie y estampa exigiera y nos debiera otro bamboche de pincel, sino fuéramos ya tan metidos en corriente del artículo que nos hemos propuesto escribir (y va de dos), y tan en pos del título que arriba hemos señalado. Ello es en fin, que nuestro inglés tomó tierra en un cuarto, tabique por medio del mío; y á poco de su aparición, ya en la mesa, ya en las muchas ocasiones que ofrece para encuentros de afabilidad y estimación lo reducido de un lugar y la estrechez de fonda como la del señor Reyes, tuvimos motivo para demostrarnos ciertas deferencias y atenciones que á poco se trocaron en la más afectuosa afición. No por ello nuestra comuni-

cación y trato se regalaba de lleno y á satisfacción, con los placeres de una plática seguida y de sendas conversaciones, sabrosas y de fáciles entendederas. Era el caso, que nuestro extranjero, como recién llegado á Gibraltar, y en fresco trasegado á Carratraca, apenas podía deletrear dos ó tres palabras de enrevesado castellano; y su francés, aunque pudiera serle y servirle de gran útil para sus lecturas y estudios, lo había usado y cursado tan poco, y lo miraba con tal enfado, que en sus labios antes que idioma articulado, más semejava los chiflos y refoflamientos de algún órgano de registro averiado y descompuesto, ó los singultos de algún gato con romadizo. Alguna vez, considerando yo que nuestra educación é investidura académica eran parte para darnos ayuda en semejante trance, llamábamos en socorro nuestro el poco ó mucho latín que en nuestras escuelas respectivas imaginábamos haber aprendido. Pero la pronunciación que los extranjeros dan á los genitivos y acusativos, y la particular inflexión que suelen dar á los otros casos cuando hablan latín, nos desesperaba á perfecta *vicenda* siempre que nos proponíamos entendernos en tal idioma, además de despertar tal fracaso en mi revoltosa imaginación la idea endiablada de que en esto de humanidades tan alto rayaban los profesores y discípulos de Eyton, cuanto los maestros y escolares de las universidades de Oviedo y Valencia, y no vale señalar. A pesar de tales contratiempos, nuestra afición crecía, sin haber aventura en que no estuviéramos de por mitad, ni gira, ni partida en que no viajáramos recíprocamente de conserva. Por aquellos días se me anunció que en cierto pueblo

inmediato había gran festejo y alboroque, mucho de bullicio y algazara, y no poco de festividad y de divertidos juegos. Y al oír decir *juegos*, ya crearán (y creerán bien) algunos de los que guardan y conservan el son y deajo de aquellas comarcas que se me hablaba de la cercana y pintoresca y rica y poderosa villa de Alora, famosa y famosísima entre pueblos creyentes y paganos, por la fama de sus *juegos llanos*

Los *juegos llanos* de Alora son en verdad los más inocentes é inofensivos que se han ideado desde los Olímpicos hasta el día, teniendo por añadidura el mágico poder de escitar y mover exquisitamente la sensibilidad del pobrete que suele en ellos representar el papel de protagonista y héroe. Pero por una contrariedad que así nos cobijó entonces al inglés y á mí, cual ahora á mis oyentes, que no pueden instruirse de qué sean tales *juegos llanos*, no fué Alora el pueblo donde tal boato se preparaba; y si se me obliga á que declare el nombre en cuestión, diré que no quiero, en prueba de la dulce amabilidad de mi carácter, y vamos adelante. Ello fué que Arturo (tal era el nombre del inglés) fué de la partida, y juntos y en caravana con algunos otros curiosos y aficionados, nos trasladamos asnalmente, quien á mujeriegas, quien á horcajadas y no caballeraamente, pues tanta era la fragosidad y aspereza del camino, al teatro de nuestra curiosidad é investigadora vagancia. Así como nos apeamos, Alifonso Felpas, mozo de cuenta, arriscado y rey parrandero del pueblo, vino y se me acercó noticiándome el programa de las funciones y festividades.

—Después de la romería de la Virgen, dijo, y á

eso de si son luces ó no son luces, entraremos de vuelta en casa de la Márgara y allí apuraremos entre cuatro amigos leales una pirula del de Yunquera con unos mostachones de canela y otros dulces de Ardales que saben á gloria. Después caeremos en casa de la Vicaria á ver los juegos del Narro, y por postre entraremos en el patio de la Remedios, adonde hay fiesta y cantan unos muchachos de la costa que diz son cosa particular...

—Cuidado que se suena ha de haber *Roque* y se ha de armar *bronquis* con muchísimo del hollín, dijo en baja voz un mozalbete que sentado al par del umbral de la puerta, dirigió la palabra á Felpas. —¿Y de dónde lo sabes tú, Palomo? dijo éste.—Lo sé y estoy muy penetrado del caso, dijo aquél, porque la *Polvorilla* ha dado celos de mala muerte con uno de esos costeños, al *Pato* y éste ha venido á contar para el *Roque* con mi hermana *Canhorro*... y véalo usted.

—Pues la noche será muy muñida, dijo Felpas dirigiéndome la palabra. Pero á bien que no será la primera, añadió con cierto retintín y sonsonete.

—Yo no iré si tal se teme, amigo Felpàs, le repliqué; tanto porque estoy fuera de andadura, cuanto porque vengo con este inglés, á quien quiero excusar de meterse en tales culebras...

Iba á manifestarme Felpas que yo procedía como prudente y atinado, no asistiendo al abreviado infierno que se preparaba, cuando mi inglés que atento estaba, y que si ciento no atrapaba alguna recogía, me preguntó, pero en desusada y trilingüe manera, que cuál era el asunto de que se trataba y nos ocupábamos.

Puede pintarse allá en la cámara obscura de su magín cualquier pío lector, la dificultad casi invencible en que me vería para explicarle á mi curioso extranjero el resultado del coloquio arriba apuntado, y más que todo el hacerle entender la agradable significación de las palabras *Roque* y *bronquis*. ...

Después de mil laboriosos esfuerzos de mi talento; después de darles forma explicativa para tales ideas á mis conocimientos políglotas; y después en fin de llamar en mi ayuda la mímica y el lenguaje de acción, salpimentado todo satisfactoriamente, á mi ver, con palabras francesas, lusitanas, inglesas y latinas, ¿cuál no sería mi despecho y mis calabazadas de rabia, cuando en lugar de dócil silencio, me encuentro con que mi inglés me interroga diciéndome:

—¿*Sed quid est Roque, bronquisve?* ... ..

Al escuchar semejante pregunta, dí mi trabajo y afán por perdidos, y como chico á quien se le hundió su castillo de cartas y vuelve pacientemente á encaramarlas y levantarlas, torné á mi pasada y pesada tarea, valiéndome de nuestro latín casero como medio supletorio á mi pantomímica explicación. Ya pude conseguir al fin que entendiera la flor de que trataba; de que en medio de la fiesta alguna voz siniestra y ronca diría *Roque*; que acaso se repetiría aún segunda amonestación, y al ver que aquel congreso no se disolvía, se apelaría al medio teatral de apagar las luces, comenzando la salva de badajazos, cintarazos *et aliquid amplius* de que hablan los autores, lo cual legítimamente es armar un *bronquis*. El curioso de Arturo me escuchaba con estática atención, conociendo yo en su atrevida

mirada que antes que arredrarle, más le enamoraba la imagen de aquel futuro campo de Agramante. Por respuesta toda á mi argumentación y explicativa, me repetía con gesto denodado y resuelto:— *non timeo*, blandiendo de una manera totalmente á la inglesa los puños cerrados y apretados, por aquel estilo que la gente inteligente llama *moquilis* ó *trompilis*; y el bravo inglés, confiado en su fuerza, vigor é innegable destreza, me preguntaba con latina interrogación, siguiendo en el blandir de sus puños:—¿*Sufficit*? Y entonces poniéndome al unísono de aquel latín que nada dejara que desear al que se ha de hablar y usar en nuestras universidades, planteado y asentado que sea el modernísimo plan de estudios, respondí grave y reposadamente:

—*Trompilis aut moquis non sufficit.*

—*Rem implebimus*—me replicó el indomable inglés.

—*Jacta est alea*—le contesté en tono resuelto y afirmativo, dándole á entender que emprenderíamos la jornada y que echaba el pecho al agua: y comencé desde luego á preparar mis lomos á la tarea, sintiendo no tener á mano medios fáciles de explicación para hacerle entender á mi compañero cuán bien haría en seguir con atrición y contrición mi buen ejemplo y mi cristiana resignación.

Efectivamente, después de comer al mediodía, empavesado yo al uso del camino, con calzón, jergueta carmelita, chupín canario y sombrerín calañés, y atildado mi inglés con camisolín de colores y albeando la persona con pantalones y jubón de patente y chaqueta de piqué graciosamente rayada y mosqueada de azul y violeta, llevando en los bolsi-

llos dos pañuelos de Holanda, y con sombrero de paja de Italia, nos metimos en danza para la romería, desde donde después de agradablemente paseados y divertidos, vinimos á dar con nuestros cuerpos en casa de la tía Mágina. Aquí hicimos honores en forma al aguardiente de Yunquera de que Felpas nos habló antes, á pesar de los 35 grados de calor de que habíamos disfrutado aquel día; y después de aplaudir los juegos y rusticidades chistosas del Narro, recalamos al fin, oyendo la última campanada del rosario, en casa de la Remedios, en donde el baile se preparaba. Nosotros logramos desde luego asientos de primera, y como piloto que debía conocer los bajíos y malas corrientes de aquella costa peligrosa, dejando á sotavento el sitio de los cantadores y tañedores, fuí buscando con mi Píldes la parte superior del zaguán ó cuerpo de casa en donde la función se parecía y tenía plaza, y allí en un rincón ó ángulo me acomodé y rellané en silla fuerte y robusta, fortalecidos sus peldaños con traveses de estupendo espesor. Mi inglés no quiso admitir otra igual silla con que yo le brindaba advertidamente, y como novicio é inexperto escogió para su asiento un escalón que allí se parecía, sin duda para confinar fácil é inmediatamente con las sayas de una zagala de 18 á 20 años, que llenaba la otra mitad de aquel escabel de cal y canto. La fiesta iba ya por la epístola, es decir, iba ya bien comenzada; las guitarras sonaban y las coplas iban y venían, y las vueltas de rondeña y malagueña se sucedían con rapidez increíble. El cerco de la gente era dilatado y muy espeso en hileras. Un enorme velón de Lucena, de cuatro mecheros curvilíneos, ardiendo co-

mo bocas de dragón y colgado de un horcajo de madera pegado al techo de la estancia, alumbraba aquella escena grotesca, si extraña, si pintoresca. Las muchachas lucían con tal luminaria su aseo y su gentileza, y si sus ojos brillaban como abalorios ó azabaches, el pelo negro y copioso que todas ostentaban recogido en castañas, tomadas con cintas encarnadas en la cabeza, les daban un aspecto tan graciosamente pastoril, que la imaginación olvidaba con desdén á tal vista el tocado femenino voluptuoso, romano y griego.

La luz de los mecheros que reflejaba vistosamente por tales ojos, hermosuras y arreos, se eclipsaba tristemente y apagaba en el grupo obscuro de hombres, que embozados en sus capas y apoyados en algún gran tajo de madera ó mesa de noguerón, se bosquejaban confusamente y se dejaban mal ver á un lado y otro de las dos puertas, que esta iba á la calle y la otra á los patios y corrales de la casa.

Caldera de gran buque con asa de dilatado cerco, recién bruñida por gentil mano y pendiente de sendas llares, condecoraba campestremente el frontis y lugar de aquel recibimiento general ó salón de compañía de las casas rústicas de los pueblos de Andalucía. La chimenea que cobijaba todo aquel espacio, siendo de gran vuelo y amplitud, y blanca como la paloma, resaltaba ricamente con el tesoro de cobre y azófar que la coronaba, señal de ostentación y riqueza en aquellas comarcas. Allí otras calderas de menor calibre, limpias y rojas como las candelas, deslumbraban los ojos con su brillo; las espumaderas, los cazos, los peroles, las ollas de cobre, los escalfadores, las palmatorias, las lámparas

y otros cien trebejos y cachivaches, como chufetas, braserillos, copas, badiles, almireces y más baratijas, todo de metal relumbrante y limpio, eran muestra del ajuar copioso y rico de la casa, al paso que cinco ó seis otros velones de no menor estatura que ardía entre el cielo y la tierra de aquel hemisferio, con sus *grifos apagados* y sus pantallas en alto, esbeltas é izadas arriba, parecían entre las demás prendas de la chimenea, centinelas que vigilaban por tanto tesoro, ó capitanes atrevidos y en orden de parada, que con gala y desenfado tenían el mando de aquellas escuadras relumbrantes y refulgentes.

Los dos costeños, que eran los sostenedores de la fiesta, mantenían el buen nombre de su habilidad con soltura y gracia, haciendo subidas y variantes muy extremadas, y poco oídas hasta entonces, y entonando la voz por lo nuevo y bueno, ya con sentido ya con desenfado. El más mancebo de los dos Gerineldos (y por cierto que tenía muy buen corte) no quitaba ojo de la *Polvorilla*, quien por su parte le pagaba, unas veces á hurto y otras bien á las claras, con miradas muy expresivas, aquella preferencia y afición,

La *Polvorilla* era un *pino de oro*. Jaca de dos cuerpos, era muy bien ensillada, mejor empedernada, y tomando tierra con dos dijes, que no con dos pies, pues tan lucidos y bien cortados eran. La cabeza en gentil, la mirada rigurosa, bebiendo con corales y marfiles que hacían eclipsar los ojos de purísimo gustito de quien la miraba, y traían el agua á la boca como deseando beber en aquella concha. Esta muchacha, grano de pimienta y pomo de quintaesencia de claveles, desde muy temprano ha-

bía alcanzado fama y nombradía entre las chicas de breves y verdes años, y todo por cierta frase y palabra que soltó en ocasión solemne y estrepitosa. Se contaba que estando en capullo todavía, y si son flores ó no son flores, cierto día que no estaba presente su madre, algún caballero ó majo, encontrándola sentada al oreo del viento y debajo de ciertos jazmines y arrayanes, le había hablado en estas ó muy parecidas palabras:

—Dígame, niña, ¿se puede saber los años con que esa personita cuenta? Y diz que ella, mirando al interrogante con sus dos azabaches de Africa, le respondió:—«Señor caballero, madre asegura que »no tengo más que trece años; pero en cuanto á mí »ciertamente yo me siento de más edad.» La elocuencia fisiológica, gráfica y fulminante de tal frase, logró gran palma entre aquellos concedores de las elegancias del idioma, y desde entonces, sin duda aludiendo á lo inflamante y estallante de tal cabeza, le pusieron á la persona el nombre y remoquete de *Polvorilla*; y esto porque siendo el caso sucedido años había, cuando el conocimiento de los fósforos andaba poco derramado por aquellas partes, no se hablaba del pistón ó cosa semejante, pues á serlo la hubieran llamado la *pólvora fulminante*, ó apodo por el estilo. La *Polvorilla*, pues, era el pimiento chirle del lugar, la cuestión sin término de los mozos y el regaño de toda fiesta, rifa, junta ó baile en donde se encontraba. En el caso presente ya había bailado diez veces, cantado treinta coplas y matado á pesadumbres á dos docenas de hombres: bien que afortunadamente hasta el trance en que ahora vamos y logramos ir refiriendo, ningún si-

niestro ni tempestad de mayor marca había provocado. Con efecto, la cosa duró así larga pieza de tiempo, y ya casi llegué á persuadirme de que sonaría la queda sin fracaso alguno, felicitándome al propio tiempo de haber salvado aquel peligro, no de agua sino de purísimo lanternazo, cuando mi compañero de aventuras, que sin duda repasaba en su imaginación otros iguales pensamientos que los míos, alargando el gallarín hacia mí, me dijo primero, parodiando ciertos versos famosos:

«Plaz mi ibero cavalier  
et dona malacitana  
et la danza sevigliana  
e l'uomo bravo in destrier.»

Y luego mudando de son y de pensamiento, añadió:

—*Sed non invenio nec adparet Roque bronquisve.*

Apenas había pronunciado estas nigrománticas palabras, sonó un silbido de mal agüero, sin acertar yo ahora si vino de la parte inferior ó sonó por las afueras de la casa; pero ello es que conforme se dejó sentir aquel reclamo, antes que nadie pudiera repararse, una voz cavernosa y muy reposada, sin saber de dónde salía, dijo con acento amenazador: *Roooque.*

Las guitarras, cual cogidas de sobresalto, suspendieron su vocinglería un instante; pero como para desquitar tal interrupción y hacer olvidar esta muestra de debilidad, los músicos cogieron inmediatamente el hilo de su cortado pasacalle, y redoblaron

con mayor ahinco y fuerzas sus repiques y redobles.

El ama de la casa, en voz de contrapunto, dijo: «Que se llame al alcalde:» y alzando más el grito: «ó al escribano mi primo, ó á *Rebenque* el alguacil.» Las madres, dueñas y tías comenzaron á llamar por sus nombres y apellidos á las hijas, sobrinas y pupilas; de manera, que podría creer quien tal oyera que asistía á la lista de una, dos ó más compañías, que antes confundidas, van de pronto á rehacerse y ordenarse.

—*No hay cuidiao*, dijeron á un tiempo tres ó cuatro voces de contrabajo profundo: *no hay cuidiao: ande la fiesta y vengan hombres*.

Yo eché una mirada de inteligencia á mi inglés, como advirtiéndole que el aguacero se acercaba, y dándole á entender de camino que había hecho muy mal en no estar pertrechado de alguna silla como la mía, que le sirviese *in apuris* de celada ó rodela, según fuese el ataque y urgiese la necesidad. La cosa anduvo, sin embargo, por la buena, todavía como diez ó quince minutos; cuando al cabo de ellos, y como si la voz prodigiosa de *Carvino* en la familia de Wieland, se hubiera dejado oír allí, se escuchó con más enojo y con cierto retintín el grito tremendo de *Roooque*.

—Ya esto es insufrible y pasa de bellaquería, exclamó chillando la honrada ama de la casa. Fulana, Zutana, Mengana, Maricota, Nieves... se oía por aquí: Fuensanta, Patrocinio, Juancha, Currilla... se escuchaba por allá: y otros cien nombres por todas partes... Si digo que *no hay cuidiao*, repitió con socarronería la voz de antaño: «pues siga la fiesta, decían otros...» Yo miré á mi inglés á ver que tal

continente tenía, y este que ya iba tomando tiento al lance se me dió por entendido, y me dijo en nuestra consabida monserga:

—*Fruor, amice, sed jam adparet Roque bronquisve.*

Y no se equivocaba por cierto; pues en el propio instante algún brazo invisible, por lo presto y poderoso, dió tal revés al luminar que alumbraba la estancia, que así callaran sus bocas las cien mujeres, que al punto comenzaron á gritar por todos los tonos, como él quedó apagado y muerto cual si hubiese sido ciego de nacimiento. Cien cigarras chirriando á un tiempo, doscientas norias estridando premiosamente, mil gallinas y ánsares salteados por vulpeja ó garduño, y mil chiquillos vapulados á telón alzado por mano grave y sentada, no remedan ni á cien leguas el escarceo y endiablada algazara que allí se armó y encendió. Las guitarras, sin embargo, proseguían en su clamoreo y en sus trinos, pues callarlas en semejante conflicto fuera cobardía y dar victoria á los contrarios. En seguida comenzaron los cintarazos y el bataneo de costumbre y las carreras y encuentros de los que querían, acertaban y podían deslizarse y escabullirse, ó al menos zambullirse y agazaparse. La vocería cesó y los palos alzaban más el grito: había palo que valía cien reales, y silletazo que merecía un condado. Las guitarras en tanto tuvieron por conveniente entornar al fin el pico, no sin oponer una vigorosa resistencia la guardia argiráspide que las custodiaba. Un son lastimero y uno como eco de lejana y moribunda armonía fueron los últimos suspiros de aquellos dos instrumentos. Yo como vete-

rano en tales andanzas, desde luego tuve estudiado y adopté la posición que debí tomar y la postura en guardia que me convenía. Por mi vera percibía pasar silenciosas cabezas llenas de rizos, ó deslizarse en agachadillas los callados pies de las Sabinas hermosas que huían de aquel recinto endiablado, así bien como tórtolas que huyen las enramadas invadidas por la brutez pastoril, ó como tímidas cautivas que se alejan de los horribles lechos de los piratas y corsarios. De todo esto bien conocía yo cuál era su naturaleza de significación, así como desde luego entendí que aquellos ecos lastimeros de las dos vihuelas no eran otra cosa que el ósculo de paz que habían dado al estrellarse como huevos frescos en la mollera de los dos tañedores costeños. Mas lo que me intrigaba sobremanera, por no poder atinar en alguna explicación razonable de ello, era oír unos como badajazos de campana, ya pausados, ya repetidos, ya desiguales, ó ya de carrerilla, que traían atronado todo aquel recinto.

No parece, decía yo para mi sayo, sino que el reloj del lugar se ha trasladado aquí esta noche para tocar las doce, luego las cuatro, después las diez sin orden ni concierto, confundiendo las horas con los cuartos y viceversa, y luego al contrario. Además, todo reloj en regla no se propasa á marcar más que las doce; pero este da las trece, las quince, las veinticuatro. ¡Qué diablos podrá ser este son, que en ninguna otra culebra he oído ni sentido!... Afortunadamente pronto salí de mi motivada curiosidad. En efecto, el alcalde acudió como era justo, justamente cuando ya todo había finado y concluído. Le seguían gran copia de luces, amén de los individuos

de la justicia, que todos iban entrando y diciendo: «esto es cosa de juego y de nonada: que se encienda el velón y siga la fiesta.» El velón fué levantado de su mal trecho, recibió nueva vida y lumbre, y ocupó su lugar de antes. Con su ayuda y al brillo de las demás luces se descubrió todo el campo salteado, se dibujaron fielmente todos los objetos y tomaron color y vida. El alcalde tuvo el poder del *Despertador de los Cementerios*. A su llegada comenzó á levantarse y tomar posición vertical todo el ganado femenino que por aquí y por allí, á la hila de las paredes y por debajo de mesas y bancos, se había guarecido rebujadamente ú horizontalmente del chubasco que había sobrevenido. En cuanto la estancia quedó iluminada, el primer objeto con que tropezaron mis ojos fué conmigo mismo, pues los perfiles de mi penumbra se dejaban ver en la pared á mi frontera. En efecto, tuve el placer de contemplarme hurtado suave y encogidamente contra la pared, teniendo mi silla embrazada por el espaldar, colocado mi asiento sobre mi cabeza y sirviéndome como de casco romano, aunque adornado con las cuatro puntas de los cuatro peldaños. En una palabra, á tener aptitud más noble, hubiéraseme antojado mi imagen la estatua de un Neptuno; pero considerándome como busto de medio cuerpo, sólo pudiera pasar muy bien por la efigie de algún rey de los longobardos, que él mismo se cobijaba la corona. Una de las guitarras la miré puesta por corbata de uno de los tocadores.

Cuando la refriega, y estando ya en manos de algún invasor, la enderezaron tan felizmente y con tal acierto á la cabeza del tocador, que entrándola

por el ánima del instrumento se la sacaron limpiamente por su espaldar y fundamento. Fué golpe en verdad de gran limpieza, y entonces hubo de oírse sin duda aquel eco de melancólica armonía, de que hemos hecho puntual mención. Al mirar á tal individuo con semejante collar, parecía que se engalanaba con dos cabestrillos de encontrada prosapia y ascendencia; aquel era el pañolín de seda, y este el mástil de la guitarra. La otra vihuela se parecía en derredor hecha menudos añicos, que cada cual revelaba mil y una carambola hechas limpiamente por mano airada y brazo fuerte. ¿Pero qué serían aquellos badajazos campaniles que tan ruidosamente sonaban, y de que fiel relación tengo hecha á mis curiosos lectores? Voy á decirlo *in continenti*. El inglés que por lo negro del nublado sacó el hilo de la tempestad que comenzaba, se previno prudentemente para el caso. Adivinando el buen uso que yo pensaba hacer de la silla, y no teniendo otra igual á mano para aplicarla á tal menester por la preferencia que diera al asiento de cal y canto que con la muchacha ocupaba de por mitad, se apoderó desde luego de la oronda caldera que adornada el hogar de la casa. Dueño de ella, se la puso como quitasol, y allí recibió el aguacero y granizada que tan rabiosamente disparó el cielo en aquel aposento. Es indudable que algún devoto de la chica, viendo al inglés tan cercano á ella, se propuso con tal motivo machacarle la caspa y tocarle á aleluya en la mollera. A esto debe atribuirse aquel repetir, dar, sonar y deshacer, y resonar las diez, las once y las doce horas, y que el diablo sea sordo. Fortuna

que tal capacete pudo lograr nuestro curioso Arturo.

Como este juego y escarceo inocente no provocó mayor pesadumbre y desmán, cual se lo hizo conocer acto continuo al alcalde la Polvorilla, que lista como un Argos fué la primera en descampar, como fué también la primera en desaparecer, dijo á voz en grito... ¿Y por qué hay chubascos no se ha de ver el cielo saliendo el verdoso? ¿y porque haga aire se han de clavar las ventanas?

Nada ha sucedido si no salva á estruendo: guitarras hay y cuajo tenemos; siga, pues, la fiesta... ¡*Qué siga! ¡qué siga!* clamaron todos, y muy particularmente cinco ó seis jóvenes de 22 á 25 abriles que haciéndose de nuevas entraron por las puertas. Hubo quien dijo que aquellos justamente habían dado el *Roque* y armado el *bronquis*. Pero esto no puede creerse, atendido el respeto que se merecía el señor alcalde. Si ellos fueron, hicieron muy bien en volver á encender la zambra, pues después de apalear á sus contrarios nada más alegre como armarles fiesta y cantar la victoria.

Han pasado años y años de esta andanza y aventura, cuando no hace quince días que estándome leyendo en los porches de la Plaza mayor el manifiesto del 19 del mes que expiró, me encuentro abrazado por mi amigo Arturo. Fácil es concebir nuestra recíproca alegría y satisfacción. Desde luego, además de la de los años, le hallé gran diferencia en su lenguaje. Sin duda debe haber estudiado mucho el castellano, y más que todo haber viajado continua y dilatadamente por España, para poseer tan bien y con tal propiedad nuestro idioma.

Desde luego trajimos á la memoria el recuerdo de nuestra pasada aventura y de todos sus adherentes y circunstancias.

—¿Sabe usted, le dije, que he bosquejado un articulejo de costumbres, sirviéndome de cañamazo y urdimbre el suceso que así nos sobresaltó y que después nos divirtió tanto?

—Quiero leerlo, me replicó Arturo, para recordar algunas circunstancias y pintar en mi álbum la escena final de aquel acto, con su silla de usted sentada sobre la cabeza, y mi caldera sirviéndome de casco de centurión. ¿Y por qué, si después de leído le agrada el artículo, no lo traduce al inglés, siquiera por memoria mía?—No lo traduzco, amigo mío, porque para dar una idea real, histórica, exacta y cumplida á mis compatriotas de lo que es en este país dar un *Roque* y armar un *bronquis*, he traducido ya minuciosamente y muy por menor la sesión de las Cortes españolas de 16 del mes de Marzo del año de gracia de 1846.







## TOROS Y EJERCICIOS DE LA JINETA

---

En publicación como la presente, que presume de muy castiza por lo mismo que su principal propósito se cifra en relatar y revelar los usos y costumbres españolas por el modo más peculiar de nuestro suelo que posible sea, parecería ya mal sonante y peor visto si dejáramos andar más allá el asunto sin sacar á plaza algo que frise y toque con el espectáculo nacional de España, que no es otro que las corridas de toros. Ello es que si esta publicación tiene obligación estrecha para presentar los rasgos de nuestra fisonomía y los toques de nuestro carácter del modo más español posible, todavía está obligada con vínculos de más fuerza á dar su relativa importancia á las cosas aquellas, como son las corridas de toros, que por su desuso en las demás partes del universo, su existencia única y peregrina entre nosotros, su remota antigüedad en nuestros anales y crónicas y por su sello de originalidad, extrañeza, valor y gallardía han llegado á ser y son

efectivamente un distintivo peculiar de la noble España y de sus bravos y generosos hijos. Los toros, pues, ya se les considere como espectáculos circenses, ya se les mire como recuerdos caballerescos de la edad media, ora se les califique con filosófica imparcialidad, ora se les alabe y encomie con vanagloria nacional como muestra del esfuerzo y bizarría española, merecen siempre del escritor público toda aquella atención que sobre sí llaman los hechos constantes y de forzosa repetición, que nunca se desmienten, y que sufren y saben resistir el transcurso de los siglos y lo que es más admirable todavía el trueque de las ideas y la revolución de los Estados. La nacionalidad española, amenguada hoy día hasta casi reducirse á breve cerco si se compara con sus antes innumerables dominios, combatida de modos mil por los novadores y reformistas de toda laya y de todo disfraz, siendo presa alternativamente de la influencia francesa ó del ascendiente inglés según los hábitos ó el interés de malos españoles, desconocida en sus costumbres, alterada visiblemente en su idioma, dividida en sus creencias y aficiones, sólo conserva un recuerdo que ha sobrevivido á todo y que da muestras de vivir eternamente, que es las gentilezas del circo hispano, y sólo está acorde en acudir de buena voluntad ó al coso ó á la pelea. Tal fenómeno que no necesita de nuestro encarecimiento para aparecer importante, y que á pesar de ser vulgar y de trivial conocimiento, lo hemos querido hacer valer aquí cumplidamente, explicará á nuestros lectores la causa que nos mueve á bosquejar, si en estrecho y reducido cuadro, con tintas de fresco colorido y con cabal y minuciosa

distinción de los grupos y figuras, el origen, progresos, andanzas y estado actual de los espectáculos del circo español, sus lances, encuentros, juegos y suertes.

No es cosa fácil por cierto señalar los tiempos ó fijar la época en que comenzaron en España los espectáculos grandiosos que sin ceder en magnificencia y poderío á los juegos circenses de los Romanos tienen sobre ellos la ventaja de presentar á los luchadores, no como siervos envilecidos, sino cual hombres valerosos, ágiles, diestros y denodados, casando siempre los mayores esfuerzos del ánimo con las gentilezas y bizarrías de la persona. Ello es que si tales regocijos fueran de origen romano por fuerza habrían de haberse encontrado en los escritos, monedas, mármoles y otras reliquias de aquella civilización que con tal abundancia se encuentran en las bibliotecas, museos y gabinetes de los anticuarios, algún signo, alguna prueba ú otro testimonio irrecusable que presentara al hombre burlando la ferocidad del toro, ó rindiéndolo ó postrándolo por el hierro ó por la fuerza. Ninguno de tantos investigadores como desde el renacimiento de las letras se han ocupado en revelarnos la manera de existir del pueblo rey, llevándonos de la mano para asistir á sus festejos, juegos, convites, termas, teatros y nauquias han hablado de usos y cosas que por ser tan importantes y de tal grandiosidad no hubieran escapado á su curiosidad é investigación; de modo que casi debe tenerse por sentado y cierto que los espectáculos del circo español no tienen consanguinidad ni parentesco alguno con los del circo romano. Otros autores han sospechado el que seme-

jantes luchas pudieran muy bien ser algún resto de la ferocidad goda y de los demás pueblos que desde el Norte se precipitaron sobre las regiones meridionales y occidentales de la Europa; pero esta suposición enteramente gratuita tampoco tiene mejor apoyo y aun se puede asentar desde luego que todas las probabilidades militan en contra de semejante hipótesis. En primer lugar las ganaderías y toros de los países allende el Elva antes que aptos y feroces para los combates del circo se han tenido siempre más bien como adecuados sólo á las pacíficas faenas de la agricultura ó para rendir la cerviz humildemente bajo la segur de los sacrificadores. Por otra parte, si tales luchas y juegos fueran originarios de los pueblos godos ó teutónicos, es cierto que hubieran dejado algún recuerdo por las diversas regiones en que peregrinaron y países donde se establecieron desde que conmovidos del asiento de sus desiertos y selvas, invadieron los reinos dilatados de Europa y Asia: esta opinión pues, no tiene ni mayor fuerza ni mayores probabilidades que la anteriormente combatida. No faltan tampoco escritores españoles que viendo en tales ejercicios y combates cierto carácter oriental ó africano, los atribuyen exclusivamente por de uso de los árabes en cuanto á su origen y de antigüedad en España á contar desde la irrupción sarracénica. En nuestro entender no mayor fundamento tiene esta opinión que las otras dos enunciadas. Ello es que en parte alguna de los escritores árabes, que tan nimia y escrupulosamente han escrito de sus costumbres así cuando vivían entre sus Oasis ó arenales en pequeñas tribus, como cuando comenzaron á conquistar los rei-

nos é imperios del mundo, se encuentra la más leve reminiscencia de semejantes espectáculos, y sólo en el libro de la historia de los reyes de Marruecos, libro comunmente conocido por el *Kartas* se cuenta de un rey de los Almohades que murió entre las astas de una vaca en una como montería ó regocijo (1). El desastre de este rey según el contexto de la historia más parece azar inmotivado, que no el resultado probable de un combate peligroso, y por otra parte aconteciendo ya este suceso en época muy avanzada cuando tales ejercicios eran no sólo conocidos sino hasta familiares en España, en donde los Almohades tenían grandes establecimientos y en donde fijaban con gran frecuencia su corte y morada, la sola deducción que pudiera sacarse sería que algunos de los ejercicios de los cristianos y árabes de la Península, solían ensayarse en los alcázares de Fez y de Marruecos. Pues entonces, se nos dirá, ¿de dónde han venido tales combates, tales juegos? ¿cuál fué el tiempo de su introducción entre nosotros, qué causas los hicieron nacer ahora y no antes, acaso en época anterior y no en tiempos más modernos? Lisa y llanamente vamos á decir lo que se nos alcanza sobre el caso, sin que el deseo de hacer vano alarde de ingenio nos aparte de la obligación estrecha de ofrecer á nuestros lectores lo que, si no es la verdad, pueda parecer al menos lo más probable. Para que los espectáculos de toros ofrezcan los lances y encuentros que forman el grande interés de ellos, es indispensable el que los toros

---

(1) Jusuf Al-mor-tasser-Bilah, hijo de Annaser, el Miramolin que perdió la batalla de las Navas.

tengan cierto grado de valor y ferocidad. Nosotros creemos que estas cualidades no se despertaron en las ganaderías españolas sino mucho tiempo después de la dominación romana, pudiéndose asegurar que tal mudanza en la condición y naturaleza de esta raza no pudo nacer sino del cruzamiento de especies diversas. Si este fenómeno tuvo lugar en virtud de la mezcla de las indígenas con las castas que en sus reales y campamentos traían los Godos y Vándalos, ó del cruzamiento con las razas africanas, es cosa que jamás podrá deslindarse. Además de esto hay alguna consideración que puede explicar también satisfactoriamente esa energía rabiosa y esa ferocidad que distinguen á los toros de las campiñas de Castilla y de la Mancha y en las soledades de la parte baja del Andalucía. El toro más que otro animal alguno, crece en ánimos y en coraje á medida que vive en lugares más apartados y desiertos, en sitios más selváticos y rústicos sin oír la voz del hombre y viendo sólo los riscos, las selvas y las aguas. La lucha de siete siglos que la diferencia de origen y el odio religioso estableció entre los árabes y cristianos en España, y la laboriosa cuanto sangrienta progresión y superioridad que éstos fueron alcanzando sobre aquéllos, establecía diversidad de fronteras entre unos y otros en el territorio español, fronteras que duraban siglos enteros, hasta que una conquista importante ó una batalla decisiva como la de San Esteban de Gormaz, de las Navas ó la del Salado, afirmando á los cristianos en sus posesiones antiguas, iban á buscar otras nuevas fronteras. La perseverancia de los unos por conquistar y la tenacidad de los otros por defenderse,

las convertían bien pronto en un desierto sangriento. Las huertas, los viñedos, los arbolados desaparecían y toda clase de cultivo. Los pueblos, las alcañías y las aldeas desaparecían, y las granjas y quintas se trocaban si acaso en algún castillo sombrío ó en esta ó aquella atalaya. Todo bienestar, toda riqueza se aniquilaba y todo se reducía á grandes hatos de ganados de varia especie. Esta riqueza por su cualidad de semoviente era la sola que en los casos harto frecuentes de rebatos, algaradas, entradas y correrías, podían salvarse poniéndola á buen recaudo de la rapacidad recíproca de los fronterizos. Nosotros atribuimos á este periodo de tiempo, que abraza más de cuatro siglos y á las circunstancias y condiciones de aquella vida pastoril y guerrera, no sólo el origen de estos espectáculos que comenzaron indudablemente por muestras de esfuerzo acaso necesarias en los campos, en las selvas y en los abrevaderos para salvar la vida, sino también la afición que desde luego se despertó para tales ejercicios, y la esplendidez y gala con que al punto se pusieron en práctica. La crónica antigua que incluye el Padre Ariz en su historia de Avila, y de la que hemos tomado texto en el frontis de este artículo, demuestra auténticamente que ya en aquellos tiempos, es decir, que en el siglo XI no había festividad alguna en que con las justas ó torneos no entrasen los toros por parte principal del regocijo, y como según nuestra teoría ya había dos siglos que Burgos se había fundado sirviendo alternativamente de frontera las orillas del Duero ó del Jarama, podremos asentar con gran verosimilitud que estos combates, muestras de fuerza y agilidad y alardes de gentileza

y de gala, aparecieron en nuestras costumbres desde el siglo ix al x. Además de la riqueza y apostura que ostentara en su persona el jinete y en sus arreos ó paramentos el corcel, no parece que en aquellos tiempos pasasen las suertes y lances más allá de recibir al toro en el coso con la lanza armada clavándosela con acierto y pujanza hasta quebrantarle la cerviz y desnucarlo. Así es como las leyendas de aquel tiempo nos presentan al Cid castellano cuando mancebo, ganando por su arrojo y gallardía los plácemes y vivas de dos pueblos enemigos, pero congregados en un propio palenque para presenciar los azares y peligros del festejo de los toros. Ya se deja entender que en siglos tan remotos y en edades de tantas revueltas, no podía encontrarse ni épocas señaladas en el año para estos festejos, ni sitio deputado para ellos en las grandes ciudades, ni lidiadores que ordinariamente viniesen á la vista de los Reyes ó á la presencia de un pueblo inmenso á captar la benevolencia de este ó á merecer la distinción de aquellos. Los caballeros sólo y altos personajes eran los que podían tomar parte en tales ejercicios, pues como lances de peligro y de gala y en que la riqueza de los arreos competían con el valor de las alfanas y bridones, pareciera mal dejarlos al alcance de los villanos y pecheros, y así, sólo en grandes ocasiones de festividad ó por dar mayor boato á este ó al otro galanteo, ó dar razonable amenidad á la justa y al torneo, salían al circo los mancebos de la nobleza ó los paladines de la frontera y de las Ordenes. Hasta el tiempo de los Reyes Católicos no acordaron las ciudades señalar lugar determinado para tales festejos y en darles orden y fiso-

nomía con las ordenanzas, bandos y prevenciones que el caso requería (1). Los arreos con que los caballeros cabalgaban en la plaza para rendir un toro, eran los de la jineta, casando en ellos lo más vistoso y de lucimiento con lo más firme y adecuado para la lid. Si por acaso se da ejemplo de que algún caballero haya parecido á la brida en la arena, tal cosa debe tenerse por de rareza y como falla en la pauta general recibida para estos ejercicios. La jineta ya se sabe que era modo de cabalgar á lo árabe ó berberisco. Los arzones habían de ser muy elevados, los estribos cortos, y los arriceces colocados en concordancia á esto. El jinete debiera montar muy recogido, el caballo mandarse sólo por el freno excusando todo cabezón y las riendas prolongadas por todo extremo para con ellas castigar el caballo. En cuanto á la espuela sus ayudas, avisos y castigos no iban por cierto á dar en la parte inferior del vientre sino en el vacío, hiriendo no de martillejo como solía decirse, sino de repelón y resbalando. Sin tomar en cuenta estas diferencias, la más notable que se deja ver entre la jineta y la brida, es que la brida enseña y adiestra al caballo con rigor y violencia valiéndose para ello del cabezón y otros castigos, y la jineta sólo se valía del freno y del mucho pulso, cuidado y miramiento en la mano de rienda. Bien se deja conocer á los inteligentes que por su naturaleza y condición nuestros caballos del mediodía habían de ser extremados para este género de escuela, é indudablemente lo son. Aun para los efectos

---

(1) Sin embargo, del Fuero de Zamora se deja entender que en aquella ciudad y en tiempos antiguos había sitio señalado para la lid de toros.

de la guerra siempre sacaron ventaja á esos caballos poderosos y de armas nacidos en el Henao ó en la Normandía. Francisco de Ayora refiere en sus cartas que en las guerras del Rosellón habidas con franceses después de la conquista de Granada, los jinetes granadies que allá llevó el rey D. Fernando peleaban tan ventajosamente con los temibles hombres de armas, que hubo ocasión en que el español armado á la jineta mató, rindió y burló á cinco caballeros enemigos armados á toda guisa. En Italia en los encuentros que precedieron y tuvieron lugar cuando la batalla de Pavía, á todos maravillaron las hazañas de los jinetes españoles, singularmente de don Diego Ramírez de Haro y Ruy Díaz de Roxas, caballero valeroso que en sólo un día derribó á seis hombres de armas á presencia de ambos ejércitos. Y esto causará poca extrañeza si se contempla la agilidad y destreza que era propia de aquella silla, las entradas y salidas, revueltas y rebatos que el jinete podía ejecutar secundado por el instinto y calidades de nuestros caballos, la ventaja que ofrecía el manejo de la lanza, ya terciándola, ya empuñándola por el medio, ya tomándola por el cuento para darle mayor alcance, ora afirmándola en el brazo para herir más poderosamente, ora deslizándola por la mano y reduciéndola casi al manejo de la daga ó cualquier otra arma corta, ora en fin dándola mil vueltas rápidas y engañosas que deslumbraban al contrario haciéndole llevar el golpe cuando más pensaba haberse reparado. Para llegar á tal extremo de perfección en las veras, era preciso que desde muy temprano se ensayasen los jinetes en los ejercicios de la carrera, los lances, las parejas, los

juegos de cañas, las cuadrillas, las alcancías, los bohordos por una parte y por otra en el rejoneo, las varas y demás encuentros en la plaza con el toro. Dejando para diversa ocasión las otras gentilezas de á caballo proseguiremos ahora en la explicación de los lances con el toro hasta llegar al estado en que hoy se encuentran nuestras corridas. Además de la lanzada á caballo que ya hemos apuntado, el quebrar rejones en el toro era suerte la más común en las antiguas corridas conservándose ahora sólo este lance para funciones reales de desposorios, nacimientos y juras de reales personas. El rejón podía clavarse al toro en tres maneras de posturas: una al rostro, otra al estribo y otra al anca. La primera era la de más peligro, porque puestos en línea recta toro y caballo no parecía sino que iban á encontrarse desapoderadamente, cuyo incidente se remediaba porque al partir el toro el caballero torcía el rostro á su caballo del camino que aquel traía, y al ponerse en suerte y descargar el golpe salía el caballo de la línea ayudándole el jinete con el batir de sus pies. El rejón debía tener de largo nueve ó diez palmos contando el hierro, ó para mayor seguridad debía llegar á la frente del jinete y no más, pues á ser más largo podía el toro en sus embestidas y derrotes herir en los ojos y en el rostro al caballero con notable riesgo de su persona como así aconteció muchas veces. La madera había de ser liviana, mortificada de cortes y muescas, tomadas con cera, para fácilmente romperse y no lastimar la mano, y como había de procurarse que el ástil fuese astillante y bronco, era cosa de gran lucimiento oír resonar el chasquido del rejón roto y ver caer al toro. El rejón

no debía llevarse sujeto á la mano con cinta ó fiador, porque en cualquier azar desgraciado quedaba embarazado funestamente el jinete, corriendo el riesgo de ser sacado de la silla ó sin poder al menos meter mano con presteza á la espada, si errando el golpe y embrocado el toro, era necesario acudir á las cuchilladas. La espada había de ser ancha y corta y de talle tal que pudiera manejarse con ligereza y acierto, hiriendo al toro bien de tajo ó bien de revés en los morros, partes de gran sensibilidad en estas fieras, y donde recibiendo tres ó cuatro golpes se duele mucho, y por rabioso que se mire se huye y desbarata. Si por desgracia el caballero cayese tenía que defender el puesto cobrando su caballo, sombrero, guante ó cualquier prenda que hubiese soltado. Por esto la capa no debía llevar fiador y poderse valer de ella inmediatamente. La ley era irse al toro revuelta la capa al brazo y la espada en mano hiriéndolo para tomar así venganza de su desafuero. Desbaratado el toro y huyendo no era permitido perseguirlo por el mal aire y poca gentileza en correr la plaza á pie. Esta razón prohibía al caballero buscar su caballo por la plaza para cobrarlo. El uso era que sus lacayos se lo trajesen al puesto que había defendido. Por este relato se echará de ver cuán poco en arte y en regla andaban los caballeros que rejonearon en la plaza en las últimas funciones reales corriendo de una parte á otra sin sombrero y habiendo alguno que salió de la plaza para tomar caballo. El caballero ofendido del atropello del toro debe tomar venganza de él, pero no descomponerse ni desairar su propia persona dejando para otra suerte y mejor lance el desempeñarse honrosa-

mente. El rejón al estribo se quiebra atravesado el caballo, esperando al toro que llegue á desarmar su derrote, clavándole en aquel propio punto el rejón y sacando al caballo batiéndole mucho de pies sobre la derecha para cortarle la tierra, midiendo muy bien los tiempos en todo, porque faltando en ello, aunque es suerte más fácil que la primera, suelen suceder atropellos y desgracias. La suerte de ancas vueltas, aunque es muy vistosa, raras veces se quiebra el rejón en ella, por no poderse el caballero valer de su arma sino al soslayo; por lo mismo los antiguos toreadores reservaban jugar este lance cuando roto el rejón seguía el toro al caballo, armándose fieramente para derrotar, pues guardándose la distancia conveniente, el toro que iba como peinando la cola del caballo quedaba burlado, llevando entre tanto sendos golpes en el rostro con la caña del rejón. Puesta así la suerte quedaba reducida á la de la varilla, que consistía en recibir al toro con cañas ó varas de pino preparadas de manera tal que astillasen y quebrasen prontamente, cosa que era muy de ver plantándolas en la frente del toro, el que embistiendo sobre la carrera dos ó tres veces hacía saltar la caña ó vara con gran contentamiento de los curiosos y espectadores. Hubo caballero que para tales regocijos entró en la plaza cuadrillas de librea de hasta cien lacayos. Las más comunes eran de veinticuatro ó doce, y ningún caballero se presentó jamás en plaza sin seis ó cuatro esclavos ó lacayos y otro lacayuelo vestido costosísimamente. Estos servían para dar los rejones al caballero, para cobrarle el caballo ó servirle otro nuevo y para desjarretar el toro. En aquel tiempo

los primores de los peones, sus recortes, juguetes, arponcillos, burlas y saltos no habían llegado al punto en que hoy se encuentran. Fué el caso que desde los principios del siglo XVIII los primores de la jineta y singularmente el torear, fueron quedando en desuso por el desdén con que la corte comenzó á mirar aquellos ejercicios, desdén que como siempre sucede lo aceptó y remedó inmediatamente toda la nobleza. Desde entonces los actores para semejantes luchas comenzaron á reclutarse sólo de la gente más rahez de las ciudades y mataderos por una parte, y por la otra de los jayanes membrudos y feroces que habían nacido y crecido en las llanuras de Castilla y soledades de Andalucía entre las ganaderías de toros y caballos: de estos se reclutaba la gente de á caballo y con los otros se formaban las cuadrillas de peones ó chulos. La suerte del rejón vino á ser menos frecuente y familiar, reemplazándose por la garrocha ó vara larga de detener. Este lance, desde el monte y los campos en donde era muy en uso entre los vaquerizos y yegüeros para apartar, castigar, derribar y rendir las reses, trasladado á las plazas y circos de los pueblos cautivó desde luego la atención de los aficionados. Es indudable que hay algo de portentoso y mucho de poder mirar el grupo de una fiera que rabiosamente y con irresistible impulso embiste á un jinete, pudiendo éste por su valor y destreza no solamente resistir aquel empuje y castigar á la fiera, sino burlarla también y salir del lance con gloria suya, dejando al toro sangriento y dolorido. En los primeros tiempos en que apareció esta suerte y como remedo de lo que pasaba en el campo y en los que en las plazas se miraban mejo-

res caballos que en el día, el lance se verificaba á caballo levantado. Era principio sentado como verdad del arte, que toda ofensa recibida por el caballo desde la cincha á la reata era azar no imputable al jinete, y que toda herida desde la cincha al pretal era prueba cierta de su poca pujanza y de ningún arte.

Desde que la corte tomó asiento definitivo en Madrid, las funciones de toros tomaron más regularidad y acaso mayor boato que en tiempos anteriores. La plaza mayor que se concluyó en mil seiscientos diez y nueve, ofrecía anchuroso y acomodado palenque para tales bizarrías. Con mil quinientos treintiseis pies de circunferencia, en ella cerca de doscientas casas, rasgadas estas, con quinientos balcones, y pudiendo acomodarse en circo tan espacioso cerca de sesenta mil personas, no podía imaginarse espectáculo más grandioso que una de aquellas corridas á que asistía el rey con la corte más numerosa y lucida que ha podido verse desde el imperio Asirio y Romano hasta el día, prodigando las riquezas de dos mundos en sus galas y arreos y presidiendo al pueblo más valiente y generoso de Europa. Al aparecer el rey en los balcones de su palacio de la Panadería y las damas en los demás que le estaban preparados, comenzaban á recogerse, despejando la plaza, la guardia Española y Tudesca compuesta cada una de cien hombres escogidos con sendas casacas coloradas con vueltas de seda pajiza y con bizarros sombreros á la chamberga de terciopelo negro. En aquel punto entraban en la plaza los mancebos cortesanos que viniendo desde palacio acompañando á sus Majestades y á las da-

mas, entraban á hacer terrero. Esta fineza y galanteo se reducía á pasear por delante de la corte y de las damas incesantemente revolviendo siempre el caballo de manera y postura tal que no pareciesen vueltas las espaldas á la corte, prosiguiendo en este fino ejercicio en tanto que el rey, la reina ó alguna de las damas autorizasen los balcones. Sólo era permitido apartarse del terrero bien para prestar socorro á algún caballero ó peón puesto en riesgo, ó para buscar alguna suerte en el toro, si la fiera no la había provocado en sus arremetidas y encuentros. Entre tanto la plaza se miraba regada por la manera que hemos alcanzado todavía en nuestros días, sino que cada uno de los veinticuatro carros que entraban simultáneamente para refrescar la arena venía cubierto de arrayanes, juncias y otras yerbas olorosas. Al propio tiempo entraban los demás caballeros que querían tomar parte en el festejo con sus cuadrillas y lacayos, y hecha la señal se soltaba el primer toro. Los lances se jugaban de la manera diversa que ya hemos apuntado y cuyos minuciosos pormenores se encuentran en los numerosos libros que de la materia se escribieron y todos por caballeros de la primer nobleza, bastando sólo el relato hecho hasta aquí para dar ahora una compendiosa idea de aquellos ejercicios. Como el objeto que llevaban los caballeros en dar muestras de su persona en tal teatro, era para alcanzar la benevolencia de sus reyes, el agrado de las damas por su esfuerzo y bizarría y el cariño del pueblo por el valor, no había caballero que allí se presentase que no hubiese ya adquirido razonable experiencia y habilidad, ya vaqueando en campaña rasa, ya ensayan-

dose en las funciones de aldea y ya probándose una y otra vez en los encierros y vistas. El encierro en aquel tiempo se hacía por la puerta de la *Vega* enchiquerándose los toros sobre poco más ó menos en el sitio que hemos visto en nuestros días, atajándose la plaza con andamios y catafalcos por el modo que todos conocemos. Acaso algún peón atrevido se arriesgaba á poner la lanzada de á pie que se ejecutaba poniéndose el atleta rodilla en tierra enfrente de la puerta del toril por donde disparado el rabioso y deslumbrado jarameño ó bien se embasaba sangrientamente por la cruel cuchilla que le asestaban, ó bien dejaba maltrecho al osado gladiador si este se conturbaba sin dirigir bien la lanza. Acaso también se le ofrecía estafermo ó algún dominguillo hecho de ligera lana ó de henchido odre con peldaños de plomo al rabioso toro, que pugnando por derribarlo sin alcanzarlo jamás, aumentaba su saña y su coraje. También le presentaban algún tonel de frágil estructura que desbaratado á las primeras arrebataidas daba paso á cien y cien gatos de furiosa condición, de diapasón horrible y desacordado y agudísimas uñas, que acometiendo al toro de desusada manera lo llevaban al extremo de la desesperación. Asimismo en la arena se practicaban burladeros ó caponeras en donde escotillonados los peones, con mil demostraciones provocaban al toro, quien asombrado de tal visión ora acometía ó derrotaba al aire y siempre en balde, ora acechaba armado para herir aquellos abortos de la tierra sin alcanzar nunca á los burladores obligándoles sólo á estar agazapados, asestando en tanto las astas por la tronera ó trampa en posturas asaz provocadoras

de la risa y el regocijo. Ya la chusma lo asaltaba con arponcillos que entonces sólo se clavaban uno á uno teniendo á veces la capa en la siniestra mano ó bien burlaban al toro con mañas distintas y engaños diferentes, pero no con tanta gracia y arte cuanto vemos campear hoy en los placeadores modernos. Cuando comenzaban tales bufonadas ó tocaban á desjarretar, los caballeros se retiraban desdeñosamente del toro, pues era cosa tenida por cierta que ni á toro rendido, cansado, mal herido ú objeto de tales burlas debía jugar lance ni ofender el noble y altivo caballero. Hemos indicado que estos ejercicios comenzaron á declinar desde principios del siglo XVIII por la ninguna afición que á ello manifestaba la corte francesa de Felipe V. Sin embargo, todavía en mil setecientos veintiseis se imprimió en Madrid la *Cartilla de torear á caballo*, escrita por don Nicolás Rodrigo Noveli, que según aparece era muy entendido en ambas sillars, y muy singularmente en la jineta. En los preliminares de su libro bien relata el autor que por lo raros que habían llegado á ser tales espectáculos en la corte se vió obligado á perfeccionar su afición en apartados lugares del reino, asistiendo á los festejos de toros en donde indudablemente se sostenía la afición antigua. El mismo Noveli dedica su libro al duque del Arco, á quien presenta como muy entendido en las dos sillars y diestro en los primores de torear, acompañando además una aprobación de don Jerónimo Olazo, caballero del hábito de Santiago, vecino de Peñaranda de Duero, y á cuyo dictamen y fallo da mucha autoridad el autor por la destreza, valor y gallardía del aprobante. Faltando á tales regocijos

y festejos el aliciente que prestaba la nobleza con su ostentación y valor, entraron á substituirlos en el entretenimiento del pueblo, como ya hemos dicho, gentes de otro jaez, tomando un estipendio por su arrojo y habilidad. Entonces los corredores y guardas del campo ataviados con su capote de monte, su justillo de ante y con montera ó sombrero vinieron con su vara larga á ocupar el lugar de los de la lanza y el rejón, y la gente menuda de la guifa y del matadero tomaban la figura de los antiguos lacayos, esclavos y sirvientes. Pero estos lograron dar al arte grandes adelantos. Francisco Romero, el de Ronda, inventó la muleta presentándose á matar el toro frente á frente y con el estoque en la mano. Su hijo Juan Romero y los hijos de éste, Francisco, Benito y sobre todo Pedro Romero hicieron llegar el arte hasta el punto de donde no es posible pasar. Costillares inventó la suerte de volapié. Juan Conde introdujo, y en ella nadie lo ha igualado, la del toro corrido. Cándido dejando el calzón y justillo de ante como traje poco galán y de poca bizarría, introdujo el vestido de seda y el boato de los caireles y argentería. El Licenciado de Falces con mil juguetes y suertes que ejecutaba, fué el primero que puso las banderillas de dos en dos, ejecutando la linda suerte de clavarlas al cuarteo. Delgado (alias *Hillo*) con su desgraciada muerte hizo más dolorosos los recuerdos de sus gracias y donaires con la capa y el toro. En la gente de á caballo se dejaron ver hombres gigantes por su poderío y fortaleza para rendir á un toro, así como Númidas ó Centauros para dominar y castigar al caballo. Los Marchantes, Gámero, Toro, Varo, Gómez, Juanijón, Núñez y el

caballero don José Daza se hicieron émulos en cuanto á castigar el caballo y rendir al toro, de las gentilezas de los antiguos Ramírez de Haro, Rojas, Aguilares, Andrades, Vargas Machucas, condes de Puñonrostro, y cien otros famosos por la agilidad de su lanza, sus bizarrías de á caballo y sus primores con el toro. Laureano Ortega se hizo inolvidable, no tanto por la gallardía de su persona y buen corte de su cara, cuanto por sus bizarrías con el caballo. Por el espacio de tres años y por entre los azares de cien y cien corridas se le vió sacar siempre salvo el caballo que montaba que era una famosa jaca mosqueada que la perdió al fin en la plaza de Cádiz. A Corchado se le vió matar un toro con lá pica que cebándola con rigor inusitado en el cervigullo del toro cada vez más feroz y rabioso, acabó por hundírsela toda en las honduras y matarlo. A los Ortices, á Míguez, á Sevilla y otros más los hemos alcanzado todos, dejándonos maravillados de su destreza, valor y pujanza. El escuadrón de esta gente que se formó cuando la batalla de Bailén dejando escarmentados á los franceses en Menjíbar y otras refriegas, da poderoso argumento para deducir el partido que sacaría la caballería de guerra, adiestrándola por la misma manera que nuestra antigua jineta y con la espuela y las prácticas que se conservan todavía en nuestros Llaneros de Castilla y Andalucía.

Si bien, como ya hemos apuntado, fué olvidando la nobleza poco á poco las galas primitivas de la jineta, no por eso faltaron de todo punto hartos caballeros que tomaron parte y afición á las trocadas y ~~nuevas~~ bizarrías del torear. Además del caballero

extremeño Daza, que ya referimos, hombre gentil y poderoso á caballo por todo extremo, aparecieron en Andalucía el famoso vizconde de Miranda, marqués de Torre Cuéllar y otros menos famosos que á pie y en el coso burlaban y mataban un toro como los mejores diestros de la época. El actual duque de San Lorenzo cuando sus verdes años alcanzó en Andalucía gran fama por los primores de su capa y al duque de Veragua lo hemos visto en nuestros tiempos burlar y rematar un toro con valor y gallardía. Esto prueba que las costumbres de nuestro pueblo por lo mismo de llevar en todo tal sello de valor, originalidad y bizarría, toman preferencia y alcanzan autoridad sobre los usos de la corte y los decretos y fallos de la moda. De cuantos personajes han tomado parte en esta clase de ejercicios, ninguno como el vizconde de Miranda ya citado. Su gala, su buen corte, su ánimo y su destreza rayaban á tal punto que le hicieron confesar muchas veces al famoso Pedro Romero, que no cuidándose de las glorias de sus demás compañeros de arte, sólo podían causarle envidia los triunfos del vizconde de Miranda.

El arte Tauromáquico que comenzó á descender desde la muerte de Delgado (alias *Hillo*) y porque la guerra de la Independencia dió empleo glorioso á cuanta gente de ánimo y brío se encontraba en el país, volvió á resucitar con las lecciones de Romero en Sevilla, y el ejemplo de Montes (alias *Paquiro*). La afición que estaba adormecida volvió á despertar con mayor fuerza, y en verdad se puede decir que hoy día se corren y juegan en España triple número de toros que ahora veinte años, habiéndose

alzado nuevas plazas por todas partes. No es este lugar á propósito para detenerse á defender el espectáculo Nacional de las acusaciones é invectivas extranjeras. En este punto son ellas tan apasionadas, tan injustas y tan palpitantes de ojeriza y envidia cuanto son odiosas y miserables las acusaciones que de otro género nos hacen. Los toros es un ejercicio arriesgado y en esto está su mérito: tal diversión exige grande agilidad y buena conveniencia y hermosa proporción en el trabajo de los miembros. En esto cabalmente se funda lo airoso y extremado de tales ejercicios: en ellos entra por parte principal y sin excusa el grande ánimo y esfuerzo del corazón: pero por esto es justamente por lo que son únicos para tales juegos los animosos españoles; pero concurrendo en un propio sujeto el valor, la buena proporción de persona y la habilidad y el arte, se encuentra tan seguro entre las astas del toro, como en los miradores de un balcón. Cuando estas tres cualidades, en verdad peregrinas, no se encuentran en el toreador en la debida y alta proporción que el caso requiere, no hay la menor duda que pueden verse siniestros y azares; pero siempre son lejanos y no computables por regla general. Pedro Romero bajó al sepulcro después de haber lucido su gala en toda España, habiendo hecho morder la tierra á cinco mil toros sin haber sufrido una cogida y sin sacarle una gota de sangre. Su alta estatura le hacía dominar la fiera: el buen corte de su persona le daba presteza de una parte y exactitud maravillosa para todos sus movimientos. La fuerza que mandaba en sus jarretes, le hacía siempre mejorarse sobre el toro, y con el poder de su muñeca remataba

instantáneamente al toro más pujante en cuanto la punta de la espada tomaba cebo en el cerviguillo. Si á esto se añade ánimo y corazón á toda prueba que no le dejaba conturbarse en medio del trance más peligroso, y arte y habilidad inagotables que le sugerían recursos en los mayores apuros, se tendrá idea de lo que fué aquel dechado y modelo del circo Español.

No hemos hablado y de propósito de la jineta Española, sino en lo tocante y que se refiere á los primores del torear. Para hablar de las otras gentilezas y ejercicios que en lo antiguo abrazaba tal arte y que cobijaba también la caza, la cetrería y ballestería, era necesario no ya el calibre de un reducido artículo, sino las anchas dimensiones de un libro. A pesar del desuso de los tiempos y de la superioridad que sobre la jineta últimamente tomó la brida, todavía las hermandades de Maestranza en las ciudades de Andalucía conservaron por mucho tiempo los recuerdos de aquellas caballerías españolas. Las parejas, las carreras y aun los juegos de cañas vivían todavía al principio de este siglo; y últimamente cuando la jura por Princesa de Asturias á nuestra Reina, aparecieron las Maestranzas en esta corte ejercitando sus nobles y útiles bizarrías. No ha habido partido en la tribuna, ni periódico en la prensa, ni hombre que haya asaltado el poder en estos últimos quince años, que no haya poblado el viento ó manchado largas columnas ó llenado los papeles oficiales de prédicas, lamentaciones, proyectos y medidas para fomentar las castas y mejorar la cría caballar. De tanta solfa como se ha cantado y de tantos registros como se han pulsado, na-

die ha indicado siquiera la única medida que sin lastimar derechos creados, ni proponer cosas que por difíciles son enteramente inaccesibles, pueden dar un resultado inmediato y poco costoso. No es otro el medio que el estimular el celo y la vanagloria de las Maestranzas para que vuelvan á poner en uso sus antiguos ejercicios avivando así la afición á los primores de las dos sillas, cosa que ha de dar por consecuencia inevitable el fomento de la cría caballar y la diligencia y cuidado conveniente para obtener buenos caballos. Las sociedades formadas para mejorar la cría, muy útiles sin duda y procurando grande honor á las personas que las han formado y puesto en buen concierto y organización, no producirán jamás el resultado general que se apetece. Los cruzamientos y combinaciones de razas que se verifiquen, abrirán grande campo á la observación de los curiosos é inteligentes; pero por lo mismo de ser esto tan costoso, los resultados no tendrán aplicación y jamás se conseguirá lo que debe desearse, que no es otra cosa que el mayor número posible de excelentes jinetes y de buenos caballos. Puesto que en Madrid residen siempre tantos caballeros de todas las Maestranzas y supuesta también la gran comunicación y movimiento que la capital tiene hoy con todas las provincias, fuera cosa así fácil como útil el que estos caballeros se reuniesen para repetir en Madrid los diversos ejercicios que les deben ser familiares como aprendidos y ensayados en sus respectivas Maestranzas. Esto daría más inmediato provecho y resultado que no los interminables decretos, instrucciones y reglamentos que de tiempo en tiempo vomitan desacor-

dadamente esos Ministerios y Secretarías. Más consideración ganarían las Maestranzas cumpliendo así con sus nobles y antiguos institutos, que no solicitando el fuero militar ó este ó aquel nuevo arrumaco en los uniformes, que así alteran su antigua y noble sencillez como los aparta del espíritu de la venerable institución antigua. Altos y entendidos personajes existen en nuestra grandeza que si á sus manos llegan estas observaciones podrán prestar al país más servicios desenvolviendo y aplicando esta indicación, que el Gobierno haciendo nuevas ediciones de errores ya conocidos, ó proponiéndose llevar á cabo propósitos dificultosos é imposibles.







## UN BAILE EN TRIANA

---

—¡Ay, señor mío!— respondió la Rufina María;— si son de Nigromancia, me pierdo por ellas, que nací en TRIANA y sé echar las habas y andar el cedazo y tengo otros primores mejores.

EL DIABLO COJUELO.—TRANCO. 8.

En Andalucía no hay baile sin el movimiento de los brazos, sin el donaire y provocaciones picantes de todo el cuerpo, sin la ágil soltura del talle, sin los quiebros de cintura, y sin lo vivo y ardiente del compás, haciendo compás con los dormidos y recompás, haciendo contraste con los dormidos y remansos de los cernidos, desmayos y suspensiones. El batir de los pies, sus primores, sus campanelas, sus juegos, giros y demás menudencias, es como accesorio al baile andaluz, y no forman, como en la danza, la parte principal. La *Gallarda*, el *Bran de Inglaterra*, la *Pavana*, la *Haya*, y otras danzas antiguas españolas fundaban sólo su vistosidad y

realce en la primera soltura y batir de los pies, y en el aire y galanía del pasear la persona.

Allí no había pasión, delirio, frenesí, como se pretende pintar en todos los bailes que desde muy antiguo han sido peculiares á España, singularmente en las provincias meridionales. Aquellas danzas tenían su lugar en la gala ceremoniosa del sarao; los bailes para el desenfado del festín, para la libertad del teatro. Sabido es que las saltatrices y bailarinas españolas, singularmente las cordobesas y gaditanas, eran las más celebradas de cuantas se presentaban en los teatros de la gentífica Roma; y tal habilidad y lo picante de los bailes, se han ido transmitiendo de siglo en siglo, de generación en generación, hasta nuestros días. Acaso la configuración de la mujer andaluza, de pie breve, de cintura flexible, de brazos airosos, la hagan propia cual ninguna para tales ejercicios, y acaso su imaginación de fuego y voluptuosa, y su oído delicado y sensibilidad exquisita la conviertan en una Terpsícore peligrosa para revelar con sus movimientos los delirios del placer, en sus mudanzas los diversos grados y triunfos del amor, y en sus actitudes los misterios y bellezas de sus formas y perfiles. De cualquier modo que sea, ello es, que estos bailes andaluces siempre mueven y fijan la curiosidad del extranjero que una vez los llegó á ver, y jamás sacian la ambición del que, por haber nacido en Andalucía, siempre los tuvo bajo su vista.

Pero de todo aquel país, Sevilla es la depositaria de los universos recuerdos de este género, el taller donde se funden, modifican y recomponen en otros nuevos los bailes antiguos, y la universidad donde

se aprenden las gracias inimitables, la sal sin cuento, las dulcísimas actitudes, los vistosos volteos y los quiebro delicados del baile andaluz. En vano es que de las dos Indias lleguen á Cádiz nuevos cantares y bailes de distinta, aunque siempre de sabrosa y lasciva prosapia; jamás se aclimatarán, si antes pasando por Sevilla no dejan en vil sedimento lo demasiado torpe y lo muy fastidioso y monótono, á fuerza de ser exagerado. Saliendo un baile de la escuela de Sevilla, como de un crisol, puro y vestido á la andaluza, pronto se deja conocer y es admitido desde Tarifa á Almería y desde Córdoba á Málaga y Ronda. Ni por el continuo aluvión de nuevos bailes, ni de la recomposición de los unos, ní de la fusión de los otros, dejan de existir siempre los recuerdos y las imágenes más vivas de la antigua *Zarabanda*, *Chacona*, *Antón Colorado*, y otros mil que mencionan los escritores desde el siglo xvi hasta el presente, desde Mariana hasta Pellicer. En el moderno bolero se encuentran recuerdos de aquellos bailes, y una de sus mudanzas más picantes conserva todavía el nombre de la *Chacona*. El *Ole* y la *Tana* son descendientes legítimos de la *Zarabanda*, baile que provocó excomuniones eclesiásticas, prohibiciones de los consejos, y que sin embargo, resistía á tantos entredichos, y que si al parecer moría, volvía á resucitar tan provocativo como de primero. No hace muchos años que todavía se oyó cantar y bailar, por una cuadrilla de gitanos y gitanyillas, en algunas ferias de Andalucía.

Estos bailes pueden dividirse en tres grandes familias, que según su condición y carácter pueden ser, ó de origen morisco, español ó americano. Los

de origen español pueden conocerse por su compás de dos por cuatro, vivo y acelerado, que se retrae por su aire antiguo al *Pasa-calle*, y que, cantado en coplas octosílabas de cuatro ó cinco versos, se parecen mucho á la jota de Aragón y de Navarra. Los de alcurnia americana se revelan por su mayor desenvoltura, como provinientes de pueblo en que el pudor tenía pocas ó ningunas leyes; pero entre todos estos bailes y cantares merecen llamar la atención (del que al través de estos usos y diversiones trate de estudiar el carácter de los pueblos y las vicisitudes que han corrido), los que conservan su filiación árabe y morisca. Estos se descubren por la melancólica dulzura de su música y canto, y por el desmayo alternado con vivísimos arrebatos en el baile.

Desde luego haremos notar que la *Caña*, que es el tronco primitivo de estos cantares, parece con poca diferencia la palabra *Gannia*, que en árabe significa el canto. Nadie ignora que la *Caña* es un acento prolongado que principia por un suspiro, y que después recorre toda la escala y todos los tonos repitiendo por lo mismo un propio verso muchas veces, y concluyendo con otra copla por un aire más vivo, pero no por eso menos triste y lamentable. Los cantadores andaluces que por ley general lo son la gente de á caballo y del camino, dan la primer palma á los que sobresalen en la *Caña*, porque viéndose obligados á apurar el canto, como ellos dicen, ó es preciso que tengan mucho pecho y facultades, ó que pronto den al traste y se desluzcan. Por lo regular la *Caña* no se baila, porque en ella el cantador ó cantadora pretende hacer un papel exclusivo.

Hijos de este tronco son los oles, las tiranas, polos, y las modernas serranas y tonadas. La copla por lo regular es de pie quebrado. El canto principia también por un suspiro, la guitarra ó la tiorba rompe primero con un son suave y melancólico por *mi menor*, pasando alternativamente y sin variación la mano izquierda de una posición á otra, y la derecha hiere las cuerdas á lo rasgado, primero por lo dulce y blando, y después fuerte y airadamente según la intención y sentido de la copla. El cantador ó cantadora entra cuando bien le parece, y la bailadora con sus crótalos de granadillo ó de marfil, rompe también sus movimientos con la introducción que tiene toda danza ó baile, que allí se llama paseo.

Y son muy de notar por cierto los toques y particularidades de este canto que por lo mismo de ser tan melancólico y triste manifiesta honda y elocuentemente que es de música primitiva. En él es verdad que no se encuentra el aliño, el afeite ó la combinación estudiada é ingeniosa de la nota italiana; pero en cambio ¡cuánto sentimiento, cuánta dulzura y qué mágico poder para llevar al alma á regiones desconocidas y apartadas de las trivialidades de la actualidad y del materialismo de lo presente! Por eso el cantador arrobado también como el ruiñeñor ó el mirlo en la selva parece que sólo se escucha á sí mismo, menospreciando la ambición de otro canto y de otra música vocinglera que apetece los aplausos del salón ó del teatro, contentándose sólo con los ecos del apartamiento y de la soledad.

Al entrar en la copla el cantador, entra en mudanza la bailadora, ya sola, ya acompañada con su pareja, y los tocadores imprimen en las cuerdas aque-

llos sonos que más les sugiere su buen gusto y su sensibilidad. En aquel punto el que baila, el que canta, y el que toca se unen en un propio sentimiento, se arroban, se entusiasman, y este con sus trinos, aquella con sus movimientos, y el otro con sus suspiros y gorjeos tristísimos, de tal manera arrebatan á los concurrentes, que todos prorrumpen en monosílabos de placer y en gritos de entusiasmo. Acaso algún decano ya por sus años, ó por su voz averiada, derribado de la plaza de cantador, ú otro aficionado que espera su turno para dar vuelo á su copla, con los dedos sobre la mesa, ó con las palmas en alto, llevan el compás y medida de la orquesta, no perjudicando lo rústico de la traza, al buen efecto y final resultado de aquella singularísima ópera,

Cuando los principales cantadores apuran sus fuerzas, se suspenden las tonadas y polos de punta, de dificultad y lucimiento, y entran en liza con la rondeña, ó granadina, otros cantadores y cantadoras, de no tanta ejecución, pero no inferiores en el buen estilo. Después de pasar varias veces de estas fáciles á las otras difíciles y peregrinas canturias, se ameniza de vez en cuando la fiesta con el canto de algún romance antiguo, conservado oralmente por aquellos trovadores no menos románticos que los de la edad media, romances que señalan con el nombre de *corridas*, sin duda por contraposición á los *polos*, *tonadas* y *tiranas*, que van y se cantan por coplas ó estrofas sueltas. Acaso en estos romances se encuentran muchos de los comprendidos en el Romancero general, en el Cancionero de romances y otros, y acaso se conservan también algunos, que

no se hallan en semejantes colecciones, pero que, á pesar de las mutilaciones y errores que tienen, revelan desde luego pertenecer al mejor tiempo de nuestra poesía peculiar. ¿Por qué se han conservado en Andalucía, mejor que en Castilla ú otras provincias, estos cantares y romances? ¿Cómo es que preciosidades de literatura y costumbres tan interesantes no se han recogido en las antiguas ó modernas colecciones? Una respuesta sola hay para esto... la música oral los ha conservado así como los cánticos de Escocia y la poesía de otros pueblos. El averiguar por qué en Andalucía se conserva más resto de costumbres antiguas, más tradiciones caballerescas que en otras provincias antes restauradas de los moros, fuera asunto para una curiosa disertación.

En tanto hallándome en Sevilla, y habiéndoseme encarecido sobremanera la destreza de ciertos cantadores, la habilidad de unas bailadoras, y sobre todo, teniendo entendido que podría oír algunos de estos romances desconocidos, dispuse asistir á una de estas fiestas. El *Planeta*, el *Fillo*, Juan de Dios, María de las Nieves, la *Perla*, y otras notabilidades así de canto como de baile, tomaban parte en la función. Era por la tarde, y en un mes de Mayo fresco y florido. Atravesé con mi comitiva de aficionados el puente famoso de barcas para pasar á Triana, y á poco nos vimos en una casa que por su talle y traza recordaba la época de la conquista de Sevilla por San Fernando. El río bañaba las cercas del espacioso patio cubiertas de madreseñas, arreboleas y mirabeles, con algún naranjero ó limonero en medio de aquel cerco de olorosa verdura. La fiesta

tenía su lugar y plaza en uno como zaguán que daba al patio.

En la democracia práctica que hay en aquel país, no causó extrañeza la llegada de gente de tan distinta condición de la que allí se encontraba en fiesta. Un ademán más obsequioso y rendido de parte de aquellos guapos, llevándose la mano al calañés, sirvió de saludo, ceremonia, introducción y prólogo y la fiesta proseguía cada vez más interesante. Entramos á punto en que el *Planeta*, veterano cantador, y de gran estilo, según los inteligentes, principiaba un romance ó *corrida* después de un preludeo de la vihuela y dos bandolines, que formaban lo principal de la orquesta, y comenzó aquellos trinos penetrantes de la prima, sostenidos con aquellos melancólicos deijos del bordón, compaseado todo por una manera grave y solemne, y de vez en cuando, como para llevar mejor la medida, dando el inteligente tocador unos blandos golpes en el traste del instrumento, particularidad que aumenta la atención tristísima del auditorio. Comenzó el cantador por un prolongado suspiro, y después de una brevísima pausa, dijo el siguiente lindísimo romance, del conde del Sol, que por su sencillez y sabor á lo antiguo, bien demuestra el tiempo á que debe el ser.

## ROMANCE

Grandes guerras se publican  
Entre España y Portugal;  
Y al conde del Sol le nombran  
Por capitán general.

La condesa, como es niña,  
Todo se le va en llorar.  
«Dime Conde, cuantos años  
Tienes de echar por allá».  
«—Si á los seis años no vuelvo,  
Os podréis, niña, casar».

Pasan los seis y los ocho,  
Y los diez se pasarán,  
Y llorando la Condesa  
Pasa así su soledad.

Estando en su estancia un día,  
La fué el padre á visitar.  
«¿Qué tienes, hija del alma,  
Que no cesas de llorar?»

«¡Padre, padre de mi vida,  
Por la del santo Grial (1),  
Que me déis vuestra licencia  
Para el Conde ir á buscar».  
«—Mi licencia tenéis, hija,  
Cumplid vuestra voluntad».

Y la ondesa, á otro día,  
Triste fué á peregrinar.  
Anduvo Francia y la Italia,  
Tierras, tierras sin cesar.

Ya en todo desesperada  
Tornábase para acá,  
Cuando gran vacada un día  
Halló en un ancho pinar.

«Vaquerito, vaquerito,  
Por la Santa Trinidad,  
Que me niegues la mentira,

---

(1) *Grial* significa *plato*; el santo *grial* es sin duda la *patena*, y la del mismo no puede ser otra cosa que la *hostia*.

Y me digas la verdad :  
¿De quién es este ganado  
Con tanto hierro y señal?»

«—Es del Conde el Sol, señora,  
Que hoy está para casar».

«—Buen vaquero, buen vaquero,  
¡Así tu hato veas medrar!  
Que tomes mis ricas sedas  
Y me vistas tu sayal».

Y tomándome la mano  
A su puerta me pondrás  
A pedirle una limosna  
Por Dios, si la quiere dar».

Al llegar á los umbrales,  
Véis al Conde que allí está,  
Cercado de caballeros,  
Que á la boda asistirán.

«—Dadme, Conde, una limosna».

El Conde pasmado se ha ;

«—¿De qué país sois, señora?»

«—Soy de España, natural».

«—¿Sois aparición, romera,  
Que venísme á conturbar?»

«—No soy aparición, Conde,  
Que soy tu esposa leal».

Cabalga, cabalga el Conde,  
La Condesa en grupas va,  
Y á su castillo volvieron  
Salvos, salvos y en solaz.

La música con que se cantan estos romances, es un recuerdo morisco todavía. Sólo en muy pocos pueblos de la serranía de Ronda, ó de tierra de

Medina y Jerez, es donde se conserva esta tradición árabe, que se va extinguiendo poco á poco, y desaparecerá para siempre. Lo apartados de comunicación en que se encuentran estos pueblos de la serranía, y el haber en ellos familias conocidas por descendientes de moriscos, explican la conservación de estos recuerdos.

Después que concluyó el romance salió la Perla con su amante el Jerezano á bailar. El tan bien plantado en su persona cuanto lleno de majeza y boato en su vestir, y ella así picante en su corte y traza como lindísima en su rostro, y realzada y limpia en las sayas y vestidos. El Jerezano, sin sombrero, porque lo arrojó á los pies de la Perla para provocarla al baile, y ella sin mantilla y vestida de blanco, comenzaron por el son de la rondeña á dar muestras de su habilidad y gentileza. El pie pulido de ella se perdía de vista, por los giros y vueltas que describía, y por los juegos y primores que ejecutaba; su cabeza airosa, ya volviéndola gentilmente al lado opuesto de por donde serenamente discurría, ya apartándola con desdén y desenfado de entre sus brazos, ya orlándola con ellos, como queriéndola ocultar y embozarse, ofrecía para el gusto las proporciones de un busto griego, para la imaginación las ilusiones de un sueño voluptuoso. Los brazos mórbidos y de linda proporción, ora se columpiaban, ora los alzaba como en éxtasis, ora los abandonaba como en desmayo, ya los agitaba como en frenesí y delirio, ya los sublimaba ó derribaba alternativamente como quien recoge flores ó rosas que se la caen. Aquí doblaba la cintura, allí retrepaba el talle, por doquier se estremecía, por todas

partes circulaba, ora blandamente como cisne que hiende el agua, ora ágil y rápida, como sílfide que corta el aire. El bailaror la seguía menos como rival en destreza, que como mortal que sigue á una diosa. Los cantadores y cantadoras llovían coplas para provocar y multiplicar otras mudanzas y nuevas actitudes. Este cantaba aquello de :

Toma, niña, esta naranja,  
que la cogí de mi huerto :  
no la partas con cuchillo,  
que va mi corazón dentro.

Otro lo de :

Hermosa deidad, no llores,  
de mi amor no tomes quejas,  
que es propio de las abejas  
picar donde encuentran flores.

El concurso se animaba, se enardecía, tocaba en el delirio. Una recogía la pandereta, y volviéndola y revolviéndola entre los dedos, animaba el compás diestra y donosamente. Aquel con las palmas sostenía la medida, y según costumbre ganábase, para después del baile, con el tocador, un abrazo de la bailadora. Todos aplaudían, todos deliraban. *Orza! orza!* decía el uno, *de este lado, bergantín empavesado!* Otro al ver y gozarse de un movimiento picante, en una actitud de desenfado: *Zas puñalada, rechiquetita, pero bien dada.* De una parte exclamaban, pidiendo nuevas mudanzas: *Máteme usted la curiana: hágame usted el bien parado!* de otra, que-

riendo llevar el baile á la última raya del desenfado: *Eche usted más ajo al pique! movimientos y más movimientos!...* ¡Quién podrá explicar ni describir, ni el fuego, ni el placer, ni la locura, así como tampoco reproducir las sales y chistes que en semejantes fiestas y zambras rebosan por todas partes, y se derraman á manos llenas y perdidamente! Después de esta escena tan viva, cantó el *Fillo* y cantó María de las Nieves las tonadas sevillanas; se bailaron seguidillas y caleseras, y Juan de Dios entonó el *Polo Tobalo*, acompañándole al final, y como en coro, los demás cantadores y cantadoras, cosa por cierto que no cede en efecto músico á las mejores combinaciones armónicas del maestro más famoso. Después de esta ópera toda española y andaluza, me retiré pesaroso por no haber podido oír los romances de Roldán y de Gerineldos, pues el tiempo había huído más rápidamente que lo que yo quisiera.

Alguno de los del festejo que por más cortesía quiso venir en mi compañía y conserva, entendiendo mi curiosidad que para ellos era una nueva obligación por ver la importancia que yo daba á tales cosas, me dijo con desenfado noble y con parla de la tierra: «padrino, no tome desabrimiento por tal niñería puesto que el romance de Gerineldos lo sé de coro y ya que no con discante y gorjeos, al menos se lo iré relatando al son y compás del pasitrote que llevamos». Que me place dije ansiosamente á mi acompañante: «pues oígame, padrinito mío, me respondió con agrado y así comenzó á relatar:

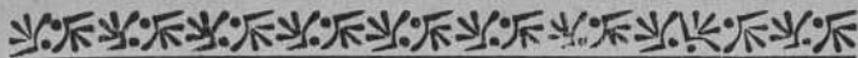
## ROMANCE

Gerineldos, Gerineldos,  
Mi camarero pulido,  
¡ Quien te tuviera esta noche  
Tres horas á mi servicio!  
— Como soy vuestro criado  
Señora, burláis conmigo.  
— No me burlo, Gerineldos  
Que de veras te lo digo.  
— ¿ A cuál hora, bella Infanta,  
Cumpliréis lo prometido?  
— Entre la una y las dos  
Cuando el rey esté dormido.  
Levantóse Gerineldos,  
Abre en secreto el rastrillo,  
Calza sandalias de seda  
Para andar sin ser sentido.  
Tres vueltas le da al palacio  
Y otras tantas al castillo.  
— Abráisme, dijo, señora,  
Abráisme, cuerpo garrido.  
— ¿ Quién sois vos el caballero  
Que llamáis así al postigo?  
— Gerineldos soy, señora,  
Vuestro tan querido amigo.  
Tomáralo por la mano  
A su lecho lo ha subido  
Y besando y abrazando  
Gerineldos se ha dormido.  
Recordado había el rey  
Del sueño despavorido,  
Tres veces lo había llamado  
Ninguna le ha respondido.  
Gerineldos, Gerineldos,  
Mi camarero pulido,  
Si me andas en traición  
Trátasme como á enemigo ;

O con la infanta dormías  
O el alcázar me has vendido.  
Tomó la espada en la mano  
Con gran saña va encendido  
Fuérase para la cama  
Donde á Gerineldos vido.  
El quisiéralo matar  
Mas crióle desde niño.  
Sacara luego la espada  
Entre entrambos la ha metido  
Para que al volver del sueño  
Catasen que el yerro ha visto:  
Recordado hubo la Infanta  
Vió la espada y dió un suspiro.  
Recordad heis, Girineldos,  
Que ya érades sentido,  
Que la espada de mi padre  
De nuestro yerro es testigo.  
Gerineldos va á su estancia  
Le sale el rey de improviso.  
—¿Dónde vienes, Gerineldos,  
Tan mustio y descolorido?  
—Del jardín vengo, señor,  
De coger flores y lirios  
Y la rosa mas fragante  
Mis colores ha comido.  
—Mientes, mientes, Gerineldos,  
Que con la Infanta has dormido,  
Testigo de ello mi espada  
En su filo está el castigo.

Justamente el último verso lo dijo el bardo de Triana pasando todos la puerta de este nombre para envainarnos por la calle de la Mar en donde ya fué preciso desmoronar la escuadra escogida de mis acompañantes, entrando yo en mi morada con los recuerdos y agradables ideas que estos cantos sugieren á la imaginación amante de tales báladas y tradiciones.





## BAILE AL USO Y DANZA ANTIGUA

---

El príncipe, el señor, el bien nacido,  
El galán y entendido,  
El resuelto y valiente  
Cogerá en el danzar gloria luciente,  
Que tan alta corona  
Grave, autoriza; airosa, perfecciona.

. . . . .  
Danzan las aves en el aire vago  
Y en el salado lago  
Y el bullicioso peze,  
Y el jabalí más trisca y se enloquece:  
Que en gozos celestiales  
Danzan las aves, peces y animales.

POESÍA ANTIGUA.

Bien así como tocábamos todos á los umbrales regalados de navidad, así también llegaban al zaguán mío las señales de benevolencia de mis amigos. Mas cuenta que como en nada puedo valer, ni tengo pizca que dar, se guardaron muy bien de encomendárseme en la memoria con pañuelos de Barcelona, ni con regalillos de Andalucía, ni chucheries de Valencia, y mucho menos con esas golosinas apetitosas mejicanas y peruleras, que tienen por divisa el castillo y el león. Todo se redujo á tres bille-

tes de diversas formas, aunque unísonos en la gallardía de la letra y finura del papel, que por contrarios registros me convidaban en una de las noches de Pascua para cierta diversión y sarao honesto y entretenido. El primer billete era de un honrado hortera, á quien conocí en la mercadería única de Jumilla, reino de Murcia, que aquí cayendo, allá levantando, ha formado muy gentil patrimonio entre los ingleses de Gibraltar y los españoles de las costas y fronteras. El tenor era el andante: *Mister Juanillo Paco Martínez y Fernández convida al honorable don N. para un té, puding y negus en la noche tal: se entonará The live the king, y se jugará un wisth, etc., etc.*—El segundo billete, que casi estaba en castellano, se relataba de este modo: *Le Chevalier Pedro Pérez Porras invita á Mr. N. al soiree que ofrece al círculo de sus conocimientos. La calzadura de balparé y el pantalón corriente ó coulant.*—El tercer papel escrito en papel rico de Capellades y con letra de la más hermosa forma del maestro Torío, me decía: *Don Jorge Robertson, del condado de Essex en Inglaterra, suplica rendidamente á don N. que le acompañe tal noche en tertulia: el agasajo comienza á las once, y espera de la cortesía de su amigo no ser desdeñado.*

Por cierto que extrañan mucho estos billetes viendo que el más castizo y español lo es el escrito por el inglés *don Jorge*, pero más se repararán y admirarán los oyentes y leyentes sabiendo que por curiosidad maligna ó por mi natural disonante y exótico, admití el convite del billete más revesado y extravagante; esto es, el del caballero *Pedro Pérez Porras*, á quien no quiero defraudar en nada omi-

tiendo la menor letra de sus nombres, prenombrados y con nombres. Llegado el día y hora me envainé el vestido de terciopelo frisado que estrené en las juras de Carlos IV, y con mis piernas encanutadas me conduje faustamente á la posada del convidante, que como otras de su clase se conocen por grandes y espléndidas con el distintivo de *hoteles*. ¡Qué idas, qué venidas, qué trasiegos del coche al suelo y qué revueltas del suelo al coche! La entrada se defendía con más contraseñas que la plaza de Figueras, y cada persona era avizorada, olfateada y examinada con más escrúpulo que fardo en almorzarifazgo, ó que joya de alquimia en mano de fiel contraste. En fin, vencidos tantos fosos y rebellines me instalé gloriosamente en el recinto privilegiado del baile, donde ya vagaban alegremente damas y mancebos al son de ministriles y chirimías. Nadie pondrá en duda que si el caballero Porras convida malditamente en español y si pone tarifa y practicas de trajes para la entrada en su sarao, con todo eso es magnífico y suntuoso, no contradiciéndose lo rico á lo elegante y de buen gusto. Amén de esto, en siglo en que cada cual toma de lo ajeno lo que puede para sus goces y placeres, edifica sobremanera el ver á un buen hombre que gasta largo, sólo en gracia y por fin de divertir á los otros. Esto lo encuentro sobremanera meritorio por cima de cuantos modernos escritores digan y mantegan que todo cuanto el hombre hace, es y lo ejecuta por interés propio ó por egoísmo, lo que es igual mirándolo por ese lado. La calle de la Montería, las tiendas del Carmen, los soportales de la Mayor todas cuantas bujerías, embelecos y tiritañas

se venden ó toman al fiar en el ámbito de Madrid se encontraban ambulantes y como con vida bajo mil formas, quier bellas, quier caprichosas, por el recinto iluminado de aquellos estrados y salones. Por más que digan filósofos tristes y saturninos que tanta beldad, que tanto amor, que tanto festejo y alegría no pueden despertar en la idea sino pensamientos severos y de aflicción, y por más que me canten la coplilla del Maestre de Santiago qué dice:

Los infantes de Aragón,  
Que se hicieron...

á mí no me la cuelan, que yo me dejo llevar del placer bonitamente, y á pesar de todo digo que no he de recordar ni la destrucción ni la muerte, por los ojos de la cara que me pidiesen. Esta buena y alegre condición mía no es sólo cuando me hablo y solazo con dama que no pasa de los 22, sino que es igual aun cuando en la bulla y danza tercié con galanes y señoras cuya edad se signifique por tres cifras. En este baile hallé fisonomías que si levantara la cabeza, le fueran ciertamente muy familiares al señor Felipe V; pero ¿qué importa? El arte, el rus, los epilatorios, los cosméticos y mil específicos que casi tienen la virtud de la piedra filosofal, han inmortalizado aquellas pieles abadanadas, más que zurrador el gamito de Flandes.

Por entre aquellas turbas divagaba yo oyendo aquí un requiebro, allá una cita, acullá un pese á tal, ó por allí una maldición cordial á sendo marido importuno, cuando al volver por un grupo de gar-

zones y muchachas que se emplazaban para el rigodón, tropezaron mis ojos con aquel vejete despierto y hablarín, aquel erudito de la danza que si el pío lector recuerda me dió la filiación del bolero con mucha salsa de noticias y curiosidades antiguas. Cogióme la mano afectosamente y díjome:

—¡Oh amigo mío! Usted ha sido de los beatos y escogidos, de los predestinados por Júpiter, y señalados con bola blanca por la fortuna, puesto que lo veo en gloria y majestad disfrutando de tanta delectación y encanto. Yo por mí, proseguía, le afirmo que si mis años copiosos me roban el gusto soberano de medir los pasos á compás, y moverme con medida y gracia me desquito en lo que puedo, acompañando á mi dulce tórtola (pues *laus Deo* estoy casado), y haciéndola bailar en cuantas danzas, saraos, bailes y tertulias tienen lugar entre conocidos y amigos. Mírela allí (y me señalaba con el index una linda mujer de 20 años) cuál se columpia donosa y vistosamente entre los brazos de aquel capitán de guardias. Ello es que nada puede hallarse que llegue donde rayan las excelencias del danzado, siendo indubitable según el sentir de doctores graves y emborlados, que la danza no es sino una imitación de la numerosa armonía que las esferas celestes, luceros y estrellas fijas y errantes traen en concertado movimiento entre sí.

Nadie negará, le respondí, que no venga ese arte de lo más alto y encumbrado que encontrarse puede, si como usted dice viene de las estrellas, y ya poco me falta para que crea que fué el Sol el primer maestro de danzas que tuvieron los hombres. — Caro amigo (me replicó mi viejo, y tomando el

micmo airecillo suficiente de marras), cuál fuese el primer maestro ó inventor de arte tan primoroso es punto que admite opiniones, dividiéndose el campo autoridades de mayor y superlativo empeño. Celio Rodiginio dice que Teseo, llevado de Creta á la isla de Delos, dió principio á la danza adiestrando algunos niños en tal arte. Otros afirman que fué Pirro; pero esto, á mi flaco entender, debe entenderse únicamente de aquel baile que por su nombre se llama *pirrichio*. Algunos sienten que la danza tuvo comienzo en Zaragoza; pero no señalan autor á quien se le pueda pagar patente de invento, y así es esta opinión muy desopinada, bien que á la que yo más me atengo es á lo que dice Aldrete, que este nombre de danza se ha tomado de *Dan*, capitán que fué, cual todo el mundo sabe, de una de las doce tribus. A este tal, echándole su bendición Jacob le llamó *Cerastes*, y se llamó *Dan Cerastes* desde entonces, como primero que dió reglas á la danza, y esto es muy de hacer y creer, como á las décimas se les llamó espinelas de su autor Espinel, y otros mil ejemplos que se pueden traer, llevar, citar, aducir y anotar... (1).

—No me lleve por Dios, le dije, á esas abstrucidades de erudición que de puro remotas pueden parecer gratuitas é infundadas, y véngase á terreno más llano y á región más conocida.

—Voy de un vuelo, me replicó mi catedrático sonriéndose algún tanto como dando algo de valor á mi ajustada observación y siguió relatando así: Fuera prolijo por cierto si hubiese yo de referir las

---

(1). Discursos sobre el arte del danzado, por Juan Esquivel Navarro.

danzas peculiares de cada pueblo y acaso tocaría en enojoso si quisiera comparar los compases, medidas y carácter de ellas con la condición y hábitos de las diversas naciones. En nuestra España puede decirse que, como en crisol en donde han venido á fundirse tantos pueblos y tantas razas y familias, se encuentran rastros, recuerdos y reliquias de las diversísimas expresiones que los hombres han adoptado para manifestar por el movimiento sus pasiones y afectos ora temibles y sangrientos, ora afables y voluptuosos. En la jota aragonesa y en otras danzas de Cataluña y el Pirineo se encuentra el compás los accidentes y las mudanzas de los bailes griegos. En las provincias vascongadas, y en esto camino de acuerdo con mi amigo Iztueta (1), vemos todavía y oímos en sus zorcicos y otras músicas marciales los destellos, ecos y reminiscencias de la música y de las danzas célticas é ibéricas. El crótalo que por todas partes de nuestras provincias se revela siempre bullicioso acompañando de diversa manera aunque siempre airosamente, las actitudes de la persona, nos recuerda en gran parte los festejos con que el pueblo del Lacio celebraba al dios de los jardines en los valles frondosos y apartados. Si damos un salto á nuestra morisca Andalucía nos encontraremos allí con la desenvoltura oriental, restos de las antiguas zambras casadas acaso con otros bailes venidos de las remotas partes de entrambas Indias. Es verdad, amigo mío, que el diluvio francés

---

(1) Guipuzcoaco Dantza etc.—Descripción de los antiguos bailes de Guipúzcoa, por D. J. I. de Iztueta.—San Sebastián 1824.

que casi ahogó nuestra nacionalidad en principios del pasado siglo, puso en olvido al menos en las clases elevadas estas tradiciones de las costumbres y usos de nuestras diversas provincias. El insulso minuet, el cansado pasopié, el amable la Bretaña y otros pasos franceses desterraron de nuestros salones los bailes y danzas de antigua alcurnia española, de que ya hablé á usted en buena ocasión; pero el genio del país que como elástica ballena se sacude y salta cuando menos se piensa, sirviéndole de poderoso resorte el más leve motivo, tomó muy pronto ruidosa venganza en cuanto al baile de la invasión francesa. Fué el caso que un don Pedro de la Rosa maestro de danzas y que viajó mucho tiempo por Italia regresando á España con mayores conocimientos en su arte, se propuso reducir á reglas fijas de baile nuestras seguidillas y coplas octosilábicas. Se dió tan buena traza en verdad, que las seguidillas y el fandango alcanzaron lugar y plaza en todas las funciones públicas, cerrándose siempre con ellos los grandes bailes como ahora con la grecca y el cotillón. Puedo asegurar á usted, prosiguió el viejo, que si queremos calificar debidamente el fandango, no tanto debemos escuchar los propios encomios cuanto las ajenas calificaciones, porque han de ser más imparciales. Lea, pues, en las aventuras de *Casanova* el juicio que formó de este baile al verlo ejecutar en Madrid en cierto sarao público, y sacará por el hilo de sus exclamaciones y entusiasmo las vivas y profundas sensaciones que hubo de probar gustando con los ojos y con el alma aquellos éxtasis, desmayos, arranques y furoros de la pasión y del placer que forman con el compás y la medida

y con las actitudes más apasionadas, la esencia y vida del fandango y demás bailes españoles.

A fe, á fe le aseguro, que si todavía tiene alma y vida nuestra nacionalidad hemos de ver puestas á trasmano estas danzas extranjeras que ve usted figurar ante sus ojos en este salón, resucitando si es que ya existió ó creándose si es que aun no ha vivido alguna danza española viva, sentida, gallarda y apasionada que dé al traste y ponga sello de olvido á tales bailes que más parecen concurso de estatuas silenciosas que proceden, que no á damas y galanes que se solazan con muestras de gentileza y gallardía.

Aquí llegaba mi orador, cuando terciando á la derecha y mudando conversación, los ojos fijos en aquella que me llamó su tórtola, díjome:—Más vagara por este punto tan del gusto mío, pero mi amada consorte ha quedado viuda, es decir, que la dejó su compañero pareja, y voy á entretenerla mientras halla otra distracción más amena que la de vuestro servidor marido suyo. Se disparó de mí, fuése, pero detúvose al medio del trecho, revolvióse para mí y añadió:—Vuesa merced se pierde de saber cosas mil, curiosas, así como de oír el romancete que principié de Brianda; pero si mi mujer logra un coloquio del caballero *P. Pérez Porras*, soy al punto con usted, pues le agrada á la muchacha por extremo su conversación y sus novelas. Las exageraciones y las novelas divierten mucho á las mujeres, ya que no por otra cosa, al menos por la parte que tienen de embuste y embeleco.







## GRACIAS Y DONAIRES DE LA CAPA

---

Después de cuanto he dicho por mi cappa, aun la ostrañas, y me preguntas qué como pude por ella trocar la toga? Qué mucho, si por ella tal vez se trocó el ceptro y la corona?

...Puesta la cappa en los hombros, como no es cerrada, puede derribarse del uno ó tenerse en ambos. Aunque se prende al coello, no le aprieta ni carga. No causa cuidado alguno de conservar fieles los pliegues. Fácilmente se toma, fácilmente se trae y fácilmente se dexa; con la misma facilidad se manda y maneja y con essa facilidad propia se adereza.

### LA CAPPA DE TERTULIANO, CAP. 5.

Dévese considerar que se podría el cavallero hallar con una de tres capas, ó capa corta, ó capa de luto larga, ó ferre-ruelo: si se hallase con capa corta, sea capa terciada, que es mejor: y soy de parecer que no le ponga fiador al cuello, porque parece muy mal en la carrera.

### EJERCICIOS DE LA GINETA, POR EL CAPITÁN VARGAS MACHUCA.

Muy de sobretarde entrábamos en Sevilla de vuelta de cierta partida de caza en Bollullos del Condado, seis compañeros alegres y regocijados, así por los buenos azares que hubimos en el monte, como por las pláticas agradables y un tanto chistosas con que logramos engañar las horas del cami-

no. Al atravesar Triana, don Juan, estrecho amigo mío y que tenía su posada al otro lado de San Román, volviéndose á los de la camarada les habló así:

Para hacer recuento y partija de nuestros despojos venatorios y refrescarnos algún tanto de la fatiga y cansancio después de despolvoreados, me ha encargado nuestro compañero (y me señalaba á mí como su faraute para esta ocasión) que ruegue á todos vosotros que entren en su casa, que la hallaremos al paso, en donde el solaz logrará aumento con algunas aguas heladas y conservas que nos servirán los insignes *Capita* y *Puntillas*, los dos fieles servidores del amigo *Solitario*, famosos por sus raras habilidades. Los camaradas fueron contentos en ello, y á los pocos minutos entrábamos todos por la cancela de la casa mía, que se cerró sonoramente detrás de nosotros en cuanto entró por su garguero el cabo que cerraba la marcha, que lo fué don Juan, pues yo me puse desde luego en la primera hilera para servir de guía y descubridor. Mis salas bajas se miraban regadas y preparadas al caso de aliviar el calor, el patio entoldado, los tiestos de azulejos con pinos, nicaraguas y albahacas, adornaban el fresco círculo de dos fuentes, cuyos surtidores moriscos casi bañaban el artesonado con sus cristales, y ancha mesa enmantelada limpiamente y cubierta de agua de limón, naranja, nieve y dulces, y un aparador refulgente con la cristalería necesaria y dos grandes globos de porcelana, en donde retozaban y zambullían lindos peces de oro y nácar traídos de los estanques del Alcázar, manifestaban bien que mis dos escuderos habían cumplido atildadamente,

cuando no excedido, la letra y espíritu de mis instrucciones. Mis amigos fueron dejando sus ricas escopetas por los rincones que más á propósito y á mano se les parecían, y en otra mesa que se dejaba ver larga pieza más allá de la que se ostentaba de tal manera á la vista, fueron dejando descuidadamente las bandolas, los frascos, los polvorines, las astas con cebo y las bolsas de municiones. Después se fueron sentando ó acaso reclinando por los sillones canonicales que de trecho en trecho se veían, ó por las banquetas de zaraza y crin que decoraban todo el recinto. Despojados de los pañolillos del cuello, rociada la cara y bien oreadas por el fresco ambiente que se respiraba en la estancia, nos pusimos al recreo del agasajo. En tanto era muy de ver la buena diligencia, gracia y destreza con que mis dos continuos *Capita* y *Puntillas* desempeñaban su cometido, estando en todo, escanciando el vino y las bebidas, pasando las macerinas, sirviendo los bollos y bizcochos, y todo este tráfigo y laboreo por la traza más singular de la tierra, pues *Capita* tenía terciada la capa, que en verdad sea dicho, para nada le empescía ni jamás lo tropezaba, y *Puntillas*, moviéndose como una lanzadera vivaz y bien disparada, ostentaba en su boca allá hacia la región izquierda y casi al cerrar los labios sus perfiles, un cabo de cigarro, que según lo bien y seguro que seguía todos los movimientos, no parecía sino que era parte integrante de la boca, y que no podía desprenderse, caerse ni enajenarse de su lugar, sin previa discusión y consentimiento de toda aquella máquina humana. Aunque nadie se daba por admirado ni fijaba su atención sobre visión semejante ni traza

tan extraña, consideré yo por conveniente darme por entendido de tal singularidad poco respetuosa, y así desde mi sitio de rey de la compañía alcé la voz y dije:

«En verdad, señores, que por grandes que sean los fueros que la democracia práctica de nuestra Andalucía pueda dar y conceder á los criados buenos y antiguos de las casas, no creo que alcancen jamás á permitir la llaneza casi irrespetuosa con que este par de buenas maulas nos sirven y nos tratan. Por cierto que tal no esperaba yo del buen instinto de *Capita*, ni de la discreción de *Puntillas*.» Apenas hube dicho estas palabras, el primero de los interpelados tiró con desenfado y gentileza la capa en el rincón más próximo (el otro escupió el cigarrillo) y aquel en tono asaz suave y de afecto me dijo: Señor, nosotros (pues aquí tomo la voz y nombre de mi compañero) hubiéramos aquí desempeñado nuestro menester doméstico, sin nuestros adherentes respectivos: es decir, yo sin la capa y mi camaradilla sin el cigarro, si en la mesa hubiéramos visto algún extranjero, ó este y aquel español llamado y aficionado á las cosas de fuera, ó si tuviéramos ante los ojos á algún forastero ó personaje extraño pero en mesa y cónclave en donde toman asiento y en ton y son de regocijo y algazara, don Juan Ariurta, don Félix Marmolejo, don Alfonso Farfan, don Carlos Sayavedra y don Fernando Laso, reyes de Sevilla y gala y flor de la gente legítima de la tierra creímos y tuvimos por cierto, estar obligados á no abandonar ni la capa, ni el cigarro, así por feudo nuestro como por gentileza de todo nuestro bando, ya que se va maleando, ahilando y co-

rompiendo de años acá... Tiene razón el señor *Capita*, amigo *Solitario*, dijo don Juan, y puesto que la ocasión se presenta por el capote, y ninguna otra recreación se presenta por esta noche, sino el ir por último á descansar en diez horas de cama los ocho días en que hemos fatigado esos montes y serranías, perdamos útilmente las dos que quedan de aquí á las diez oyendo como buenos discípulos y escolares de boca de estos dos catedráticos, lo que se les alcanza y saben de virtudes y excelencias de sus dos respectivos é inapreciables muebles y joyas, á saber: la capa y el cigarro, que más fácil será para nosotros deprender estos documentos (añadió sonriéndose y mirándonos á los demás) que no los *Vinios* en Maese Rodrigo ó la Universidad. ¡Qué nos place, exclamaron todos á una voz! Así sea, dije yo acomodándome en mi sitial y echando una ojeada de comando á mis dos sirvientes. *Asi sea*, dijeron sumisamente los dos, trayendo sillas para sentarse y, *Capita* que era el más Licurgo, después de bajar la cabeza como para ordenar su taravilla, levantó el rostro y con una volubilidad maravillosa, comenzó á decir:

A mí me llaman *Capita* por ser hijo de *Capota*, nieto de *Capisayo*, y biznieto de *Capazas*. Mis tíos los apellidaron por sus inclinaciones y habilidades *Capicuelgas* y *Rapicapas* con otros primos y entenados á quienes llamaban los *Capotes*, *Capotillos*, *Socapas*, *Capuces*, *Capotines* y *Recapotados*. Toda mi familia pues ha sido de los de *Capirote*, si es que exceptuamos á mi ante tío *Mendotiras* que engendró á *Mendotirillas* á quien luego rompieron en *Mentirillas*. Este fué padre de mi primo *Mentirón*,

padre de Mentirazas que todos han compuesto, formalizan y acolan genealógicamente en diversas ramas y descendencias, el árbol copiosísimo de los Mentirolas, Mentirolines y Mentiroletes que hace luengos tiempos alcanzaron y aun hoy alcanzan gran poder y valimiento en el redondel de España, singularmente desde que corre eso que anda desde 1843 acá, y de ellos muchos han sido ya diputados y casi todos ministros. Mi madre era también de la prosapia de los Capirotos, pues la llamaban Capelina y no Clavellina como malas lenguas dicen, y era hija de la Capisaya, prima de Capillera, sobrina de la Zurcicapa y más prima todavía de las Capiurdumbres y Caperas y Capoteras y Capiagarras.

Hijo Capita, le dije yo : no nos capees ni capotees más ; déjate de esos primores ociosos y trabalenguas y no andes por caballetes de tejado, antes bien vente por lo llano y liso y cumple lo que ofreciste en cuanto á garbo, gracias y habilidades de tu capa, y Dios sea con nosotros.

Pues adecuadamente voy camino de ello sin tocar en rama, respondió Capita, sino que he querido y tenido por conveniente, previamente y con antelación, por mi ascendencia, progenie y casta de donde vengo, probar, demostrar y no dejar duda de que soy la mapa y el maestro deputado, sin necesidad de examen ni juramento, para hacer hablar siete varas de paño y valerme de ella en toda laya de apuros y aflicciones, y que la capa me es á un propio tiempo lengua que habla, gala que adorna, arma que defiende y el instrumento más pintiparado\* de que valerme puedo en cualquier fregado en que mi per-

sona tome parte ya sea por lo alto y encopetado, ya por lo entreverado y medianil, y ya por lo humilde, raez y rastrero. La capa es la concha del hombre, el arrimo del pobre, la medicina del menesteroso, el sánalo-todo del enfermo, la guiropa del hambriento, el palacio del sabio, la estufa en el invierno, la garapiñera en agosto, y en una palabra, la carne y pulpa del hueso que se llama hombre, y el tuétano del hombre, que aquí hablando en poridad es un purísimo, durísimo y malditísimo hueso.

Capita, Capita, le dije interrumpiéndole, no te me vayas por esos trigos de Dios; amaina, amaina de tu taravilla y ciñete á lo que es justo y razonable. No queremos filosofías ni sutilezas y sí sólo deprender de ti las posturas, aposturas y composturas que tiene la capa.

—Pues ahí voy derecho como saeta, repuso nuestro catedrático; pero tratándose de una materia tan alta y ardua, tan peregrina y extraña, puesto que no sé haberse escrito de ella tratado ni manual alguno, no ha sido fuera de propósito antes de entrarme en harina, encabezar mi relación con algo de introito y de ante-zaguán; pero puesto que tales preliminares no petan ni parecen bien, allá los echo y entro en materia.

La capa después de la hoja de la higuera es la primera de la vestimenta humana, y por lo mismo siempre que los pintores y escultores representan al Eterno asomado por cima de la bola batahola que llamamos mundo, nos le pintan con una capa pasada por los hombros. Después cuando Noé se embriagó, la capa de su hijo...

Capita, hijo, le volví á decir, deja esas erudicio-

nes que en ti no sienten bien, y redúcete á representarnos aquí las lindezas, golpes, embozos y donaires de tu capa por el mejor modo que tú sepas y nada más.

—Pues á eso voy, respondió, y dejando aparte estas honduras diré, prosiguió mi paralisdero, que la española es la legítima heredera por línea recta y de varón en varón de la capa venerable de los profetas y de los filósofos antiguos, traída sin embargo al uso común de la vida, según los tiempos y las circunstancias sin afectación ni mujigatoria. Al llegar aquí me opongo y protesto contra todo el que prevenga, sostenga y mantenga que la capa puede confundirse y tener pariedad con el ferreruelo, el gabán, el capimonte, el albornoz y el manteo. Nada de eso, no señores; cada una de tales prendas y vestiduras podrán tener sus excelencias y virtudes, y otros escritores, pues escritores hay para todo, pueden ocuparse en esas elucubraciones y que el diablo sea sordo, que en cuanto á mí sólo me propongo explicar, enseñar, pintar y definir las galas, perfecciones, maravillas y portentos de la capa española, conservada en toda su pureza y esplendor en la ancha, rica, fértil, valiente, creadora, substancial, arrogante y poderosa Andalucía, madre, maestra y señora nuestra (y al decir esto Capita bajó la cabeza con cierta veneración y recogimiento). Después añadió: y la capa para ser capa no debe llegar á los tobillos, ni quedarse por sombrero de los muslos, que el alargarse allá es achaque de hábito, y el quedarse por aquí es cosa de tacañería y prenda rabicortona; ni debe exceder de siete varas, ni recortarse hasta las cinco de paño, que

aquello es embarazoso y de estorbo, y esto es perder la prosapia de capa y trasladarse á la estructura de mal capote. La capa, pues, para que obedezca hasta en sus mínimas y semínimas los pensamientos de quien traerla sabe, cual suele suceder al jinete con los caballos bien arrendados y embocados, debe estar muy hecha y ser algo manida, quiere decir, que su amo la ha de conocer por tacto, uso y costumbre de tiempo atrás, ha de ser cosa llevada y traída lo menos por seis meses y que haya dejado el husmo y lustre de la tienda, que es como si dijéramos perder el pelo de la dehesa, y en una palabra, debe haber pasado á ser mesmamente el tegumento y el pellejillo de la persona. En tal aliño y con tal son ya la capa está acorde y á punto de cualquier mandar y volunto del hombre. Por ejemplo aquí se ve la mía que no me dejará mentir, y dando gentil salto Capita hacia el rincón del aposento nos mostró con cierto aire de vanidad su capa, teniéndola primorosamente tomada por el cuello y levantando el brazo y aupándose después para que no besase el suelo. La capa en efecto, sin ser inválida, bien pudiera tenerse y jactarse de muy veterana. De pardomonte de Grazalema mostraba paño entre fino y treinteño y de á tres por púa; y muy suelta de haz y de envés pregonaba á voces que era dúctil y muy fácil para ceñirse el cuerpo, adecuada para el emboce, y pin-tiparada para los pliegues y despliegues. Después del alarde y muestra que de su alhaja hizo Capita, dió una media vuelta y la capa como por encanto vino á posarse suavemente sobre sus hombros, no de otro modo que el cimbel que anda revolando viene á reposarse en la pértiga, su habitual morada,

cuando á ella siente llamarse por la mano amiga. Capita sintiéndose bañado ya por su talar vestidura prosiguió delirando así: Héme aquí, señores, con el manto real de armiños de todo hombre honrado. La capa apenas me muerde los hombros y sin embargo se cuenta allí tan segura como si se sujetase con dos escafpías, y vean qué gentil escarceo armo con los pies (y era verdad que lo armaba), y observen qué desenfado en los movimientos (y no engañaba en lo que relataba), y atiendan qué devanar de brazo (y era muy cierto que los movía como molinos de viento); y miren siempre cómo á pesar de mi danzar de cuerpo, esgrimir de pies y bullicio de brazos me sigue siempre la capa, como la sombra al cuerpo, como el cuestor al contribuyente y como la cola al pájaro que vuela sin desampararlo nunca. Si á la distancia de cincuenta pasos, si desde el tercer piso de cualquiera casa me disparan un trabucazo de siete varas de paño, es decir, me escupen á la cara, con la capa mía no tengo más que perfilar este movimiento (y hacía un quiebro y desguince inexplicable) y *zas* sin mirar más en ello viene la capa á abrazarse amorosamente conmigo, como si fuese mi segunda mitad. Así pues (y sirva de voz de atención) esta es la posición natural de la capa (y diciendo esto requería el cuello con ambos los pulgares de las dos manos, y daba al cuerpo cierto aire galán y desembarazado).

Teniendo esta lección bien presente como que tal postura es la base y piedra angular del noble arte que profeso, entraremos ahora en la explicación didascálica de la capa.

—Didáctica querrás decir, Capita; le interrumpí, oyéndole su disparate.

Para mí, me repuso el maestro, tan disparate será lo uno como lo otro; pues yo lo que quiero decir, es explicación ó enseñanza y es más castellano. Siguiendo en mi discurso interrumpido, y cuidado que no gusto de interpelaciones, sentaré por principio que el arte de la capa se contiene en tres grandes secciones, mereciendo el estudio de cada cual de ellas la vida entera de un varón, sin excluir las hembras. Estas tres secciones en que se divide la ciencia, son la capa de rúa, la capa de toros y la capa de á caballo, abrazando todas tres el número de treinta y tres mil novecientas cuarenta y cuatro suertes y media y tres octavos, aunque en mi propósito no entra por ahora, sino el hablar de la primera sección que es la que enseña el arte de llevar y traer la capa, en los usos comunes de la vida.

—Paso por esta triforme división y hago la vista gorda sobre ese número excesivo de suertes, posturas y lances, dijo algo socarronamente don Juan Ariurta dirigiéndose á Capita; pero protesto contra esas fracciones de suertes, esos medios y esos octavos que para mí son cosas de dislate, cuando no supositicias y arbitrarias. Y no me apeará de tal convencimiento si no se principia la explicación por los quebrados, ya que en cuanto á los enteros ¿quién ha de tener paciencia ni posibilidad de escuchar una por una esa enumeración asombrosa de las treinta y tres mil novecientas cuarenta y tres suertes, y para cuyo conjunto ni aun se ha pedido la salvedad del error de pluma ó suma?

Capita miró atentamente á don Juan como maestro que ve con compasión el sentido voto del escolarillo que no cree á pie juntillas los aforismos y

preceptos, y dijo con severidad y magisterio: Hay sus fracciones en los lances de la capa como tienen sus quebrados los movimientos del cuerpo. Va un amigo á tomar la rosa que está en el pechero de una mujer y al tender la mano (y va de ejemplo) ve al marido ú otra bestia por el estilo que le sorprende la intención, y el hombre se queda así (y Capita daba á las manos, al rostro y á la persona toda, cierta actitud entre trágica y cómica), pues esto es quebrado de movimiento, porque no se perfeccionó la intención, se quiso y no se llegó á la gloria... Señores, dijo volviéndose con cierta impaciencia á los circunstantes, ¿no es esta la razón? Pues para acabar de ponerla de mi parte voy á dar fundamento de mi dicho y quiero antes de entrar en el menudeo de los treinta y tres mil novecientos cuarenta y tres lances hacerme cargo del medio y de los tres octavos de la suerte de la capa.

El medio justo y cabal en las suertes de la capa es cuando un hombre va á pasar el río y se lo encuentra al *endino* con agua bastante para los taberneros de Madrid y de Sevilla; es decir: capaz de endiluviar otra vez al mundo. ¿Qué hace el hombre? Toma su capa, la dobla boniticamente, se la echa al hombro como las argueñas de lego demandante (hay quien opina que si hay agua en demasía debe auparla á la cabeza) y pasa los raudales alzando los morros para no oler el feto del agua que para un aficionado siempre es perjudicial y mal sano. Esta es media suerte y nada más, porque si bien la capa va pegada al hombre, todavía no la ciñe, ni cobija, ni entra el arte por ella en nada.

—¿Y los tres octavos, alma de Caín, replicó don Juan?

—Tenga cuajo, señor don Juan, que según sus preguntas y retrónicas, repuso Capita, debe ser don Juan Clímaco. Tenga cuajo y deme lugar para que me descarte de mis palabras, que no soy talego ni costal que vomita de una vez. Los tres octavos de suerte con la capa son los siguientes :

—Se encuentra usted, por casualidad y nada más, en casa de malas mujeres, en la tienda de un montañés después de las diez en invierno y de las once en verano, ó en fin, se mira usted entretenido en mirar los pies de la sota ó los corvejones del caballo en alguna casa de diversión á quien los mal hablados llaman garitos, y *zas* llaman á la puerta... ¡la justicia! ¿Qué hace un hombre entonces? Si va á la puerta está tomada por el piquete; si va al postigo allí está el señor Lagrava, ó el señor Gálvez, ó el señor Campa; si se agachapa aquí, le husmean los alguaciles; si escabulle por allí ó por do quiera, me lo descubren ó me lo aciguatan, ¿qué hacer entonces un hombre listo y corrido, y que tiene en su capa no sólo su arrimo, su remedio, su redención, sino también sus alas? ¿qué...? Abre la ventana de la trastienda ó espaldas de la casa, si quier tal ventana estuviese á treinta estadios del suelo: abre la ventana digo: salta en la ceja y borde de allá, arroja la capa muy rebujada y formando tornos y espirales con ella, é incontinenti y súpito sanguino, se deja ir tras ella. La capa sirve de peana y sostén, y es como la nube de las glorias en los cuadros del señor Bartolomé, que no dejan desnucarse á los angelitos que van por el aire: la capa, digo, sirve de escotillón suave, de paracaída exquisito, de columpio apacible y aparato maravilloso y máquina de

descenso admirable que como el hombre siga bien la perpendicular sobre ella, y no se me ladee á derecha ó á izquierda, es cosa sabida, primero que siempre llega abajo y como no se rompa las piernas del todo al todo, suele escabullirse dejando á la justicia y á los señores de la policía con narices de tres palmos. Aquí hay tres octavos sin llegar á medio de suerte, porque si bien la capa juega siempre en el lance, va siempre fuera de la persona del justeante, confinando con ella siempre y no llegando nunca, hasta que tiene efecto el agradable caso de reunirse y consolidarse en uno el suelo, el diestro volador y las siete varas de paño. Queda desde luego sentado que en pizca alguna de lo por mi propuesto como doctrinal se encuentra nada que huela á supositicio ó arbitrario; pero dejando esta vereda de atraviesa de los quebrados para volver al camino real y entero de mi comenzado discurso diré: Que la primera sección en la materia de las capas se divide naturalmente en noventa y seis capítulos principales, que en cada cual de ellos se habla del manejo del susodicho mueble para alguna ocasión solemne y principal. El primer capítulo habla del paseo con capa natural; el segundo de las gentilezas de ella; el tercero de los embozos, rebujamientos y retapados; el cuarto del manejo de la capa por el espanto; el quinto habla del manejo de la capa en ataque y defensa: el sexto trata de capa en faena y tarea; el séptimo discurre sobre la capa puesta en huída; el octavo habla de los engaños y arterías que es permitido usar con la capa; el noveno de la capa de camino; el deceno de la capa de amoríos y quererres, el onceneno...

—Capita, hijo, le dije al ver semejante borbollón de doctrina; todos admiramos tu saber, el aparato científico de tus variados conocimientos, y más que todo esa feliz propiedad con que todo lo explicas; pero convencidos como ya lo estamos de tu erudición capil, nos contentaremos ahora con que nos expliques algunos de los lances que se contienen en cada una de las admirables divisiones que tan elocuentemente nos has hecho, y bueno está lo bueno.

Capita que entre sus muy muchas perfecciones contaba también con la virtud de una docilidad infantil siempre que el mandato concordaba con su voluntad y gusto, se avino al punto á mi indicación, y dando señal de asentimiento con la cabeza, empalmó el hilo de su historia con las siguientes palabras:

Veo que las honduras no gustan, que las cosas de migajón y substancia no alcanzan autoridad, y así hablando volanderamente diré que en el capítulo del paseo hay varias, múltiples y muy curiosas posturas, ya por lo formal, solemne y de oficio, y ya por lo usual y corriente; y en cada cual de estas clases hay sus diferencias y especiales actitudes, porque el paseo de este alcalde ó de aquella autoridad en nada debe frisarse ni confundirse con las vulgaridades del menestral, ni con las gallardías de los hombres bizarros y de empuje.

Hablemos con ejemplo que es lo más instructivo y estomacal: dijo Capita poniéndose en pie (y tomando dogmáticamente la capa se la pasó magistralmente sobre los hombros); después añadió: Figurémonos que vamos á esta procesión ó que celebremos en aquella demostración de júbilo la inau-

guración de tal ó cual ministro amigo. En el primer caso va la persona autorizada, ó el ricote, ó el sujeto de circunstancias con gran pompeo de esta manera (y se engallaba Capita como cabo de gastadores que marcha en el día de Corpus á compás regular), y dejando caer la capa naturalmente desde los hombros y sacando el antebrazo con el bastón de porra de plata en la mano debe ir de tal guisa con aire señoril (y se blandía Capita de persona) mirando de esta parte á la otra, y si tiene gafas es mayor la solemnidad hiriendo el suelo con el bastón pausadamente. Si es el festejante un regular, esto es: un parte de por medio, debe ir con gran recogimiento sujetando con el izquierdo (suple codo) el un embozo, y con la propia mano siniestra recogiendo pulidamente la punta del otro embozo, dejando como por ventana rasgada al descubierto el diestro lado, y con la mano derecha sacando la vela por la tal claraboya, perfilando un tanto la persona y volviendo la cabeza afectuosamente y con gesto melifluo hacia el santo de la procesión, ni más ni menos que los diputados de la mayoría se miran y engestan cuando de los bancos negros sale algún bombazo estupendo ó una graciosidad asturiana. En una palabra, así de esta manera... (y diciendo y haciendo Capita tomaba la actitud más regocijada y aviesa que puede encontrarse en las caprichosas imaginaciones del Boscho).

La capa (proseguía enhebrando Capita sus disparates) abriga en el invierno y refrigera en el verano. La habilidad del hombre es poner el punto en su punto: Señor, que canta la chicharra y se atufan los pájaros de calor, y como dice el boticario

que el *telómetro* sube á 35 grados; pues en primer lugar, saco si me da la gana la capa de rúa, de tafetanes ó de seda y luego volviendo los brazos atrás me llevo con las manos los embozos, sujetándolos con cierto remangue gracioso; así de esta manera, como médico que dice no quiero y pone las manos (y fingía los movimientos) y va un cristiano más fresco que la lechuga. Pues se le antoja al hombre ir con veinticinco grados y nada más de carbones; toma, ¿y qué hace? Se ciñe la capa pasando al siniestro, el embozo del lado derecho, muy recogido el vuelo y dejando al aire galanamente el brazo de la terribleza (derecho quiero decir) y va así gallardeándose como iba por la plaza en lo antiguo el señor Pedro Romero, y ahora mismamente el señor Paquilo y el Chiclanero. Pues vamos á que quiere ir al templo del mes de abril circumcirca: se emboza así con cierta holgura de modo y de manera que pueda alzar el pico al viento ó entornarlo según y conforme quiera, y no hay que decirle qué tiempo hace, pues va disfrutando la propia primavera. Pues vienen las sesiones de Cortes, es decir, que principian á llover sobre nosotros las contribuciones y las nieves como si fueran mal granizo y se mira uno hecho jamón de conserva de Trevélez de purísimo frío, ¿qué se hace entonces? Entonces se aguza el cuello de la capa, que es como las orejas del caballo, y se encoje el cuello humano correlativamente (la encogidura aquí es permitida), se largan los rizos del vuelo derecho de la capa con gran brío, se da el boleo con muchísimo del rigor, y saca el hombre el hombro izquierdo á verificar el embozo, y así que este llega á jurisdicción, aquel movimiento

que venía de la izquierda se trueca de revés y gira de la derecha al contrario y la capa con el aire y violencia que trae se liga, religa y ciñe al cuerpo tan ajustadamente, que queda el hombre como peón ó trompo envoltinado por la cuerda de diestro muchacho. Recogido así el aliento y la capa con tal forma, si anda un aficionado tanto como desde San Pablo al horno de las Brujas á mil cien pasos por minuto, llegará jadeando como mastín en el mes de agosto, aunque se haya venido á Sevilla toda la nieve de la sierra de Granada. Me sucedió á mi, y va de cuento, cierto caso aquel año de los fríos del año 30 que se helaba la candela en la chimenea, que prueba los calores que presta una capa jugada y ceñida por el estilo. Fué pues que me sentía todo morir de purísimo invierno y mes de enero, cierto día que de mi casa salí por dos pares de huevos de gallina inglesa (porque yo soy muy gallero) para echárselos á mi clueca. Tomé la mercancía, me embocé en mi capa, según la suerte ciento tres que acabo de explicar, y fué tal el hornito que me hice, que cuando llegué á mi casa ya habían cuajado los huevos, se empollaron y habían nacido los cuatro pollos y comenzaban á reñir. Bien es verdad que me detuve tres días en la Carretería con otros amigos, bebiendo mosto, sorbiendo vino, soplando ron y chupando resoli de tal modo que según inteligentes nadie nos hubiera asegurado de incendios ni al 90 por 100; tan cerca estábamos de una ignición espontánea.

Pero la gala de la capa está en el reñir, y en lo del comer por el espanto. Para reñir se pone la capa sobre la sangría del brazo izquierdo; se soslaya el

cuerpo, se sacuden los pies y se mantiene en la mano derecha llamada atrás, el mondadiente de Albacete ó de Guadix que no debe pasar de cuarta y media. Los pies en posición, la vista fija en la del contrario, llevando el escudo ó rodela pañil de este lado al otro, saltando como una pulga para reparar el golpe que venga, y dar el quite conveniente pasando como una lanzadera de aquí para allá, de allá para estotro lado, apuntando á arriba y dando el saetazo abajo, amagando á la cara y metiendo hierro en el bandullo y siempre la capa flotando como bandera en el aire, recogiéndose y dilatándose como serpiente negriparda, porque la capa en tales fregados debe tener tanta sapientiastucia, cuanta tuvo la serpiente en el paraíso (y Capita brincaba y se reparaba, y acometía y tocaba á retreta siempre con la capa revuelta al brazo, acudiendo donde mayor era la necesidad, que se perdía de vista en sus movimientos para los ojos del pensamiento, cuanto y más para los de la cara).

Ya con este picadero y enseñanza, prosiguió Capita, se puede comer por el espanto, trayendo á verdadero conocimiento y razón al picarillo que sea sardesco y vaya fuera de camino. Yo doy cinco de ventaja en palo y pinta al más pintado en esta materia. ¡ Si yo fuera ministro allá en las Cortes de Madrid! ¡ Cómo me guardarían el respeto los capataces de los gabachos y de los gringos! (Aquí se enfurecía Capita como un verdadero diablo). Que el uno se quería meter en lo temporal y eterno, tratando malos casorios y haciendo que se recargue el vino y que se pague más plata, me pondría en esta postura (y se abría de patas) delante de él metiéndole

la capa por los ojos, levantada en alto como debe estar el pabellón de España, y asestaría á los costillares con este alfiler que siempre me acompaña (y en esto blandía en efecto un ancho y luciente flamenco de puro acero, objeto artístico salido de las manos del tío Matute de Tolox). Pues que el otro quiere que nos vistamos á su gusto, y que el azúcar se compre caro y (yo, decía Capita, me excusaría de tomar cartas en este fregado si la azúcar no sirviese como sirve en efecto para el resoli y la mistela); ¿y quiere el gringo darnos papilla por estas circunstancias? me iría á él muy calladito y muy retrepado, ocultando mucho el hierro, le hablaría por la buena para que dejara habérmelas con el gachacho, y si no se venía á querer y me alzaba el gallo, zafarrancho de combate y le endilgaría cuatro puñaladillas ocultas que yo me sé y que no tienen quite, y no volvía el gringo á ver no ya al Manzanares, pero ni tampoco al Tajo. Y todo esto se hace de esta manera, y Capita tomaba tales aires y daba tal ira al gesto, y movía los miembros con tanta agilidad, presteza y arte, que en verdad era cosa para imponer respeto al más atrevido, aunque estuviese municionado con un cañón de á 24.

Pero como al lado de las valentías deben estar los amores, voy á apuntar aquí, dijo Capita, algo de los querer y del arrullar con la capa á las mujeres antes de irme en la materia por esos mares adentro. Un hombre menos que treinteno en los años, de buen corte en la perpendicular de su persona, quebradito de cintura y ojito negro, y con garbo y saber en los movimientos, debe ser y será siempre cazador famoso y de grande acierto para esto de atra-

par vivas, muy vivas las inocentes palomas de quince á veinte abriles que entre celosías y verjas se muestran en las rejas y balcones, siempre que á su capa el caballero, además de gentileza, le dé todo el tilín y significación debida. Cuatro rondas y paseos por la calle, y cuatro despliegues y embozos al enfrontar la reja para dejar ver la configuración del bulto, es el revuelo del cimbel que ya advierte á la individua del cual capítulo se trata, y es probado que ella nunca se equivoca por lerda que sea. La danza armada por este son entretenido, pide al momento el reclamo de la capa, que no debe ser menos eficaz que el canto de la perdiz desmachihembrada. Un embozo llevado á efecto desmayadamente, dice que hay mucho del querer; tres pliegues y rebozos hechos con aire é impaciencia señalan que la dificultad apura: el terciar la capa y luego abatirla es solicitar parlamento; el desembozarse y requerir el sombrero á renglón seguido con primor y dos dedos, es pedir celos; y si al requerimiento se deja el susodicho sombrero á medio mogate, ya es decir que habrá hollín y largo. Si la paloma á pesar de estas y otras amonestaciones y reclamos no hace más que arrullar sin tender el ala, entonces se apela al remedio heroico de *oxte y me mudo* que produce maravillosos efectos. Para esto no hay más que hacer el paseo de calle y al emparejar que empareja con la reja ó balcón, se acelera el paso, y desplegando un hombre la capa, lleva el embozo izquierdo sobre la derecha que es lo que se llama trocar los frenos, y esta significación de cambio hay pocas tórtolas ó calandrias que los sepan ó puedan resistir que verdaderamente se atortolan y encandilan de modo tal,

que vienen á dar en el señuelo y entrarse ellas mismas de por sí mansamente por las redes. Entonces, dijo Capita, entonces... Pero al llegar aquí, prosiguió, no debo pasar adelante sin hacer mención de que en este capítulo de los quererres, perdió la capa su más galán, gentil y entendido intérprete no ha muchos años en la persona de un bizarro caballero andaluz y criado entre Córdoba, Ecija, Cádiz y Sevilla, llamado tal de Saavedra. No ese que dejó de hacer buenas coplas para fraguar malas notas matrimoniales, sino aquel su hermano garrocheador de toros y rendidor de caballos, sí galán por la persona, la mapa y dechado de todo lo apurado y legítimo de esta tierra de Andalucía. Ninguno como él, señores, en esto de la capa para el arrullamiento, el reclamo, la notificación y el remate de los quererres. En fin, la presente compañía lo ha alcanzado como yo y esto me excusa de encarecimiento; pero sí relataré lo que le aconteció con cierta paloma blanca como la nieve, que moraba noblemente y sin cuidarse de amores en cierto sitio retirado y ameno de esta invicta ciudad. Ella era zahareña, esquiva y recelosa por extremo, y en vano empleaba el gentil caballero todos los buenos medios que la doctrina enseña para tales casos, sacando ora plumas de soldado; ostentando allá armiños de duque, derramando por aquí regalos y preseas y afectando á veces elegancias extrañas de París, Flandes y Milán; todo era en vano y la paloma manteníase encastillada y sola en su vivar escondida. Ni la capa en la silla jineta, ni la capa de toros (que también en ambas era extremado Saavedra) pudieron alcanzar deavecilla tan desdeñosa, otra cosa que un tanto de atención,

pero sin nada de reblandecimiento, hasta que á la fin y postre puso en obra aquel noble caballero los preceptos y doctrinas que acabo de exponer y comentar. Desde el primer punto principió á tomar cartas en el juego la hermosa avecilla desplegando su plumaje al viento, ufana cuanto espléndente, volando y revolando por fuentes, prados y espesuras, y cuando quiso separarse, y retraerse y decir nones y volvamos á empezar, de repente aplicó el astuto cazador la suerte del cambio del embozo, y con ella, *ella* se fascinó y la tomó el mareo y la fatiga del querer, y él comenzó á tener flux de sus amores y treintiuna de mano siempre que quería y tendía la manta. Aunque bueno es advertir que aunque *ella* era paloma blanca, jamás dejaba su palomar, teniendo por lo mismo el buen cazador que ir siempre prevenido de una escala de seda, de modo que él subía, ya que no volaba, y subía en verdad como buen grumete.

Y como si al lado de la valentía han de encontrarse los amores, á la vera de los querereres deben crecer las tretas y los engaños, viene pues adrede y muy al justo el que toquemos aquí algo de los graciosos disfraces, embustes y embelecocos en que con utilidad del hombre puede intervenir la capa.

Y no mencionaré aquí por muy sabido el lance del cautivo, que yendo á desbeber de sus aguas y lo están aguardando todavía, porque supo con su capa sostenida con un bordón y coronada con el sombrero, formar armadijo y traspantojo que lo representase en efigie y biombo, por detrás del cual pudo deslizarse por la tangente. Ni tampoco referiré uno solo de tantos sucedidos así de donaire como de en-

señanza que al caso pudiera traer, que diablos son bolos y pudiera ser que allí donde yo quisiera ofrecerme como el ameno y divertido, diera en la flor de hacerme el impertinente y causar el hastío. Mas á pesar de tan buen propósito, búlleme el papo por decir algo, y allá va una historia peregrina cuanto cierta y verdadera, que demuestra de claro en claro y deja ver por la transparencia del cristal que la capa ofrece un recetario poco menos rico que el que archiva la ciencia de gobernar ogaño, para esto de los embelecocos y engaños, aunque acaso no tan chistosos ni de tanta rara invención. Sucedió, pues, no ha mucho tiempo, que unos corsarios berberiscos quisieron dar rebato una noche obscura y tempestuosa á cierto rico lugar de la costa de Granada. Al saltar en la playa, además de aforrarse bien con sus gumías, alfanjes y espingardas, cada cual de ellos, morazos membrudos y descomunales, tuvo buen cuidado de prevenirse con su capa española, negra ó de color de tabaco para recatarse y desmentir su prosapia y vestimenta, si el caso lo requiriese. El caso llegó en efecto, pues los atalayas y corredores de la costa que divagaban por la lengua del agua, no tardaron en encontrar á los de la grey berberisca que al punto vinieron en conocer el pícaro trance en que su mala suerte los había puesto, si de él no los redimía alguna buena traza. La feliz estrella que siempre acompaña á los malos, se las facilitó en el momento, y fué de esta manera, que un renegado de los del año 43 que iba en la gavilla, les aconsejó que ciñesen bien las capas y que con los cuellos cubriesen en forma de capilla las tocas y capellares, endoctrinándolos para la ocasión. En efecto, los sol-

dados jinetes en cuanto llegaron á razonable distancia y dieron la voz tan conocida del *¿quién vive?*, preguntaron á renglón seguido *¿qué gente?* Y entonces todos aquellos buenos encapados respondieron en coro: *semos jrailes japuchinos que vamos á japítulo*, y avivando el paso y asentando decentamente su pintoresca capilla, logró aquella santa comunidad salir del peligro, y aun empleando otros engaños, y artimañas y disfraces, lograron quedar en estos reinos muchos de estos que entonces fueron turcomanos, kurdos, moros y jalofes, y han alcanzado á beneficio de la capa quedar entre nosotros, y gracias á Dios los poseemos en cuerpo y alma, y mandan y disponen quién por aquí, quién por allá, ora en Granada y Sevilla, ora en Galicia y Cataluña.

Pues vean vuesa mercedes, y entrando más en materia (proseguía Capita) de la manera que yo con mi capa asusto y *empavento* como decía la Calderi á los ministros de los ministerios de cualquier gremio y hermandad que sean. ¿Son progresistas? pues yo y otros muchachos nos ponemos á distancia por los cantones y esquinas y blandimos las capas como en la suerte del abrigo y empollamiento de los huevos, las embozamos con el mismísimo aire, de aire vendabal, sólo que levantamos el brazo derecho sobre la cabeza, y allí se arropan y enroscan en líneas espirales las capas, quedando los hombres cubiertas las caras, y presentando con tales corozas y capirotos de paño la propia efigie de los penitentes negros de Semana Santa en la procesión de Jesús de la Palma. Con tal disfraz piensan los ministros que ya está encima el tribunal de la Santa, ó

fingen que lo temen y piensan y arman el escarceo del Rosario de Cuevas Bajas. En cuanto al ministerio de la otra banda, les entra el reconcomio más fácilmente y por otra traza. Salen los muchachos de noche muy reembozados y muy recatados con las capas por los ojos y los brazos por debajo arqueados como cuando el barba Ramírez hacía los valentones en los sainetes, y se les ve venir, venir andando con pasos callados y volviendo la cabeza de una parte y otra con muchísimo del *cuidiao*, sin chistar ni rechistar, reportando el paso y luego comenzando á la propia tarea; pues héteme aquí que el fuelle de esquina da parte al sayón del barrio, quien la da al cómitre del cuartel, quien la traslada al mayoral de los alacranes, quien al secretario, quien al jefe, quien al ministro, quien á los otros ministros, quienes á la turba multa y non sancta y todos dan la voz, y todos corren la alarma, y todos chillan á grito: ¡ya están ahí, ya están ahí los pronunciados! y entonces comienza otro capítulo de la capa, capítulo que es de las fugas, escapadas, huídas, evasivas y chapescas.

Y me opongo (aquí tomó aliento Capita), me opongo á que al llegar á este trance dejen los aficionados, abandonen, tiren y arrojen sus capas para huir con más desembarazo. Esto es contra toda regla y precepto. La capa no estorba para correr, que el patriarca José á buen seguro que él la dejara cuando iba á huir á no habérsela empuñado aquella buena amiga de Putifar. Si la capa hemos probado que sirve á veces para volar, ¿cómo y con cuánta mayor razón no ha de ser parte para emprender y llevar á cabo una fuga provechosa, y aun de suma

honra para el fugitivo? De provecho porque la capa bien llevada ¿de cuánta rustiquez y gravedad no despoja y priva al palo ó latigazo que dispara á las espaldas algún brazo bocheador y desalmado? y de honra porque si los generales supieran á veces llevar bien el embozo de la capa ¿con cuánta decencia no podrían dejar el campo de batalla, así que la cosa caliente, sólo con embozarse y taparse la cara con siete varas de paño? Ahora no negaré yo que para esta evolución de la gran táctica se necesita ser maestro en toda regla, pues no hay nada de más fatal en las escapadas como el mal perjeño en las bizarrías de la capa. Por esto como dijo el otro, debe tenerse siempre ante los ojos aquel verdadero axioma: *la letra mata el espíritu vivífico*; es decir: si la capa está mal llevada y sin la pulidez conveniente, se enreda en la fuga como culebra entre los pies, y después de mil bamboleos y estropezones, al fin se da el formidable ta-legazo y el hombre es víctima; pero si el mueble cumple con las verdaderas condiciones de capa andaluza y el hombre es castizo, siempre que corre se pira y escapa, pues todo el método es el siguiente: afirmar las piernas y sobre todo principiar con tiempo.

En las huidas hay tres entonaciones, las carreras, las escapadas y las *chapescas*. Las carreras son el pan cotidiano del lance y como los primeros compases de todo baile público en las calles, singularmente en España. Muy poco curioso debe ser y sobrado enemigo de los juegos gimnásticos, quien no disfrute de este ejercicio saludable siquiera tres veces á la semana. Si está en Sevilla, con irse á la

retreta, á la Campana ó calle de la Sierpe, si en la corte con pasarse por la Puerta del Sol ó calle de Carretas, y si en cualquier otro pueblo con discurrir y vagar por la plaza ó recinto á ellas inmediato poco después de anochecido, disfrutará indudablemente, si es que ya no lo ha disfrutado mil veces, ó volverá á disfrutar de este agradable escarceo, y según las cosas pintan ha de ser el tal espectáculo muy repetido en esta temporada. No se necesita de gran escuela para la capa en esta suerte que verdaderamente no tiene malicia ni trascendencia. Así pues, no hay más que requerir bien el embozo; enfaldarse algún tanto los caídos, tanto con los codos cuanto con las manos y apretar del cuarto trasero, y ahilar ahilar sin descomponerse ni alborotarse mucho para correr, porque estos son chubascos veniales que pasan pronto ó que al menos dan mucho respiro; mas esto se deja al buen arbitrio del interesado, porque si desde luego quiere correr á todo trapo tiene carta blanca para ello.

En las escapadas ya es otra cosa, porque debe haber siempre é intervenir causa que caiga en pecho de varón constante. Las escapadas las pueden proporcionar ó las autoridades (método el más común), ó los muchachos de palo y gorrilla (esto aunque está dormido ahora, volverá pronto) ó cualquier particular que tenga algo de afición á tal espectáculo y que sea algún tanto avieso. La autoridad que es amable, puede proporcionar en verdad este espectáculo muy á menudo y sin gran desvelo ni desembolso: con hacer que los centinelas y guardias sacudan algunos mandobles á los estantes y tras-humanantes; con mandar disparar siempre por la ra-

sante para mayor inocencia, algunos tiros ó balazos ó soltar por las calles aunque no sea más que medio escuadrón de caballería que vaya jugando á cañas y alcancías con la lanza en ristre, ó bagatela por el estilo, la cosa es muy para ver. Ahora se ha puesto al uso otra lindeza y gala que es la de las partidas de capa, pero es método que pertenece exclusivamente á la invención, y por lo mismo es de la propiedad sola del ministerio de la Gobernación que tantos bienes ha producido ya y promete. Este es método menos solemne, pero más sencillo y manuable que los demás todos. En cualquier feria, reunión ó concurso van estos dependientes del ramo de fomento y de las mejoras materiales, así muy serios, seriecitos en regla. Por antojo ó improvisación comienzan á dar fomento en las espaldas del prójimo, á mejorarle las costillas al que ellos fallan por gibado ó mal hecho y se arma la danza más entretenida del mundo. Yo á fe de Capita siempre estoy en postura para la *escapada* desde la aparición de tal langosta. Y la flor es que como tal gurullada no trae insignia y distintivo, cuando acuerda el paciente ya está la granizada descargando. Decía cierto pobre francés, á quien por curiosidad lo entrecogieron en una de tales encamisadas y le solfearon soberanamente el dorso de su medalla, que los oficiales de justicia deben llevar la insignia de su ministerio, pues de otro modo no eran otra cosa que salteadores ó bandoleros. Yo creo que esto es muy sin razón y al fin murmuración de extranjeros, y que tales amigos deben considerarse sólo como amables burladores que á veces tiene chanzas y ocurrencias pesadas. Algunos muchachos han tomado

la consideración del francés por donde quema, la han comentado, y de todo han deducido que quien carece de distintivo, no tiene derecho á ser mirado como ministro de justicia ni por consiguiente á ser respetado, y que quien sin tales requisitos se propasa á vías de hecho, puede y debe ser repelido con la ayuda de cualquier argumento que acabe en punta.

En cuanto á las diversiones de los muchachos, aguardemos á verlas para calificarlas y vengamos á las escapadas que puede proporcionar ó improvisar cualquier aficionado por poca inventiva y chirumen que contenga en su magín. Hay, y pongo un ejemplo, un gran aluvión de concurrentes en esta ó aquella calle, en aquel ó estotro barrio, y se quiere muñir y algarazar la gente embebecida por la iluminación ó por la música; pues no hay más que tomar este buscapié, aquel morterete ó petardo, ó alguna bomba de pólvora y papel, sujeta y religada con hilo embreado y muy fuertemente; *zas* se pone en algún zaguán para que retumbe bien, si es que no se quiere situar, y es lo más provechoso, entre los pies de los divagantes y ociosos aunque sean hembras, y *fuf* se le pone algún tanto de fuego, cosa corta, así una pizca, asunto de nonada y chirinola, que como la pajolilla prenda bien, y el artefacto haga un traque barraque de á folio, verán ustedes estallar en *ca* reras las gentes y gozarán de una escapada legítima. Pero es receta de mayor efecto y más cordial la siguiente: Hay gran bullir de hombres y mayor rebullimiento de mujeres en alguna plaza, con mucho de yentes y vinientes, no pocos de salientes y entrantes y transeuntes y algunos acorri-

llados y parladores de manera tal que parezca la calle suelo plagado de hormigas, todos atraídos y convocados por la curiosidad de alguna procesión, ó el buen ver de alguna entrada triunfal de las muchas que hay y ha de haber; pues bien: va y toma el aficionado un cabritillo hijo de vaca y toro, y que sea mancebillo como de cuatro ó cinco años no más, y me lo suelta por donde más se angoste la calle y más se apiñe la gente, que como el animalito sea algo revoltoso y regocijado y comience á echar bendiciones con la cabeza, puede prestar rato de mucho gusto á los ojos y dar que contar y referir más á una lengua parladora y bien montada. Entonces es cuando se requiere de veras el arte de la capa; y en esto volvió á levantarse Capita y embrazó su mueblaje de paño; entonces, prosiguió, es para cuando se necesita de la retentiva y del sentido, y del mucho arte; viene el bullicio y los empujes y las arremetidas de esta parte pos, y va de ejemplo, y hay lugar para escapar: entonces se da un gentil arranque á los pies, embozándose antes por lo largo de manera que caiga mucho el rebozo derecho, y con la mano izquierda se levanta el diestro como si fuesen cola de nazareno y recogiéndola cuanto más pueda sale escapado de esta guisa. Y Capita poniedo en obra lo que enseñaba, se embozó de tal manera y comenzó á correr por la sala á lo largo y lo ancho y en todos sentidos, que no parecía sino legión de demonios, enfaldada la capa por tan buen estilo, que parecía servirle de máquina de vapor, que no de estorbo ó impedimento. Parando de pronto exclamó Capita ya entusiasmado, enardecido y hecho un energúmeno; pues en esta

placeta y claro me encuentro al cabritillo hijo de vaca y de toro y macebillo de cuatro á cinco años que ya ha volteado á cuatro pacientes y que con cada derrote llega á las ventanas del segundo piso, se mosquea y bufa y viene sobre mí y yo entonces... entonces así como lo siento y soslayando algo la cabeza como en la suerte del abanico del señor Montes, comienzo á gallearle. Se viene sobre el lado izquierdo husmeando la tierra y rascándome los falbalaes con la cornamenta, *zas* me cambio al costado derecho, se me viene sobre este, *zas* trasteólo al siniestro y *zas-zas*, *zas* le doy cinco pasos, y al sexto, *tras* me pongo la capa y... ¡Pesia á mi alma! Yo que me había hallado asaz tranquilo mientras duró la parte didáctica del cuento no pude menos de alterarme algún tanto en cuanto Capita comenzó á pintar al vivo y natural las suertes y lances del galleo y que lo veía pasando y repasando y sacudiendo de pies y estallando de persona, todo cerca del aparador cargado de la pecera de cristal y de las cuatro jarras de flores de porcelana y demás ornamentos y curiosidades de la salvilla. Desde luego al primer *zas* que correspondió ajustadamente al primer pase de capa, me pasó á mi por la mente el trabajo que iba á acontecer y se me quedó pasado el corazón de cierto presentimiento quebradizo. Al segundo *zas* me boté sin sentirlo de la silla, al tercero quise hablar y no pude, temiendo que mi voz apresurara el fracaso en lugar de evitarlo, al cuarto y quinto que cruzaron como relámpagos por mi mente, ya no vi nada pues cerré los ojos para no ver el horrible cataclismo que amenazaba, y al que hizo seis ¡ah! al que hizo seis, oí el verdadero y original sonido de

donde se ha copiado en el Barbero de Sevilla el fragor y estrépito de toda la cacharrería que Fígaro destruye adredamente. Abrí al fin los ojos y contemplé al pobre Capita enredado entre los travesaños del aparador y que en medio del Mediterráneo de agua que formaba el líquido vertido y de los peces saltando en derredor, parecía mismamente la ballena de Jonás, si no es que al verlo abrazado afectuosamente con su capa pugnando por recuperarse y levantarse, no se le tomara mejor por algún profeta que sobre su manto quería hender algún río ó brazo de mar.

Todos refan desesperadamente, y fué preciso seguir el ejemplo y aun yo tuve que mejorar el juego con estrepitosas carcajadas. Capita ya restaurado en su posición vertical, aunque algo doliente de este costillar y de la pierna izquierda, sin dejarse distraer por el encalle que había sufrido, y más enardecido y más en escena que nunca, proseguía:

—En cuanto á las *chapescas* que es la escapada elevada á la tercer potencia... calla, calla por Dios Capita, le dije yo, y no me disparates más, que ya estos señores, como yo, han formado juicio cabal y completo del arte que con tal habilidad y afición profesas. Empárchate si puedes esa pierna, embízmate esas costillas y asordínate por ahora ese pico de papagayo ó cotorra, que si la diversión ha de seguir todavía, *Puntillas* tu compañero será el que nos hará el gasto.







## FISIOLOGIA Y CHISTES DEL CIGARRO

QUE FORMAN BROCAO DE UNA Y OTRA HAZ, ÁGUILA  
IMPERIAL DE LOS CABEZAS Y HUEVO DE DOS YEMAS CON  
LOS DONAIRES DE LA CAPA

---

.....Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaban á sus pueblos mujeres y hombres: siempre los hombres con un tizón en las manos y ciertas yerbas para tomar sus sahumeros, que son unas yerbas secas medidas en una cierta hoja seca también, á manera de mosquete, hecho de papel de los que hacen los muchachos la pasca del Spiritu Sancto: y encendido por la una parte del, por la otra chupan ó sorben ó reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes, y euasi emborracha y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes ó como los llamaremos, llaman ellos tabacos.

LAS CASAS. HISTORIA GENERAL DE INDIAS

En cuanto á mi persona en cuerpo y alma, me llaman Puntillas, hijo de Puntales, nieto de Punzones y biznieto y tataranieto de los Puntas y Collares todos, que han militado en el barrio de San Bernardo en nuestra universidad de Sevilla. A mi madre la llamaron la Puntera, hija de la Punta-alegre y nieta de Tres Puntos, coligada por la sangre con

las Poncelas averiadas de Osuna y con las Punterolas, Repuntadas, Estrechipuntas y Puntilames que vivieron en Cádiz morigeradamente en lo que cabe, en ciertas casas bajas de techo pero de alta nombradía que se parecían en frente del castillo de Puntales, orillitas del mar y cerca del Ventorrillo del Tuerto. Dejando á cada cual de mis abolengos que prueben y motiven la legítima y originaria derivación de sus apellidos, en cuanto á mí yo sólo sabré decir que, si en retintín mi nombre puede hacer son con los que muestra mi esclarecida alcurnia, todavía me supe ganar yo por mis propios merecimientos el renombre de Puntillas, por la singular afición que desde tamañito saqué de buscar, allegar y hacer caudal de todos los cabos, restos, trozos, pedazos y puntas de cigarro que por doquiera hallaba. Mientras otros mis compañeros de inferior edad y más bajos pensamientos se enamoraban con fe ciega, pero no con menor afición de los pañizuelos, carteras, petacas, cartapacios y otras menudencias que se embozaban honestamente en este bolsillo ó aquella faltriquera, sacándolos de su morada sin venia y beneplácito del Gobernador ó Vicario, yo dando por insegura aunque muy sabrosa por lucrativa aquella nueva especie de corso, daba en tanto modesto entretenimiento á mi filosofía peripatética, paseando, discurriendo y divagando por entre los trebejos de los cafés y tertulias, y por entre los andenes y lunetas de los coliseos y teatros, dando agradable cebo así á esta nueva clase de caza y montería. Mis despojos y trofeos de tal mariscar, así contaban con muestras de los vegueros, paneteles, regalías y ciento en boca de la Habana como con retales de

toda laya de Virginia, rehuz y desperdicio del Brasil, y *Prayapreta*, retirándome casi siempre al reducido zaquizamí de mi chiscón con pañuelos colmados de estos tesoros. Todos ellos puestos al pique ya de sendas tijeras ó tajantes cuchillas, triturados debidamente, acribados con limpieza y pasando por la hábil manipulación de mi buen ingenio y arte, ofrecían agradable materia para los inteligentes que se embebecían de placer saboreándola en los pulcros, lindos y encanutados pitillos en que yo me la sabía embutir y acomodar. El buen crédito de mi mercancía aumentaba el de mi persona y ambos valimientos me alzaron á mayores y comencé á verme de mano á mano de una parte con los saboreadores del humo, *alias* fumadores, y de otra con los tratables y traficadores así marítimos como terrestres del precioso fruto de la Habana. Yo que en todo quiero tener suficiencia razonable en lo que trato y contrato para alcanzar autoridad, no sólo para con los otros sino también para mi dignidad propia, me propuse adquirir idoneidad exquisita en tan curioso y enrevesado ramo. Puedo decir en verdad que si daba feria á la mitad de mi mercancía, de la otra mitad era yo mismo el más goloso consumidor, pasándome las horas que no empleaba en mis excursiones y manipulación en quemar agradablemente mis propios pitillos entre los labios, dormidos casi los ojos en soñoliento placer y viendo desvanecerse en el espacio bien de la Puerta de tierra viendo jugar al sacanete y parar, ó en los garitos y casas de gente buena, las espirales caprichosas y azuladas del humo que se columpiaba y perdía mansamente. Aseguro en mi conciencia que si en los

tiempos del manco de Lepanto hubiera estado, cuanto lo está en el día, puesto en práctica y corriente el uso del tabaco, las trazas del señor Monipodio hubieran sido más fértiles y adecuadas y más listos y avisados habríanse dejado ver aquellas dos figuras de los señores Rinconete y Cortadillo que tanto nos edifican sin embargo á los que en siglos posteriores y menos afortunados seguimos su santo ejemplo con más devoción que fortuna por esta Tebaida de Sevilla, Cádiz y otras partes sin excluir á Ceuta. Cuando un hombre de sangre regocijada en las venas y con algo de chirumen en la cabeza va bebiéndose sabrosamente el espíritu de un cigarro, no haya miedo que le asistan sino pensamientos de grande alteza y utilidad, siendo mucho de notar que estos pensamientos crecen de importancia conforme el holocausto se va consumiendo, de manera que al llegar el cigarro á la cola presta al fumador la mayor inteligencia posible y se la monta, hablando con perdón, á la quincuagésima potencia. Para mí esto es tan cierto, que cuando Colón resolvió la posibilidad de un nuevo mundo y Hernán Cortés decidió la conquista de Méjico, si es que entonces no estaban ya en uso los cigarros, algo sin duda se chupaban entonces y no era el dedo, que es justamente lo que nosotros nos chupamos en la cuestión agradable que estamos viendo entre ese mismo Méjico y los Estados Unidos (severos moralistas como todos conocemos).

Esto os hará conocer, señores míos, que este chupe del chupamiento del cigarro va por encontrado camino en cuanto á resultas y efectos de la chupandina de las sabrosas salsas y succulentos bocados que

en otro tiempo era prebenda de cierta gente, que ya pasó, y que hoy disfrutan *mutatis mutandis* y todo es igual, los que han entrado en el goce y disfrute de las medias provincias que poseían los Carujos, Benitos, Bernardos, Jerónimos y demás amigos. Esta chupandina, según el decir de las gentes, daba crasitud á la humoración, prestaba obesidad al cerviguillo, pereza al entendimiento, tardanza á la imaginativa y mucho trastueque en las funciones del entendimiento, al paso que el regalado chupe de un cigarro despabila los sentidos, aviva el ánimo, regocija el alma y le sugiere los pensamientos más sutiles y los medios, no por ingeniosos menos adecuados, para llevarlos á provechoso cumplimiento. Esto es tan cierto que cuando yo recostado en el respaldo de alguna silla veía, entre cuatro amigos, que echaban un resto á primera, al golfo ó á la flor ó cualquier otro juego de envite y azar jamás dejó de ocurrírseme el servir de atalaya y vigía de aviso para mi camarada de enfrente. Mi puntilla ó cola entre los labios trasteándola acertadamente y con clave convenida desde el diestro al siniestro entrecijo de la boca, marcaba con más seguridad que la hora del reló de San Pablo, los puntos de mi facistol, desde 24 al 30, ó lo que á bien venía ó el caso requiriese, sin omitir su santo y contraseña para esto del flux ú otros naufragios semejantes.

Aquí llegaba el doctor Puntillas que con las buenas gracias y feliz aplicación del chiste de sus cigarrillos nos había hecho asomar algo de sonrisa en los labios, cuando yo, queriendo zaherir en algo al antiguo interlocutor, apellidándolo en forma le dije: «en verdad Capita, que para otra ocasión debes to-

mar ejemplo de tu amigo Puntillas si has de repetir el encomio de los donaires de tu capa. Hé ahí una relación lisa y llana, no falta de novedad y sin esas escabrosidades de erudición, citas y apostillas que hubieran hecho insoportable tu discurso si mi autoridad y buena razón no te lo hubieran hecho chapodar y talar con mano airada y aun todavía fuera inadmisibile entre gentes de menos indulgencia que nosotros».

—Alto allá, dijo Puntillas, que esa razón, si puede tomarse por reprimenda á mi compañero, puede considerarse también como invectiva á este mi romanzado tan por liso y raso y tan poco empavesado de las flámulas y gallardetes de mi mucha letra y sabiduría.

—No he querido yo, buen Puntillas, repliqué, poner en duda la certeza de tus peregrinos conocimientos en la materia.....

—Pues al buen pagador no le duelen prendas, y nadie á mi me pisó la cola, ni rayó más alto que yo, ni me ensalivó la oreja, y por mucho menos en esto de los decires y de la conversación por lo pintado y lindo, porque á mí me llamaron pico de oro, devano palabras por madejas y sé más casos y sucedidos que don Pedro de Portugal, que corrió las siete partidas del mundo, y tengo más respuestas y acertijos que la doncella Teodor. Acaso vuestas mercedes me miren como fumadorcillo de agua chirle, romancista y sin matrícula ni título, y supongan que no cursé ni por tiempo conveniente ni con maestro autorizado y de nombradía la materia que trato y contrato y en la cual soy doctor de á claustro pleno y no de los de *tibi quoque*.

No te sobresaltes, iba á decirle yo, querido Puntillas, cuando reforzándose de palabras y atragantándose de razones, prosiguió con rabiosa grandilocuencia de esta manera. Porque señores, soy doctor de cuatro borlas, celeste, rosácea, morada y verde, y máestro en artes, además en este arte liberal del tabaco y cigarrillo, y nadie que en algo estime su honra será osado á entrar en oposiciones conmigo. En cuanto á medicina me sé de coro las condiciones, virtudes y calidades de esta planta, sus especies, sus nombres, si es buena ó nociva, si aprieta, si laxa, si chupa, si escupe y demás menudencias. En cuanto á teología y derecho canónico, ¿quién como yo podrá decidir las interesantes cuestiones de si el cucarachero por las nárices ó el habano por los labios y fauces quebrantan el ayuno natural ó formal? ¿Quién establecer la diferencia del por qué el polvo puede absorberse en el templo y el fumar ni por las nubes? En cuanto á lo de Leyes vuélvome el *Salcedo* de contrabando, pues hombre que como yo ha asistido á 25 alijos por semana, siempre con permiso competente de la autoridad del ramo, que ha sufrido cuarenta causas y treintidos condenaciones que ninguna he cumplido, que da un oscuro al lucero del alba y que de antuvión y por la tremenda sabe entrar dos corachas del brasileño por ante las barbas de tres partidas y veinte cuadrilleros, bien se le puede tener y fallar por perito rematado. Pues en cuanto á su historia, genealogía y prosapia ¿quién es el atrevido que alzaráme el gallo en esto del tabaco? En la Isla Española lo encontraron en uso los españoles que como gente de gusto lo adoptaron como cosa propia y de casa,

y para mí tengo que ha sido el único útil que hemos sacado y adquirido por la conquista de las Indias, porque en un país en donde ni los unos ni los otros, ni estos ni aquellos, ni ahora ni entonces, ni blancos ni colorados, ni chatos ni narigones dejan de estar quedo el menor tarín ó ardite en el bolsillo del pobre ¿qué otro mejor alivio sino el tabaco para este hombre libre que mata el hambre, que alivia la sed, sin pan, sin viandas y bebidas, y que viste de gala al más haraposo aunque sólo posea un manco taparrabo? Por ser para tanto esta inclita yerba ó por mejor decir sirviendo para todo, fué sin duda por la que la nombraron y denominaron por tantos nombres y apellidos. En la Española la llamaron *cohuva*, en Nueva España *pisciel*, en el Perú *sayre*, y en Brasil *peto*: en Europa unos la llamaron *nicosiana*, de cierto quídam llamado Nicot que en la embajada que de Francia trajo á Portugal en tiempo del rey don Sebastián tuvo conocimiento de esta yerba y tomándola consigo la connaturalizó en Francia: otros la llamaron *yerba regina* ó *de la cruz*, aquellos *vulneraria*, estotros *piperina*, pero los españoles hablamos y la llamamos *tabaco*, y *efe tá*, con tal nombre quedó bautizada para *in eternum* porque los nombres que han de vivir los ha de dar la gente de más autoridad.

Viendo yo que Puntillas se me desquebrajaba en erudiciones y noticias peregrinas, quise meterle el capote, hablando técnicamente, y llevármelo á otro terreno de más amenidad, pero él desentendiéndose de mis llamadas prosiguió así su trasiego de palabras:

—En cuanto á los autores y encomiastas que han

tratado de esta yerba portentosa no quiero hablar en demasía por no aridecerme las fauces y tener que remojar la palabra (y por aquí no hay vino) y así dejando á Marradón y Eduardo Vestonio sólo citaré la famosa *tabacología* de Juan Neandro (1) en donde además de darnos en estampa tres especies, enumera dieciocho clases de tabaco de otras tantas provincias, que lo producen ofreciendo mil pormenores curiosos y revelándonos mil secretos más curiosos todavía sobre planta á quien sólo el trigo le puede ser émulo y rival. Y esto en cuanto á escritores extranjeros, pues si hablamos de los españoles es cuento de nunca acabar, amén de haber sido los primeros que dieron á conocer el tesoro escondido del tabaco. Las Casas, Oviedo, Juan Fragoso, Nicolás Monardes, Acosta, Cárdenas y otros ciento ¿qué no dijeron de tan salutífera planta, habiendo alguno que llegó hasta entonarle himnos y cantares (2) León Pinelo examinó sus calidades nutritivas, hombreándolo, amanojándolo y emparejándolo con el sabroso chocolate. Leyva Aguilar, amostazado con tantas alabanzas escribió su *Desengaño contra el uso del tabaco*, pues como buen médico opinaba que para chupar y tomar había sendas cosas más preferibles que el tabaco. Monardes y Córdova en sus *Cualidades del tabaco* (1)...

Yo al ver que mi Puntillas se me ladeaba de nuevo al mal camino y que volvía á su remolino de palabras, de erudición y de citas quise darle sofrenada

---

(1) Lugd. Batabor, 1622.

(2) Torius.

(1) Impreso en Córdoba en 1628.

y por el punto de la vanidad si es que había de desviarlo de tan mala querencia y así le dije: todo el auditorio, amigo Puntillas, está pasmado de tu saber y doctrina, pero haciéndote gracia por ahora de noticias tan peregrinas, quisieran entender algunos de estos señores, que ya sabes cursan escuelas, y arrastran bayetas, qué enigma es aquel que nos propusistes, de doctores de *tibi quoque*, porque ó yo me equivoco mucho ó este debe ser cosa de curiosa recordación.

—Este es punto, replicó Puntillas, que ha de ser muy del conocimiento de cualquier escolar. Ello es que allá en lo antiguo calzaba también universidad la ciudad de Gandía, en el reino de Valencia, que como de regadío abundaba también de esta clase de fruta: como todo en ella se hacía á costo y costa acudían graduandos que era un portento para sacar por poco dinero sendos títulos y borlas, y como siempre ha sido principio de justicia que el poco dinero vale poco trabajo, de diez ó doce candidatos se elegía quien al menos tuviese el uso de la palabra y entraba y tomaba asiento en el acto, que no era poca fatiga. Los compañeros de trailla esperaban en las afueras del general la conclusión de los ejercicios, y después en pos del doctorado salía el señor bedel y señalándolo decía *ecce doctor*, y después dirigiéndose á cada cual de los estantes añadía *et tibi quoque, tibi quoque, tibi quoque*, y sacaba de tal manera una hornada de quince ó veinte sabios doctores. Pues miren vuesas mercedes que si en las universidades ha caído en desuso tal método no deja de tener aplicación y yo creo que con utilidad, en otros institutos: por ejemplo cuando en las Cortes

se aprueban ciertas actas y se reprueban otras según el color de estos ó aquellos diputados me parece que estoy oyendo al señor bedel que dice respectivamente á estotros y aquellos, *tibi quoque, tibi quoque, tibi quoque*.

Pero dejando en baceta estas cartas que no ligan, añadió Puntillas, y volviendo al hilo de mi cuento diré con dolor que ya no es el cigarro en autoridad y nobleza lo que alcanzaba ser en otro tiempo. Sin tabaco negro no hay verdadero fumador, señores, y el blanco con su entrada en uso ha trocado en vulgar y trivial por extremo aquella ocasión de boato y gala señoril de preparar, hacer y fumar un cigarro. ¡Qué diferencia de estos pitillos que como en haz de antiguos *lictors* se llevan en la faltriguera, á los aprestos que en otro tiempo eran necesarios para la noble operación! ¡qué contraste entre la manufatura que llaman fósforos ahora, con aquellas menudencias y cachivaches que *in illo tempore* llamábamos avios! Entonces iba un hombre vestido de corto con su colete y chupa, ya fuese de estezado ya de tripe y el calzón de lo mismo con cinojiles copiosos y de colores, y al querer fantasear algún tanto en plática sabrosa con un amigo, se asentaban en par, ora en un poyo si la escena pasaba en calle ó plaza, ora en este canto ó aquel repecho si tenía lugar en algún otero ó prado, y comenzaba la entretenida operación del cigarro. Recogiendo la rodilla siniestra y hacia dicho costado ladeando sutilmente la persona, se alargaba la pierna derecha reposadamente y con la mano se exhumaba la bolsa de lobo marino que abultadamente se dibujaba en el tiro del calzón asomando el un cabo algún tanto

por la faltriquera. Nacida al mundo se desdoblaba sosegadamente la ancha colonia de veinte varas que la envolvía y religaba y abriéndose de entrañas la bolsa, ofrecía primero el gema de tabaco brasileño, su navaja roma y de cabo de hueso, su macillo de papel valenciano, el correspondiente pedernal con su adecuado eslabón y su golpe de yesca ya de geta ó ya de yerbas, amarilla como el azafrán. ¡Qué actitud aquella para picar el tabaco! ¡qué tomarlo entre el index y el anular de la izquierda, mientras que la derecha blandía el fierro y trocaba en rebanadas de diámetro justo y cabal todas, el cabo del tabaco! ¡qué aroma de higo bujarasol se percibía al restregar y moler entre las palmas aquel perfume oriental! En fin, en esto no cabe encarecimiento porque ello es la pura verdad; baste decir que era el prólogo, la preparación y el introito (mundanidades aparte) del mejor rato posible que le es dado gustar á la gente buena. No hablo ni apunto aquello de envolver y dar ser al cigarro, de atravesarlo en los labios ó ingerirlo á horcajadas en la oreja mientras se aprestaban los avíos, ni tampoco el herir del eslabón en la piedra, ni el soplo para dar alimento á la chispa cebada en la yesca, ni aquel volteo del brazo encendiéndola al impulso de cien garatusas en el aire, ni otras cosas más, que más son para sentidas que para relatadas, realizada la operación con las pláticas sabrosas que todo esto salpimentaban. Yo diría que sin estos agradables coloquios habidos en trances semejantes se hubiera perdido enteramente la memoria de los *empalletados* de Gibraltar y de la guerra del Rosellón. Cuando un hombre regular, señores, se sabía procurar y proporciona-

ba tres rasques como este, *mutis*, el día era pasado y ya contaba su salario ó jornal por devengado como los quinientos sueldos de cualquiera hijodalgo de solar conocido...

—Amigo Puntillas (le dijo al orador un amigo de los allí presentes) oyendo esas descripciones tan sentidas y esos aforismos tan autorizados, me afirmo, confirmo y ratifico en que en todas partes en que hayas tomado la embocadura al cigarro, habrás sido el oráculo, el modelo, el dechado y la envidia de los fumadores, rindiéndote parias y vasallaje, proclamándote por su rey y señor natural.

—Así me lo tenía yo concebido y pensado, replicó Puntillas, pero la mortificación se encuentra siempre al lado de la vanagloria, el mejor jugador topa con su maestro, y quien más caballero se cuenta hémele aquí que se encuentra relleno en tierra. Rey de los fumadores me apellidaba el mundo, quiero decir Sevilla, y por emperador del tabaco me tenía yo en todos sus confines y aledaños, cuando cierto día me dió un tapaboca el más pícaro de-sengaño llegando á confirmarme en aquello de vivir para ver y ver para aprender. Señores, fué el caso que yo me estaba cierto día sobre tarde en la pescadería, atónito de tanto bullicio y tráfigo y ensordecido con los gritos y vociferaciones de los malagies que pregonaban, de los regatones que aturdían, del charrán que cantaba, del comprador que extremaba su porfía, del almotacén que mandaba á voces y de todo bicho viviente que á gritos se daba á entender, cuando reparé en cierto mozo peciguero que expendía de su mercancía por el arte y maña más sutil que imaginarse puede. Ello es que con su balanza

en la mano repartía libras á sus parroquianos con tal limpieza, con cercén y recorte tal que allá iría un cuarterón cuando el marchante por su dinero tenía fundado derecho para recibir el cuarto de una arroba. Cuando algún desabrido ó mal contento le echaba en cara la desconformidad del peso con la dimensión menguada del pez que llevaba, le replicaba con aire suficiente y tono decisivo aquel fiel contraste del género de la escama. «No hay que reparar en eso, señores míos; estos róbalos, salmone-tes y pajeles, y estas lisas, doradas y merluzas (señalando así el género que vendía) están muy embe- bidas y en contracción, pero en cuanto sientan un poco el amor de la lumbre se desenvainarán por cuartas y se alargarán por gemes; la calidad encu- bre el bulto y el oro si abulta poco mucho vale; an- dar y andemos y hacer hueco y lugar para que otros disfruten de tanta conveniencia y provecho.» Me gustó por extremo aquel despejo y traza tan despabi- lada, pues era mozo como treinteno embutido todo en unos como pantalones de terliz que casi le llega- ban al hombro, con camisolín listado arremangado de ambos los brazos, con un pañizuelo pasado ga- lanamente por la cabeza y saboreando un cigarro linterna en la boca, ni con más ni con menos lim- pieza que la que yo muestro ahora mismo en mis labios. Por supuesto que desde que le eché los ojos dije para mí: este es un hombre; pero no queriendo acelerarme y para proceder con detenimiento me acerqué al circunstante que me pareció más del caso y le pregunté: ¿quién es este mozo bueno? aquel hombre se me quedó mirando y exclamó: ¿Cristia- no, qué, no conoce al señor Lipende, campana gor-

da de los valientes, extremo y cabo del mundo del saber y aguja sutil de todas las mañas y zancadillas del mundo? Yo sin aguardar más palabra dejé á este y me fuí á estotro tendiéndole la mano como de casa y de la propia familia y le dije: Serrano de la mar; puesto que yo soy marisqueador de la tierra, ¿se pueden saber los antecedentes y premisas de ese noble apellido que lleva? Aquel mozo regular, conociendo sin duda ser yo el *otro* me tomó la mano y me dijo: yo soy el mentado Lipende, pero esta derivación viene ya desfigurada y corruta, porque el verdadero nombre es *Libripendens* que por antigüedad preside y antecede á los famosos apellidos de los Mendozas, Ponces y Osorios, puesto que desde los añejos tiempos de Roma asistían mis antepasados con el Pretor para todo acto decente y de circunstancias en esto de justicia, conteniendo esto gran misterio y significación, manifestando que en otdo los actos judiciales debe intervenir verdadera compra y venta. Los tiempos han venido á menos, y si imperios se han trastocado, nada de extraño parecerá que el *Libripendens* de entonces sea el Lipende de ahora: todo al fin es cosa de pesas y balanza, de comprar y vender y el cielo lo cobija todo. Entretanto, prosiguió, (así que observé lo mucho que me maravillaba la limpieza y arte de su peso) ¿quiere usted comprarme una mosca que pesa dos libras? Yo, señores, al oír tal desacierto le repliqué diciéndole: señor Lipende, eso será alguna mosca morcón, imperial ó de siete cabezas, porque ni en mis viajes ni en las idas y venidas de los propios y los extraños he visto ni oído cosa tal. Pues ahí está el caso, volvió á replicarme Lipende, que todo ello no

es más que el buche de la mosquilla más rahez y de petiminí que puede verse: él aquí (ya la había cogido al vuelo) echó una pesa de á dos libras en el un platiller y en el otro arrojó con brío y desenfado el insecto párvulo y con admiración y espanto mío vi ahocicar y atropellarse la balanza de estotro lado hasta tocar al suelo alzando la cola y las pesas ni más ni menos que al Zenit. Yo quedé estático y anonadado de aquel portento, y á no ser por mi contrariedad á toda idolatría hubiera caído de hinojos adorando aquel sabio vulnerador é infractor de las leyes de la estática y de la mecánica. Desde luego conocí que aquel no era hombre de los que llamamos grandes en el día y de los que necesitan de periódicos, romances y relaciones, que todo es uno, para ganar nombradía. Era un aficionado émulo de Arquímedes, un Newton que andaba incógnito por las playas y mataderos, pero no queriendo yo ceder tan pronto la palma de mis merecimientos le dije al señor Lipende: yo abato mi bandera ante esas gracias y mañosidades si sutiles y curiosas más útiles todavía, pero siempre me defiendo y mejoro en esto del encender y chupar de las colas, tusas, puntillas y cigarros, y diciendo y haciendo comencé á ejecutar y poner por obra todo el manual y cartilla de mi práctica y escuela cigarril. Con aire bondadoso y casi satisfecho me miraba el maestro Lipende, y viendo que ante nosotros se parecía cierto anafe castañeasadero de donde se desprendían ráfagas de centellas ardientes y fugitivas, que á fuer de lentejuelas vaporosas se extinguían por el aire, se volvió á mí y habló de esta manera: señor Puntillas; la gala de fumador y el gracejo, los buenos toques, el

acierto en las señales, el buen manejo, el continente y señorío en provocar el humo, el primor y todos los puntos y tildes del melindre del fumador tienen su asiento efectivamente en esa persona ¿pero, alcanza usted igual fuerza en la fuerza del chupe? ¿sabe cogerla al vuelo, hacerla suya y arder el mundo entero sin excluir las aguas y los mares una chispa, un átomo, una minutísima parte del elemento caliente? atienda usted bien señor Puntillas y ensáyeme, imíteme y remédeme si puede; y diciendo esto el maestro Lipende (que este es el nombre que desde entonces le doy) tomando en ristre con los labios el cigarrillo salió escapado detrás de la centelleja de fuego más apartada que disparó el anafe y con más acierto que el vencejo sorbe al mosquito, y con más tino que la paviota encanuta al pececillo que trasflora el agua, atrapó el átomo ardiente y encanutándolo y embutiéndole en el ánima del cigarro y moviéndolo allí con el bullir pruriginoso de los dedos y cebándolo y alimentándolo, acreciéndolo con el chupe de mayor compás, amansándolo ahora, acrecentándolo después, remitiéndolo luego para ensóberbecerlo más ahina y volviendo la cara al cielo para tomar aire ó volviéndolo de soslayo para tantear el viento, ello es que á poco vi trocado el cigarro (ya era anohecido) en una hacha de ocho pábilos ó en antorcha que recordaba el incendio de los Pirineos en tiempo del rey Gerión. Desde allí (añadió suspirando Puntillas) hace el tanto de dos años que ando bebiendo los vientos, escopeteándome con mi cigarro en pos y tras la querencia de las chispas y centellas que estalla cualquier lumbrada, farol ó braserillo encendido, y aun todavía me hallo

en ayunas en lo de aquel primor que Maestre Lipende dibujaba cada y cuando se le antojaba y á mano le caía.

—Mucho diera, dijo aquel de los Farfanés, por tratar y platicar con ese doctor de los maestros, puntero entre los más principales y endoctrinador de los sabios mayúsculos de Sevilla, según confesión del amigo Puntillas...

—Pues esa es la lástima; replicó este, con voz doliente y afligida; esa es la lástima; que Maestre Lipende no puede parecer aquí en este mismo momento pues se lo llevaron al inocente engañado á Ceuta y allá me lo tiene pérfidamente embebecido y como ligado cierta cartagenera, que malos sean mis pecados si pesa menos de veinticinco libras, y por más que el pobre hace por romper tales hechizos, por más que pide favor á Lima y ayuda á todas las sierras de la geografía y de la historia, sin excluir la del bendito San José, todavía gime y llora en su jaula contentándose con pasear los ojos por las altas olas de dos mares y afincando la vista en las sagradas playas de España esperando la libertad. Pero no hay plazo que no se cumpla, señores, y él vendrá aquí, y sirviéndole yo de lengua y fauete les explicará al auditorio, que por hallarse un hombre paseando sobre una mula, aunque sea de otro ó por dar gravedad específica á la especie y materia que se vende, no hay motivo para enlabiarlo por la buena, empapelarlo por la mala y enviarlo allende el mar. ¿Y qué haría de su persona en aquel ámbito aislado y triste el eminente Lipende, si no buscara el arrimo, el regalo, el consuelo y la entretenida recreación del tabaco y del cigarrillo? Aguar-

demos, señores, con resignación á que regrese de peregrinación tan peregrina que ya nos ofrecerá como fruto de sus meditaciones y vigili-as, descubrimientos y aplicaciones de no menor donaire y utilidad que los de la centella volante y el del cigarro ensortijador. Allí mi buen amigo pondrá ahora á prueba y en provecho de su estómago tra-sijado no con dos sino con veinticinco vacíos, la facultad nutritiva del tabaco; ¡esa facultad que presta al fumador las propiedades de cuerpo glorioso! Vengan, pues, de todo calibre y dimensión, cigarros bastantes para formar un órgano de catedral, y con tal bizcocho y vitualla me ofrezco á tomar el asiento y manutención de un tercio de españoles si estos son de buen solar y prosapia. Y en la guerra de la Independencia, si no me miente la curiosa relación de un mi hermano algo más crecido en años que yo, se vió el caso (pues militó en ella) de que anduvieron él y otros quince por las fragosidades de Sierra Morena huyéndole el bulto á los franceses en tiempo del *Boqui* ó la *Galpanta* sin más dispensa ni re-puesto que seis colas y veinticinco cigarros y ya al postrer día, viendo que no quedaba por resto más que la última y más corta de las primeras, la encendió el que llevaba el tono y son de caporal, y bebiendo cada bocanada de humo á compás, se la inspiraba como saludador al más cercano y este al otro y el otro á aquel y todos á su vez y tiempo hasta hacer rueda final, y vuelta á otro turno, y es fama y por consiguiente verdad que todos se salvaron trayendo dos dedos más de unto sobre la enjundia y siete carniceras más de carne en el ruedo de su persona. Es verdad que algunos dicen que pasaron por

ciertas manchas de ovejas ó piaras de gozquecillos de San Antón y que se traspapelaron algunos individuos de una ú otra especie, lo cual no puede creerse atendida á la rigidez reconocida de aquellos perseguidos cenobitas.

—Por lo demás, vive Dios del cielo, que el cigarro es el más peculiar distintivo de la noble llaneza española ¿qué señor de título irá en pompa y majestad llenando la calle con su persona y perfumando el aire con el habano, que no tenga que retraerse y detener su andar al simple reclamo de un fumador de chupetín y sombrerete que le demanda el cuarto elemento para encender su menester quier pitillo, quier cigarro ó tusa? Y que se mosquee el señorón y quiera con una negativa subirse en los zancos de su prosopopeya ó autoridad que ya le mando su mucho de mortificación y su poco de contundencia en la curiosa escena que puede provocar. Este fuero y franquicia del pueblo español no es tan fácil de traspapelarlo y caer en su desuso como los que contienen y encierran los aforismos de ciertos añalejos que se imprimen de algún tiempo acá. Diz que cierto caballero muy curtido en usos y costumbres extranjeras quiso reformar la moda española, en cierta ocasión que, según el saludo ordinario, le pidió plática de cigarro un manolo chispero de nuestros barrios. El español modernizado queriendo cumplir con la práctica al propio tiempo que manifestar su enfado sacó su cuerda perfumada, la encendió en su cigarro y la ofreció al postulante. Este conociendo la estocada y reservando el quite, tomó la mecha con aire socarrón y encendiendo reposadamente su cigarro, al concluir sacó una tarja de á dos cuar-

tos del bolsillo, entregándosela con la mecha al individuo atónito que así se vió igualado con un habitante de la luna de los que zahuman el Prado en el estío con la cañaeja encendida.

Pero señores, si tales conocimientos se necesitan en las ciencias naturales y exactas para fumar magistralmente un cigarro, ¿qué ápices, qué perfiles y qué toques no son indispensables en las bellas artes, en el dibujo, en la pintura y en la estatuaria? Para pedir candela, encender el cigarro, ofrecer el propio y otros primores por el estilo ¿qué estudio no se necesita dar al escorzo de la persona, qué aire al talle, qué primor al cuerpo, qué movimiento á la mano y qué floreo y juguetes á los dedos que toman, pulsan, encuentran, confrontan, pican, halagan y ensortijan los cigarros hasta que ha hecho comunión el fuego del uno con las tinieblas del otro? Ni un maestro de esgrima, ni un diestro en el danzar, deben ofrecer más hermosura y gallardía que el fumador en tales y semejantes trances; y no digo nada del primor con que deben despedirse interpelante é interpelado, el atildamiento con que se debe requerir el sombrero, ni el movimiento gentil de la cabeza, ni otros adherentes del caso porque esto es más bien para pintado que no para dicho y verbi gracia y como para ejemplo todo se verifica de esta manera. (Y Puntillas haciendo y contrahaciendo cuanto dejaba dicho, hacía gala y muestra de la persona y movimientos por tal arte y manera que apuntando la risa en los labios, no por eso se dejaba de conocer que había mucho de donaire y no poco de gallardía en todos aquellos quiebros y accidentes.) Pero señores, todas esas ventajas, pri-

vilegios y utilidades del tabaco vienen á desvanecerse y á quedar en nada, si el cigarro no va encendido (y al llegar aquí Puntillas hizo gala de su persona, incorporándose, y prestó tal aliento al cigarro, que relucía como un ascua). Andar con cigarro á matacandelas es andar, señores, en tinieblas. Se sube á hurto por cierta escalera Noruega á deshoras de la noche temiendo hacer truco por alto con la cabeza y sin dar con el zaquizamí de la cita, pues chupe al cigarro, iluminativa al punto y salva aquel inconveniente y da con el sitio del tesoro. Pues que á la una, y no del día, pasea un galán la calle en noches del revuelto noviembre y aguardando alguna cédula y no de confesión, oye el chirriar de la ventana; rechupe al cigarro, y relámpago súbito y ya sabe doña Melisendra hacia donde ha de enviar su papel y sus bisbises (y en esto Puntillas remedaba de una parte á otra con sus acciones la escena que ponía en tabla con la voz); pues que el rival que á un hombre pisa el hopo y á quien se quiere sobresaltar, no da fuego porque es blanco como las hostias; fuego al cigarro que se trueque en botafuego y se le deja caer al descuido con cuidado sobre la muñeca y mano del paciente, advirtiéndole antes el sacudir la ceniza, que como no resuelle con esta amabilidad, no hacerle caso y vendimiar su uva (y Puntillas hizo tan pintiparado y al vivo el caso, que si no retira Ariurta la mano que era la más confín y cercana, le pone un verdadero botón de fuego). Que paseando con un marido, prosiguió Puntillas, nos encontramos con su enemigo íntimo (*mujer in facie ecclesie*) y que va en preguntas y respuestas con un tercero pudiendo sobrevenir mucho hollín,

sorbo al cigarro y disparo de siete torbellinos de humo, como de cuatro hornos de ladrillo, que obscurezcan no sólo los ojos del paciente sino el mismo sol evitándose así algazara y cumpliendo con la obligación que todos tenemos de poner anteojeras á los maridos. Pero señores, acelerando más su tarabilla dijo el orador cigarril ¿de cuánto no ha valido en paz y en guerra la entendida previsión de tener siempre encendido el cigarro? Si en hechos de paz he relatado dos, cuatro y más ejemplos de las utilidades del cigarro encendido, ¿qué no diré de los lances de diablos son bolos, bulla y zaragata y de á río revuelto? Aquel mi hermano el mayorazgo, de quien ya relaté alguna hazaña, vean lo que puso en obra en uno de los rebellines de Torrero en el sitio de Zaragoza y viva Aragón; (y aquí Puntillas centelleando de ojos y afirmándose de boca y por fuerza chispeando el cigarro, se acercó á la mesa en donde aquí y allí se parecían los trastes venatorios). Aquí estaba la batería, señores; la gente cansada ya de matar gabachos y sin recelo de ser salteada, apagadas mechas y botafuegos, se entregaba al descanso si no al sueño por aquí y por acullá, y entre las gualderas ó abantrenes de los cañones, y veos que mi susodicho hermano, único que velaba, entretenido sin duda en contar los ápices ardientes de su cigarro ó en sacar augurio de las ruedas azuladas del humo, observa otro enjambre de francese que como garduños en vivar se acercaban bayoneta calada y espada en mano á darnos la alborada (aquí Puntillas dió tal chupe al cigarro que lo transformó en verdadero botafuego). Y mi hermano, sus: dando la voz de alarma con cierta interjección muy an-

daluzas, avivando el cigarro como yo ahora, zas, aplicó el ascua de su cigarro al cebo del cañón, *pi-rin-pin-pan-pun-paf...* y era verdad que en la propia estancia se repetía, en miniatura la escena de la batería, pues el buen Puntillas con su tea encendida, que no cigarro, la aplicó contrahaciendo el artillero, con tal acierto en los granos de pólvora sacudidos de los polvorines y frascos que allí se parecían, que cebándose el fuego y propagando la explosión por todos aquellos cachivaches se dejó oír el verdadero *pi-rin-pin-pan-pun-paf* de un nutrido fuego graneado. El ver los saltos, resaltos, brincos, desguinces y cabriolas de todos los asistentes, sin excluir el heroico Capita, hubiera sido cosa muy de reír si no se sobresaltase la imaginación con el riesgo más que probable de alguna pierna rota, testa cascada ó cuando menos con el de alguna chamusquina de menor cuantía. Y no se piense que el imperturbable Puntillas se sobrecogiera ó amilanara con el impensado fracaso, pues despreciando los estampidos y las fogatas proseguía gritando; así fué señores como se salvó la batería: del cañón que disparó mi hermano, fumador de privilegio, cayeron siete hileras de los franceses; los zaragozanos que acudieron á servir y jugar las otras piezas aniquilaron el escuadrón de asalto, y al cigarro, señores, al cigarro se debe aquella heroica y singular hazaña...

—No se sabe hasta qué punto hubiera llegado con su entusiasmo el buen Puntillas, si primero al verse solo en la estancia, y segundo por los raudales de agua que le alcanzaban de los muchos que con cacharros, trebejos y hasta con un clíster de á 36 que

manejaba Capita con grande acierto, no hubiera vuelto de aquel parasismo de verdadera rabia. El auditorio que desde luego se puso en salvo tomando con buenos pies el ojo del patio al lado de los surtidores, me lo encontré algo mohino, no fuera que en uno y otro caso hubiera por mi parte algo de mohatrería como para darle susto y sobresalto; pero el más incrédulo, incluyendo al glorioso Santo Tomé, no podría abrigar tal pensamiento si derramaba en derredor la vista, pues todo era destrucción, escombros, pavesas y cenizas. Yo sólo tuve valor para decir á mis amigos: *señores, el próximo cónclave que celebraremos, si á él han de asistir Capita y Puntillas, se tendrá en los llanos de tablares porque allí hay bastante tierra para sacar la suerte á un toro y bastante agua para apagar los incendios que pueda provocar un cigarro.*

FIN







ESTÉBANEZ  
CALDERÓN  
(EL SOLITARIO)



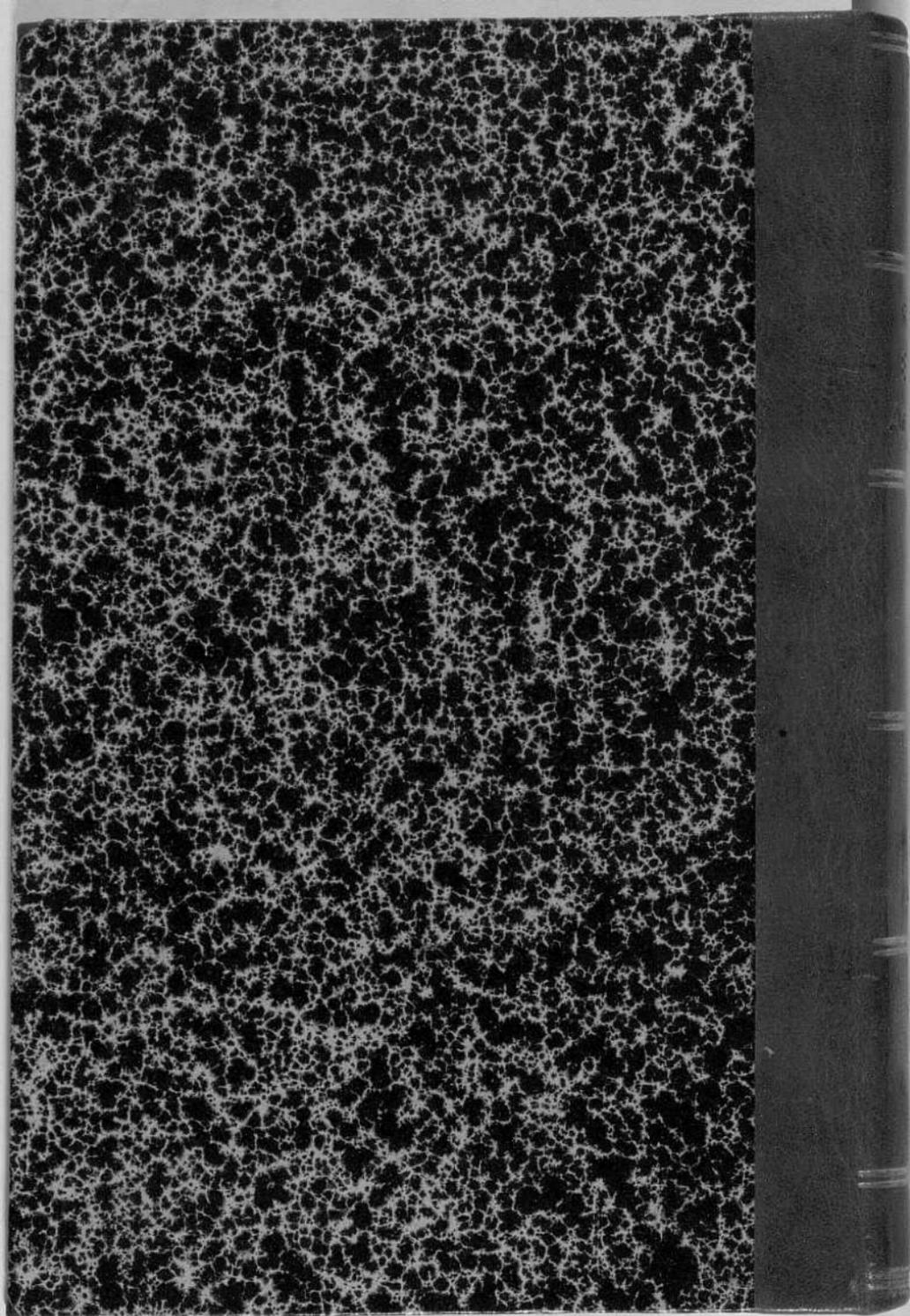
ESCENAS ANDA-  
LUZAS







2/697 .



CALDERÓN

ESSENAS

ANDALUZAS